

Karina Pacheco Medrano

La sangre, el polvo, la nieve





Karina Pacheco Medrano

La sangre, el polvo, la nieve





Karina Pacheco Medrano

La sangre, el polvo, la nieve


El Corresponsal

A la memoria de Rafael Tupayachi Ferro

Quiero reflejarte siempre de cuerpo entero y quiero no ser nunca ciego o demasiado viejo para sostener tu densa y oscilante imagen.

RAINER MARIA RILKE

Parte 1

La sangre y la nieve

1

Sucedió la misma semana en que hallaron a los cuatro amigos en las faldas del antiguo templo incaico, con un tiro en la sien cada uno. Durante meses, esa sería la comidilla favorita en la ciudad. Yo iba a cumplir ocho años y no entendía por qué mi madre apenas hacía comentarios sobre la extraña muerte de esos jóvenes, todos hijos de familias conocidas, uno de ellos pariente nuestro. En ella volvió a desatarse el duelo que durante una decena de años había reprimido. Cuántas cosas, además de la nieve que cubriera la ciudad aquellos días de agosto de 1945, provocaron la rebelión en los sentimientos de mi madre, la decisión implacable que acabó con la vida de esos cuatro amigos, mi despedida prematura de la infancia.

Había sido un invierno crudo, ocupado por las noticias sobre la reciente guerra mundial que dejara como remate de su apocalipsis dos gigantescos hongos de fuego que en pocos segundos habían segado millares de vidas en Hiroshima y Nagasaki, así como la perturbadora sensación de que el ser humano se había hundido en un abismo sin atreverse a buscar amparo en otras lumbres que no fueran la tecnología, el acaparamiento de poder y el sálvese quien pueda. Al otro lado del mundo, la gente en mi ciudad comentaba la era atómica que se iniciaba y observaba con estremecimiento los nubarrones que se mecían sobre nosotros, temiendo que en cualquier momento, por error o locura humana, un avión de la guerra mundial ya terminada surcara nuestro cielo para plantar sobre nuestras cabezas otro hongo infernal. No ocurrió; pero la penúltima tarde de agosto, después de muchos años empezó a nevar, y a la mañana siguiente, mientras los niños salíamos a los zaguanes y plazas para jugar con la nieve, uno podía ver por las calles cómo, literalmente de boca en boca, extinguida toda discreción o susurro, en voz alta, casi a gritos, corría la noticia de que al amanecer un pastor había encontrado a esos cuatro muchachos muertos, con la sangre brotada de sus sienes extendida metros enteros, tiñendo la blancura helada de la nieve.

Cuando entré raudo a casa para dar la noticia antes de que alguien se me adelantara, sin ninguna discreción ni susurro, sin detenerme a pensar si no sería uno más de los rumores exagerados que no pocas veces al año circulaban como verdades durante varios días, ya mi madre estaba en el desván con la mirada perdida en el horizonte, como intentando traducir los ligeros copos de nieve que de nuevo empezaban a caer sobre los tejados y las calles, bailando al ritmo del viento de agosto.

—¡Muertos, madre! ¡Cuatro chicos muertos a tiros, madre, en Sacsayhuamán! —vociferé.

Ella se estremeció. No parecía entender lo que le decía, sus ojos quedaron fijados en mi boca, como si yo estuviera comunicando cosas ininteligibles, pero que igual se le clavaran como cuchilladas en la espalda. Cuando repetí la noticia con voz aún más fuerte, exhaló un suspiro y, con suavidad, se llevó el índice a los labios, convocándome a cobijar el silencio que una noticia así requería, como si el silencio que yo pudiera aportar revirtiera el tiempo, los hechos, la ocasión que había dado lugar a tanto frío en agosto, a tanta nieve manchada por la sangre de cuatro jóvenes que en ese instante aún no se terminaban de identificar.

—¡Mamá!, ¿no me has oído? Te digo que han encontrado a cuatro chicos, ¡muertos a tiros en Sacsayhuamán! —insistí.

Mi madre siguió paralizada, con el índice sobre sus labios. Hizo un intento por acercarse a mí, pero parecía incrustada en el suelo. Hasta que me ordenó que bajara a desayunar. Ella se quedó en el desván; yo me apresuré en obedecerla y corrí al comedor, ávido por conocer la noticia que, seguramente más detallada o exagerada, la cocinera habría traído de la calle junto con el pan y la leche fresca.

Han pasado sesenta y cinco años desde entonces y no sé por qué, cada vez con más frecuencia, el recuerdo de mi madre en esos días retorna, se explaya, interroga. Será que ya estoy viejo, aunque ahora se esquive esa palabra y debiera decir que ya soy un adulto mayor. En cualquier caso, su imagen vuelve y me desafía, como para darles hoy plenitud al dolor y a la fortaleza que entonces ni yo ni nadie reconocía en ella, ni en la que gente amó y admiró casi a escondidas. Ella vuelve, no siempre con la mirada taciturna de aquellos días invernales en que todos los demás, grandes y chicos, se preguntaban por qué cuatro jóvenes con vidas prometedoras, veinticinco años el mayor de ellos, habían terminado sus días de esa manera. Eran tantas las habladurías, que se discutía con ardor si cabía la posibilidad de que hubiera sido un suicidio colectivo, en cuyo caso habría que debatir si merecían ser enterrados en el cementerio, dada la violación del precepto de jamás segarse la vida por mano propia. También corrían las insinuaciones de que esas muertes habrían sido producto de una orgía donde se libó licor y drogas, o de un lío de homosexuales donde cada cual quiso mostrar a un efebo quién valía más. Mi madre escuchaba, no opinaba, intentaba cambiar de tema. La veo levantarse de su asiento el día de mi cumpleaños, con la mirada despidiendo cierta lástima por la gente que, transcurrido un mes, no dejaba de

entretener las veladas conjeturando las razones que llevaron a esos muchachos, grandes amigos, llenos de vida, a ser eliminados de la faz de la tierra, una misma noche, en un mismo lugar, con un mismo revólver.

En esos días su mirada era perdida, era tristeza; pero hoy que tengo tres hijos y cinco nietos, también debería recordarla riendo, libre de sus duelos; inventando canciones, a veces en castellano, otras en quechua; sonriendo si yo le hacía esas preguntas de niño que enorgullecen a sus padres; feliz cuando sus nietos la contemplaban tocar el violín. Si en su vida, a pesar de todo, primó el buen semblante, la buena entraña, durante años me he preguntado por qué el recuerdo que de ella más me ha acompañado es el de su mirada fijada en la ventana del desván, desde donde se podía alcanzar la vista del Ausangate perpetuamente nevado, como inquiriendo qué debió hacer, quizás invocando justicia o acaso pidiendo perdón por las verdades que acalló.

Hoy que tengo la edad para ser el padre de aquella mujer de cuarenta y cinco años, la sigo percibiendo mayor a mí, superior a mí. Desconozco si ella estaría de acuerdo con que yo me tome licencia para interpretar lo que pudieron ser sus sentimientos, para desenterrar sus secretos, o que me adscriba el derecho a desentrañar las incógnitas que la envolvieron. Sin embargo, me parece verla volteando hacia mí la mirada, en una de esas tardes en que sus ojos parecían extraviados, para esforzar una sonrisa que le sale endeble, pero que no deja de ser profunda ni sincera. Entonces creo que debo escribir sobre esa mujer, sobre la crudeza de la época en que le tocó vivir, sobre la valentía con que la gente como ella respondió. Quizás nadie más esté interesado en conocer esa historia. No importa. Después de seis décadas, yo se la debo. Y me la debo a mí mismo. Hasta ahora he vivido recordando esos tiempos con sentimientos sueltos, como meros episodios intensos, con sentidos puntuales, incluso brutales, pero inconexos. Mas he ahí que una y otra vez volvían a la memoria; en ocasiones quise reprimirlos, creyendo que era mejor dejarlos reposar en el pasado al que pertenecían. Hoy, que me aproximo a los setenta y tres años con los que mi madre murió, me pregunto qué habría sido de mi vida si no hubiera nacido de ella, si no hubiera conocido detalles importantes de quién fue, y qué poco me podría explicar a mí mismo quién soy si no hubiera recibido el desafío de su mirada, de sus silencios, de su extraña despedida.

2

Los truenos anunciaban una lluvia potente; nada extraordinario en el mes de enero. Sentada en el comedor, una mujer bordaba un árbol en un babero, mientras, en una habitación contigua, sus hijas mayores reían y con una canción invocaban a que Santa Bárbara doncella las librase del rayo y la centella. De repente, un nuevo estruendo rajó el atardecer, las ventanas se estremecieron, empezó a llover. La mujer respiró aliviada: desatado el aguacero, el horizonte se calmaría; cuatro o cinco puntadas más, y terminaría de dar forma al árbol que había trazado con un hilo. Una contracción la sacó de sus planes. Se levantó de la mesa y caminó en dirección a la puerta, dejando junto a la bandeja de blanquillos y rojísimas frutillas el babero que estuvo bordando.

Eso fue lo que le contaron a mi madre sobre las circunstancias de su nacimiento. A ella le gustaba la lluvia; de la nieve no opinaba. Explicaba su emoción ante los rayos arguyendo que tal vez le recordaban el momento de su entrada al mundo. Uno puede tomarse la libertad de hallar en la naturaleza señales con las que nos identificamos y que puedan darles algunas interpretaciones más satisfactorias a nuestras vidas. Muchos años después de su muerte, pienso en el escenario de su nacimiento y en él encuentro varios elementos que siempre la marcaron: el rojo intenso junto al blanco, la música que intenta conjurar los miedos, el reto de proseguir con el árbol de la vida.

Es pertinente resaltar que mi madre nació con el siglo XX. A ella le gustaba hacerlo. Decía que se había pasado más de nueve meses en el vientre materno para darse el gusto de nacer la primera semana del año 1900. Junto al tocador de su habitación, colgaba un cuadro que había confeccionado de adolescente, donde con números guindas y azules bordara en punto cruz «1900». Sus cuatro hermanos mayores pertenecían al siglo XIX; ella había nacido cuando la menor de todos ellos tenía dieciséis años. Quizás por estos motivos, desde niña vivió como una extraña esos tiempos de modales estrictos, faldas largas, edificios lúgubres, calles estrechas sin alumbrado público; de mujeres resueltas al interior de sus casas, aunque afuera debían exponer sumisión y velos oscuros; de jefes de familia tiernos con sus hijos, pero que ante los demás se mostraban fieros. Cuando su padre supo que de manera imprevista iba a tener otro hijo, se había entusiasmado con la posibilidad de que fuera un varón que perpetuara su nombre, Giraldo, y asumiera su herencia comercial, ya que su primogénito fue nombrado Pedro en honor a su abuelo materno y era un estudiante

nada interesado en sus negocios. Para no decepcionarlo, a la niña que nació la bautizaron como Giralda.

Giralda, la chiquilla que jugaba a las canicas con los dedos del pie; la adolescente que indagaba por qué había recuerdos que eran asfixiados con una mirada fulminante en cuanto alguien olvidaba olvidarlos; la universitaria que fue desheredada por su padre cuando se casó contra su voluntad; la mujer sobreprotectora, la mujer ausente. Giralda, mi madre.

Yo he heredado su casa, que a su vez le fuera heredada por su tía Rolena tras la cuarta detención de su marido. Legándole esa casa, había querido compensar a su sobrina y aupar su coraje, el coraje que Rolena no había tenido medio siglo atrás para rebelarse contra un padre que le prohibió casarse con quien le daba la gana. Yo he heredado esa casa, pero ya no vivo en ella, porque hoy que el casco antiguo de la ciudad que albergara familias se ha convertido en epicentro del turismo, como muchos vecinos, también la he alquilado a un hotel desde hace cinco años y por al menos dos décadas más. Sin embargo, en el contrato me reservé el desván: la espaciosa buhardilla del tercer piso donde mi madre almacenaba las cosas viejas, donde acudía para contemplar el Ausangate y donde probablemente se recordaba a sí misma quién era; depósito de reliquias donde guardó las llaves de unas puertas que nunca debieron abrirse al olvido; desván donde a veces traigo a mis nietos para que puedan contemplar la plaza de Armas del Cusco, el ombligo de esta ciudad que en su época imperial se designó a sí misma «ombligo del mundo». Cuántas cosas vio mi madre acontecer desde estas ventanas; cuántas cosas grandiosas, festivas y trágicas vimos nosotros; cuántas cosas desde ellas les tocará ver aún a mis hijos, a mis nietos. Yo solo puedo contar lo que viví, lo que escuché, lo que presentí, lo que todavía puedo vislumbrar desde las siete décadas que he recorrido. Escribo esto y en mi estilo me percibo más viejo de lo que soy; será que al hacerlo en un desván de tiempos remotos, se me pegan los aires que han absorbido sus paredes de piedra y barro, sus techos tejados, las inmensas montañas que hasta acá se aproximan, observando a las generaciones que pasan por sus faldas.

Quizás sea pertinente continuar apuntando que, en el año 1900, un niño llamado Rafael jugaba con un trompo en su calle hasta que se quedó pasmado ante el paso de una mujer que empujaba el primer cochecito de bebé que veía en su vida. Al levantarse del suelo para distinguir a la criatura, conoció a Giralda, que con pocos meses sonreía, ajena al ruido que en ese mismo momento producía el paso de una carreta tirada por dos mulas. También es pertinente señalar

que ese mismo año, el hermano mayor de Rafael, con tan solo diecinueve años, se vio obligado a reconocer a un recién nacido fruto de su relación con una joven panadera que vivía al fondo de esa misma calle. Bautizado con el nombre de Fermín, este sería un niño que nunca preguntaría por su padre ausente, pues en los años sucesivos tendría más hermanos que tampoco preguntarían por los suyos; un niño de mirada profunda que entre sus primeros recuerdos también albergaría la admiración por esa Giralda sonrosada que hasta los cuatro años siguió siendo paseada por su madre o alguno de sus hermanos en aquel cochecito y, más adelante, en un caballito de madera con ruedas de hule. La primera vez que la vio salir de su casa caminando sobre sus propios pies, le debió parecer más asequible: abandonó en la acera la palangana de agua que estaba acarreando hasta el horno de su abuelo y corrió a presentarse. Frenó en seco. Pocos pasos los separaban, pero en medio estaba el hermano de Giralda: grande, con traje oscuro, sombrero negro y una mirada que lo observó con extrañeza. Ella también se le quedó mirando, sin pronunciar nada. Fermín retrocedió un paso, tomó aliento y huyó en busca de su palangana.

3

Humildes o elegantes, comunes o extravagantes, hay algunas casas que pueden marcar en sus habitantes, como un hierro candente sobre la frente de un esclavo, su destino, sus opciones, sus percepciones del mundo. Tal vez esto dependa de las puertas que se dejan entreabiertas al anochecer, de la amplitud y transparencia de las ventanas, del grosor de las cortinas, de las estancias que permanecen siempre cerradas, o acaso de las llaves que se descubren por azar y pasan a liberar risas, gemidos, lamentos que se habían mantenido suspendidos pero vivos más allá de los años transcurridos desde que fueron incrustados entre el adobe y la cal de las paredes. Y si no es así, ¿de qué depende?

La casa en la que nació Giralda no era muy distinta de lo que solían ser las casonas de las familias cusqueñas acomodadas a inicios del siglo XX. Con bases incaicas revestidas con adobes del tiempo colonial, tenían grandes portones de roble como vía de entrada de personas, caballos y carrozas, arquerías de piedra en los portales de los patios principales, balcones y amplios corredores en las segundas plantas que cobijaban la parte más íntima de las viviendas; así como dos, tres y hasta cuatro patios, donde el primero era el más cuidado y fino en su construcción, mientras el último no solía abrigar ningún jardín ni adorno, su piso era de tierra y en el caso de que tuviera habitaciones, estas eran destinadas a los animales o a los sirvientes y visitantes indígenas que la casa albergara.

La casa de la infancia de Giralda está hoy derruida, en estado de abandono, puesta en venta desde hace una década sin que nadie se haya atrevido a comprarse ese pleito. Los juicios de partición de bienes que catorce de mis sobrinos libran por ella parecen de nunca acabar, más bien se han complicado en los últimos años en que las propiedades del casco histórico han multiplicado sus precios dado su potencial como hoteles o locales altamente comerciales. En esa misma línea, se ha multiplicado el interés de los herederos por ganar cada cual para sí unos metros cuadrados de más que les supongan miles de dólares extra. Pero en la infancia de Giralda era una casa cargada de ocupantes, agitada por los quehaceres de los niños y los sirvientes, por una manada de caballos y perros que paseaba por los tres patios sin ningún lazo, por la llegada de los alimentos frescos que los padres de mi abuela Sara enviaban cada mes de su hacienda mediante pongos que luego se alojaban en los cuartuchos del tercer patio los días que les ocupara comprar para sus patrones los alimentos y utensilios que solo se podían adquirir en la ciudad.

Varios puñados de sal aventados junto a la puerta de la calle; su madre limpiando de inmediato la acera y buscando un cura que bendijera el lugar con agua santa: de este modo descubrió Giralda que su casa convocaba envidias, rencores, malos deseos, en algunos meses del año más que en otros. A veces le daba miedo, pero se confortaba recordando la limpieza a fondo que su madre y el cura habían acometido, por lo que seguía saliendo y entrando por aquella puerta con seguridad, acompañada por sus perros, pensando que esas envidias a las que Sara atribuía tanta regadera de sal más bien multiplicarían la fortuna de su familia. Cuando tenía cinco años, sus abuelos maternos habían enviado a un fornido siervo de su hacienda para que atendiera las necesidades más duras en la casa de los tres patios. Fue él, Jeremías, quien, desde su llegada al Cusco, le narró en quechua, con su ronca voz, innumerables fábulas que daban cuenta de cómo amaban la sal caballos, mulas, ovejas, llamas y burros. Ya no podía, pues, guardarle temor a la escarcha salada rociada ante su puerta en medio de la noche; más bien veía confirmarse el dicho «la sal es vida», porque su casa recibía una variedad de gente que acudía a su padre para ofertarle sus mercancías: desde los productores de quesos y mantequillas artesanales de provincias altas, a mercaderes mayoristas que acarreaban sus productos textiles y cerámicos desde Moquegua, Arequipa, La Paz y Ayacucho, u otros arribados desde los lejanos puertos del Callao, Valparaíso o Buenos Aires transportando alimentos, vajilla, muebles, sombreros o armas importadas de Europa y Oriente.

Las estancias del segundo patio eran las depositarias de la mercadería recibida: dos habitaciones sin ventanas servían de frigorífico para los productos alimenticios, mientras las otras tres, más ventiladas e iluminadas, resguardaban los géneros más finos y no perecederos. Sus hermanos mayores le transmitieron su afición por hurtar las llaves de esas estancias para gozar del tacto de esos artículos exquisitos, que solo las familias más ricas podían adquirir. Cuando yo era pequeño, mi madre recordaba ese pedazo de su infancia cada vez que me convidaba algún alimento importado, haciéndome imaginar la inmensa travesía que habría recorrido antes de aterrizar en mi boca. Me contaba que, cuando entraba en los despenseros de su padre, le gustaba cerrar los ojos, y así, al tocar los casimires y vajillas importadas de Inglaterra, las porcelanas chinas, los sombreros italianos, o las latas de sardinas españolas, imaginaba que estaba recorriendo el mundo. Le parecía injusto que una pequeña lata de sardinas, que no duraba ni quince minutos una vez dispuesta sobre la mesa, pudiera haber atravesado países y mares enteros, mientras ella apenas había salido de la veintena de calles donde transcurría su

vida, y las pocas ocasiones en que lo había hecho, no había ido más allá de San Salvador, a la hacienda de sus abuelos maternos, distante a menos de tres horas del Cusco. Para colmo de males, sus abuelos paternos vivían en la ciudad; fueron ellos quienes heredaron a su padre el negocio mercantil y ocupaban una casa contigua a la suya, de modo que ni siquiera por ese lado contó en su infancia con otro lugar lejano adonde viajar en vacaciones.

En el lateral izquierdo del primer patio se ubicaba la estancia donde su padre pactaba sus tratos. No solo era el lugar donde se regateaban, negociaban y pagaban los precios, sino también el que albergaba una mesa de caoba en una esquina donde muchas noches Giraldo Loayza congregaba a sus amigos para jugar partidas de canasta en las que no pocas veces había desbaratado sus ganancias del día. Pero ese era su límite: nunca apostaba más de lo que hubiera ganado en un día, y nunca jugaba fuera de casa, fuera de esa mesa; una mesa inquietante, a la que Giralda se enfrentó el día que enterraron a su madre, sea por la agonía que le supusieron las veladas en que su padre se jugó la seguridad de sus hijos, o porque en esa misma mesa de mantel a cuadros, cuando Giralda tenía diez años, una noche descubrió que había ocasiones en que su padre apostaba en ella cuestiones más complejas que una partida de canasta.

Esos patios, esa casa, eran también el punto de recalada de innumerables compadres y ahijados que Sara y Giraldo Loayza habían ido sumando desde que contrajeran matrimonio en 1875. Desde diferentes comarcas de la región, aparecían de visita, por lo general acompañados de regalos, fueran gallinas, cestas de huevos o canastas de frutas. A veces, se hospedaban en la casa algunos días; en otras ocasiones, semanas y meses enteros, para resolver juicios o asuntos de salud, trabajo o estudios en la ciudad. Según su nivel social, eran alojados en los cuartos desvencijados del tercer patio (salvo en el establo del fondo, que siempre se hallaba cerrado con doble candado), o bien en una habitación pequeña del primer patio, apenas amoblada por dos camas y una silla, y, más excepcionalmente, en el amplio dormitorio de huéspedes de la vivienda familiar, reservado para los viajeros ilustres a quienes Giraldo Loayza ofrecía un trato magnífico. Las visitas modestas no solían quedarse más de dos días, sobre todo cuando se trataba de comadres que acudían para solicitar el consejo de Sara sobre cómo enfrentar problemas de deudas, violencia o amantes de sus maridos. En su costurero, único espacio privado de Sara, estancia alargada desde cuyos extremos podía ver tanto el primer como el segundo patio, ella proporcionaba consejos, alguna vez pidió disculpas y caminó con premura hasta la habitación donde aún dormía Giralda. Quizás pensando que su hija de cinco años no la

entendería, se desfogó:

—¡Quién diablos creen que soy! Venir a depositar sus tragedias sobre mis espaldas; venir a preguntarme qué hacer para enfrentar la convivencia con un malhechor… Como si yo supiera cómo sobrevivir con un desgraciado cuyo nombre no debí permitir que se reprodujera sobre ti, pobrecita hija…

Muchos visitantes acudían a la casa de los tres patios con el fin de solicitar un préstamo de Giraldo Loayza de manera directa, pero había parientes que lo hacían mediante el filtro de Sara. En esas circunstancias, sonrojada como si la deuda a contraer fuera suya, ella bajaba hasta la estancia de negocios de su esposo y esperaba que él le preguntara qué pasaba. A veces con facilidad, otras veces irritado y rumiando improperios, Giraldo extraía de su caja fuerte la mitad del monto solicitado y se lo entregaba. Sara entonces regresaba hasta su costurero y extendía el dinero a los demandantes del préstamo. Mientras estos le besaban las manos o la colmaban de bendiciones, ella respiraba hondo, conociendo en silencio que la fortuna atribuida a su familia valía mucho más en la boca de la gente de fuera que en la realidad que ella enfrentaba día a día.

A medida que Giraldo envejecía y le surgían diversos competidores, en lugar de reducir sus ganas de fiesta, estas se acrecentaban: casi no había semana en que su casa no ofreciera algún banquete, sobre todo para los visitantes notables que arribaban a la ciudad o para sus principales proveedores, a quienes le gustaba agasajar con holgados almuerzos, si es que no los podía hospedar a cuerpo de rey en su propia casa. Con cierta vergüenza, una tarde mi madre me confió que ella percibía que la pulsión de su padre por ofrecer tantos festines a la gente ilustre estaba provocada por su afán de sumar méritos que fortalecieran su prestigio de hombre pudiente, para tal vez así ser admitido como igual por las familias más enaltecidas de la ciudad, cuya fortuna se basaba en sus rentas y en la posesión de haciendas inmensas, mientras que la suya solo estaba fundada en el comercio. Giralda barruntaba que quizás su padre sí se casó por amor con Sara, pues la hacienda de su familia no tenía más de diez hectáreas y se hallaba en decadencia cuando contrajeron matrimonio.

Al momento de su muerte, la fama de mi abuelo era la de un acaudalado benefactor; sin embargo, nunca consiguió la invitación ni el halago de las cuatro o cinco familias más poderosas. Al final de su vida, su obsesión por los agasajos no había sido más que un intento vano por lograr, antes de morir, la aceptación que nunca obtuvo.

Murió en 1928, con ochenta y dos años, la mente lúcida y la mirada desencantada. Aquel que para la mayoría de la gente era un señalado por la fortuna, expiró pronunciando anhelante que un día el mundo cambiaría.

En 1973, pocos días antes del accidente, mi madre comentó cómo habría vivido su padre la Reforma Agraria decretada cuatro años atrás, la que terminó de liquidar ese mundillo asentado durante siglos en la propiedad de haciendas y servidumbre indígena, una debacle que a él muy poco le habría afectado. A pesar de que murió pronunciando esas palabras, mi abuelo no hubiera imaginado que, en cuatro décadas, del mundo que él había conocido no quedaría prácticamente nada. Hasta el fin de sus días, mantuvo la obsesión por ser admitido en aquel grupo social del que nada quedaría medio siglo más tarde; no obstante, sin saberlo, la vocación hospitalaria que desarrolló cambiaría la vida de sus hijos.

Naturalistas, políticos, intelectuales, grandes comerciantes nacionales y extranjeros: la lista de personalidades que aquella casa hospedó podía ser interminable. Al marcharse, muchos animaban a sus anfitriones a que visitaran sus ciudades para corresponderles en la hospitalidad. Sara sonreía con la mirada volada, como quien se hubiera resignado a que nunca viajaría lejos y a que su marido nunca lograría el respeto de los vecinos más notables de la ciudad, aunque hubieran hospedado a mil visitantes distinguidos. Tras recibirse como filósofo y contraer matrimonio, su hijo mayor fue invitado por uno de esos huéspedes a enrolarse en su empresa editorial en Buenos Aires. Sara se lamentaría por que la única invitación a la que alguien de su familia se animaba a corresponder se llevaría a su hijo mayor fuera del país y de manera permanente.

Aquel no fue el huésped argentino que una tarde, a la hora del almuerzo, preguntó por qué mantenían clausurada la estancia más grande del tercer patio cuando bien la podrían utilizar para almacenar un mayor número de lotes de conservas y pastas argentinas, cuya demanda estaba creciendo en la ciudad. Quien formuló esa pregunta era un comerciante rioplatense recién iniciado en los negocios de exportación, joven y, por supuesto, lenguaraz. Su interrogante fue seguida por un silencio que se extendió demasiado, ante lo cual él encontró conveniente reiterar su pregunta. Sara depositó sus cubiertos sobre la mesa, miró a un lado y a otro sin realmente fijar la vista en nadie. Finalmente, repuso que hacía muchos años el suelo de aquel establo se había hundido, poniendo en evidencia un pozo de agua turbia cuya profundidad parecía infinita. Añadió que ella temía que, si abrían sus puertas, también se abriría el peligro de que cualquier

miembro de su familia pudiera ahogarse en ese pantano. Giralda había abierto los ojos como platos. Era la primera vez que escuchaba una explicación del porqué se mantenía ese establo cerrado. Antes, todas habían sido evasivas: «solo tenemos tres caballos y ellos son más felices viviendo libres bajo los portales de la casa que encerrados en un cuarto frío», o simplemente: «los depósitos del segundo patio bastan para guardar las mercaderías». Por su parte, el joven rioplatense había replicado que vaya si la historia de aquella estancia era inquietante, pues le recordaba a un relato de fantasmas. Ante este comentario, Sara había empalidecido, como si ella misma fuera un fantasma. Su marido, por el contrario, se había puesto rojo como los tomates que la empleada estaba trayendo, servidos en rodajas en una fuente con el aliño de sal, limón y aceite.

—Bueno, bueno, mejor será que gocemos de esta delicia —había propuesto el patriarca de la casa y se había apresurado en ensartar su tenedor sobre la ensalada.

4

En julio de 1908, Giraldo Loayza ofreció una fiesta que se prolongó dos días. Alicia, la cuarta de sus hijas, había contraído matrimonio. Esa fue la última celebración nupcial que acogió su casa. Muy preocupado porque nada de comer ni beber faltara para los doscientos invitados, había sobredimensionado las cantidades de comida de tal modo que, al tercer día, cuando no quedaba ya ningún invitado y los flamantes esposos se hallaban rumbo a tierras cálidas para pasar su luna de miel, la cocina se mantenía atiborrada de lechones, pasteles y postres. Ni en una semana los habitantes de la casa habrían podido consumir; por su parte, en el tercer patio los cuatro perros yacían despanzurrados, hartos de comer la ruma de huesos y carnes sobrantes.

Al mediodía la temperatura subía; como no tomaran medidas rápidas para deshacerse de la comida, el hedor y las moscas tomarían su turno en el festín. A Flor, la cocinera, se le ocurrió bajar las mesas de la cocina al primer patio y convidar a los vecinos de las casitas bajas del extremo norte de la calle para que dieran cuenta de aquellas viandas. Giraldo celebró su ingenio y de inmediato mandó a Jeremías para que se encargara de extender la invitación. Aún no habían terminado de disponer las bandejas en el primer patio, cuando se dieron cuenta de que decenas de niños y varios adultos ya esperaban enfilados en la puerta el momento en el que por primera vez ingresarían al interior de esa casa. Desde el balcón del comedor, Giraldo observó complacido cómo, en menos de media hora, sobre las mesas del patio no quedaba nada, al punto que algunos comensales se habían llevado hasta los platos.

—Qué más da —señaló frente a su esposa y su hija menor—. Esto es mejor que dejar malograr la comida. Además, ha de ser bueno compartir nuestra abundancia con esta gente que siempre nos ve festejando de lejos.

—Pero ellos sabrán que lo que estamos compartiendo son las sobras, no el banquete —refutó Sara.

Su marido la miró con disgusto; sin embargo, volvió a sonreír.

—No creo que les importe —repuso—. ¡Mira cómo se deleitan esos chicos con los pasteles de coco! Jamás habrán comido nada parecido.

Giralda observó el rostro de su padre: sonriente, pero también

revelaba incomodidad detrás de sus bigotes. Al volver la vista al patio, descubrió que un grupo de niños se empezaba a alborotar alrededor de su caballito de madera; todos pugnaban por montarlo. Sobre las mesas ya no quedaba comida, la faena estaba resuelta. Flor no tardó en anunciar a los chiquillos que era hora de que se marcharan.

A partir de esa tarde, Giralda se convertiría en la única habitante joven de la casa; su padre redoblaría sus escapadas con sus amigos, en particular, si acertaba con algún negocio; y los llantos y jaquecas de Sara se irían intensificando. Poco a poco, Giralda pasó a ser la administradora de un caserón que, tenía adelantado, sería su herencia cuando se casara junto con el cuidado de sus padres hasta el fin de sus días. Aunque todos daban por sentado que con los años aprendería a escoger un consorte apropiado, Sara comenzó a insinuarle que debía fijarse bien en quién posaba sus sentimientos, recomendación que Giralda no entendía, hasta que al cumplir diez años le prohibieron que saliera a jugar con cualquier niño de la calle, como llevaba haciendo en los últimos meses. En esa época empezó a descubrir más diferencias en los chiquillos que habitaban las casas del extremo marginal de su calle.

Todo comenzó por el olfato: advirtió que, en efecto, tal como comentaban sus hermanas en un lenguaje que buscaba esquivar el pecado de la soberbia, los cholitos de las casitas bajas despedían un olor diferente. Las fosas nasales de Giralda empezaron a traducir que «diferente» era denso, sofocado, grasoso, desagradable al aire, peligroso de aspirar. Y otras cosas que antes habían sido apenas perceptibles se expandieron: la piel de aquellos niños era bastante oscura; además, sus mejillas estaban cuarteadas por el invierno, el sol y hasta por brotes de sarna, mientras sus mocos eran reducidos de un golpe con la manga de una chompa deshilachada. También empezó a percatarse de que sus pantalones habían sido decenas de veces remendados con hilos de cualquier color, o que algunos vestían ropa que ella y sus hermanos habían abandonado por desgastada. Aunque persistía el deseo de seguir jugando con ellos, también le invadía un temor creciente a que de hacerlo pudiera contagiarse de los piojos y fiebres que mataban a esos chiquitos como a conejos, según decía su padre. No había cumplido aún los once años y algunas noches comenzó a padecer insomnios, mortificada por no saber si era pecado sentirse tan diferente.

Las mañanas la liberaban de la angustia nocturna; de nuevo volvía a deleitarse porque su ropa, siempre pulcra y sin remiendos, la mostrara más brillante que cualquier niña cuando salía a pasear acompañando a su madre o en compañía de sus perros. En esos

momentos, caminaba con la cabeza erguida, sonreía con cortesía tal como le habían enseñado, y evitaba intimar con prójimos que no se le parecieran. No solía pasar mucho rato hasta que volvía a sentir que esos andares suyos con los pies protegidos y la nariz apuntando al firmamento insultaban los pies desnudos o los zapatos agujereados de los niños con los que había jugado hasta hacía pocos meses. Entonces pedía perdón a Dios por su vanidad.

Algunas noches, cuando ya todos en su casa dormían, abandonaba su habitación. Descalza y acompañada por la luz de una vela, descendía las gradas y caminaba de puntillas hasta el piso de tierra del tercer patio. Temblando y a la vez dándose valor, se aproximaba a la estancia proscrita del fondo; imaginaba que, además de agua turbia, debía aprisionar almas condenadas a purgar ese encierro oscuro y frío por pecados innombrables que debieron haber cometido. Sudaba, pero no se detenía hasta tocar la gelidez de los candados oxidados que la mantenían sellada, como si al hacerlo buscara para sí un castigo, un dolor, un terror que hiciera justicia a los humillados por su orgullo.

Una mañana, bajo los sacos de harina de la despensa, descubrió una llave gemela del portón de entrada. Se le ocurrió que, con ella, poco después de que su madre la acostara a las ocho, podría escapar para reanudar sus andanzas en la calle. Así lo hizo esa misma noche y repitió sus correrías al día siguiente, y al subsiguiente. De esta manera, hasta las diez de la noche en que los serenos apagaban los faroles que habían encendido a las seis de la tarde, volvió a jugar a la pesca y a las escondidas con la docena de chiquillos que sumaba la descendencia de la lavandera, la chichera y el zapatero remendón que vivían en el extremo pobre de su calle.

La cuarta o quinta noche no le fue sencillo fugarse: al pasar por el dormitorio de sus padres, descubrió que la puerta estaba abierta y que adentro no había nadie. Que Giraldo estuviera ausente no le resultó extraño, pero temió encontrarse con su madre en el pasillo, pues las frazadas de su cama estaban destapadas, lo que le dio a entender que Sara habría olvidado algo en la sala o que tal vez estaría en el baño. Regresó a su habitación y se quedó aguardando a que el terreno estuviera libre para salir. Al volver al corredor, vio que el dormitorio de sus padres se mantenía abierto y vacío. No quiso esperar más: caminó en dirección de la salida de la segunda planta. En ese momento, se dio cuenta de que la puerta del costurero de Sara estaba levemente abierta, aunque no había ninguna luz encendida. Supuso que su madre se habría dormido mientras cosía alguna prenda, así que, con gran cautela, siguió avanzando hasta llegar a las gradas que conducían al primer patio y de allí a la libertad.

No sabía que esa noche las cosas tomarían un rumbo enmarañado. Para evitar que alguien distinguiera su pijama claro atravesando el patio, decidió bordear el camino escondiéndose en los soportales. Esto la llevó a encontrarse frente a otra puerta que tampoco estaba bien cerrada: en la estancia de negocios del primer patio, sobre la mesa de caoba y mantel a cuadros destinada a los juegos de canasta, Giralda descubrió a su padre apostando su cuerpo no sobre naipes sino sobre una mujer cuyo lunar en la frente pudo reconocer a través de la luz de una vela. Echó sus pasos atrás. De la mesa emanaban ruidos agitados y secos. Hubiera querido creer que ese hombre no era su padre, o que al menos esa pareja se estaba limitando a jugar cualquier partida inocente. Podrían haber estado haciéndose cosquillas, pero esa mujer no estaba riendo. Por el contrario, pudo oír que su padre le decía que era una perra y que la iba a tratar como a una perra en celo. Entonces, los quejidos de aquella mujer se convirtieron en una súplica:

—Por favor, señor, ya basta…

Paralizada a un costado de la puerta, Giralda escuchó con claridad cómo su padre respondía que las rameras solo debían callar y obedecer. No podía engañarse, nadie estaba jugando sobre esa mesa, y esa hermosa lunareja era la misma que por la mañana, con el semblante angustiado, había acudido a su casa para vender sus joyas a quien probablemente fuera el comerciante más conocido de la ciudad.

Los golpes sobre la mesa de cedro se hicieron más duros; Giralda huyó. Al abrir la puerta de la calle, rezó para que su madre no la hubiera visto y, sobre todo, para que desde su costurero con vistas al primer y al segundo patio, nunca viera las cosas que ella acababa de presenciar.

Afuera corría el viento, ya era tarde. Empezó a caminar sin rumbo. No tenía ganas de jugar, pero tampoco quería volver a su casa. Recién en ese momento se percató de cuán sucios habían quedado los bordes y las rodilleras de su pijama de tanta andanza nocturna a la que se había aventurado en la última semana. Seguía deambulando, cuando los hijos del zapatero la alcanzaron. Le anunciaron que esa noche no iban a jugar a la pesca porque su padre les había regalado canicas, y para hacer competencia de tiros con ellas, debían buscar el farol más luminoso. Giralda los siguió. Logró olvidarse de la lunareja cuando los nietos del panadero se les aproximaron y les ofrecieron enseñarles a jugar a los tiros. Uno de ellos, Fermín, tenía su misma edad.

En las semanas siguientes, ese juego de chicos encandiló a Giralda: con sus propinas se compró una docena de finas canicas y poco a poco se convirtió en una experta. No se le olvidaba el rostro de la lunareja; no obstante, siguió saliendo cada noche a escondidas. En una ocasión, le pareció que volvía a escuchar el crujido intermitente de la mesa de apuestas de su padre; pero mantuvo su camino, alejando sus pasos de la estancia que albergaba esa mesa. Afuera estaban los juegos de canicas; allí había aprendido a quitarse los zapatos para usar sus pulgares del pie como gatillo y disparar las pequeñas esferas de vidrio con precisión. Bajo la tenue luz de los faroles alimentados por brea, Giralda estaba encantada por ser la única niña que jugaba a los tiros con pericia, pese a haberse dado cuenta de que, al menor descuido, Fermín le hacía trampa y conseguía quedarse con sus mejores canicas. Los hermanos menores de aquel chiquillo también se daban cuenta y parecían esperar que ella reaccionara, pero Giralda prefería hacerse la tonta, sintiendo que eso atenuaba sus culpas y aligeraba las diferencias con un niño que a veces parecía mirarla con ternura y otras con ira. No pasaron muchas semanas antes de que la madre de Fermín descubriera con quién jugaban sus hijos hasta altas horas y les advirtió que era mejor que no se mezclaran con ella ni de día ni de noche.

Por esos mismos días, el hermano mayor de Giralda y su esposa volvieron de Buenos Aires después de cuatro años para visitar a sus familias en el Cusco y presentar a su primogénito. Llegaron cargados de novedades y obsequios; a Giralda le trajeron un vestido y dos pares de zapatos tan coquetos como ella no había visto nunca. Ya no echaría de menos salir a jugar a los tiros por la noche. Dentro de su casa podía escuchar las conversaciones de su hermano con los amigos que lo iban a visitar. Aunque a las ocho de la noche su madre la enviaba a la cama, poco después, bajo la mirada aquiescente de Pedro, se instalaba detrás de las cortinas de la sala y seguía atenta el curso de sus conversaciones. En ocasiones acompañados por el son de guitarras y violines, en otras, por el solo tintineo de sus copas, Giralda los escuchaba hablar de Buenos Aires, de sus hermosas mujeres, de sus innumerables locales para las tertulias, de los grandes pintores, escritores y músicos que allí habitaban, como también de los profundos cambios que se estaban desatando en el mundo entero.

Dos meses más tarde, antes de volver a Buenos Aires, Pedro la llevó a una tienda de música de la calle San Agustín. Le compró un violín. De regreso, saltando de alegría por las veredas, Giralda se imaginaba a sí misma componiendo hermosas canciones en su habitación, para luego tocarlas en las fiestas y en paseos al campo. Su hermano reía, si bien debía de estar elucubrando cómo aminorar el

disgusto de su padre cuando se diera cuenta de que Giralda había obtenido el anhelado violín: porque Giraldo Loayza siempre había proclamado que una mujer decente no era compatible con un instrumento de cuerdas.

Dado que su hijo mayor estaba por marcharse y nadie sabía cuántos años tendrían que transcurrir antes de que regresara de nuevo, Giraldo apenas hizo una mueca de molestia cuando lo vio aparecer juntos a su hija menor y a aquel violín. Pero en cuanto Pedro regresó a Argentina, le advirtió a Giralda que solo podría usar ese instrumento como adorno, porque él no le pagaría ninguna clase de cuerdas. Quién sabe por qué, una semana después se limitó a articular otra mueca de disgusto cuando su hermana Rolena le anunció que ella pagaría todas las clases de música que su sobrina quisiera.

5

A diferencia de mi madre, mi padre guardaba escasos recuerdos de su niñez. Pareciera que fue el cometa Halley el que despertó su conciencia al mundo como una dimensión de temores y esperanzas, de supersticiones, racionalidad y melancolía. Durante meses, se había aguardado el día en que el Halley retornara después de setenta y seis años. En el Cusco, como en gran parte del planeta, hubo más temores que esperanzas y se predecía que su cabeza reventaría en el horizonte para inaugurar el apocalipsis durante veinte siglos germinado.

La noche de mayo en que su cola empezó a mostrarse larga, ígnea, como un sol que se lanza a un abismo dejando a su paso un magma de chispas y pasmos, desobedeciendo la orden de su marido de mantener a salvo a los chicos debajo de la cama, su madre corrió a buscarlo para que no se perdiera el acontecimiento extraordinario que de tanto alumbrar la noche parecía adelantar unas horas el día de su cumpleaños. Pese a que le advirtió que no debía señalar al cometa, como tampoco se debía señalar al arco iris para evitar que el dedo se pudriera, lo que más estremeció a mi padre fue observar que su mano izquierda, de manera irrefrenable, se elevaba y su dedo índice dibujaba el camino que en el horizonte oscuro de estrellas trazaba el aura de ese cometa como anunciando el final de una era, el nacimiento de otra.

En los días siguientes, se celebraron varias misas para agradecer que no se hubiera producido ningún cataclismo. Mi padre contaba que eso le hizo confiar en que tampoco se le pudriría el dedo con el que había señalado al cometa, si bien durante varias semanas se acostaría cada noche asustado, temiendo que al día siguiente su índice izquierdo despertara podrido. Tal vez él también experimentó una despedida prematura de la infancia, pues aunque todavía habitaría una dimensión cargada de imaginación, superstición y juegos, por aquellos días comenzaría a percibir otras cosas que sus ojos de niño no habían visto antes: al interior de su propia casa, en las noticias que traían los periódicos, en las miradas —directas o soterradas— que intercambiaban los adultos de su mundo cusqueño. Por ello, creyó que el divagar enloquecido de ese dios de fuego que tan cerca había pasado de la Tierra no traería nada bueno. Aun así, su niñez no se diluiría de un día para otro: durante varios meses seguiría volando cometas en las alturas proclives para el viento, olvidando los oscuros presagios que le habían nacido el día que cumplió once años.

Mi madre decía que, en el Cusco en el que le tocó vivir el nuevo

siglo, tuvo la fortuna de conocer el mundo que empezaba a transformarse o a estallar en pedazos mucho más allá de nuestras fronteras: en Europa, en África, en Asia, en Norteamérica. Daba gracias a la vida por haber tenido un hermano como Pedro, que en sus cartas relatara lo que veía desde el cosmopolitismo de Buenos Aires; daba gracias a la hospitalidad magnánima de su padre con los extranjeros, pues muchos de ellos hablaban de lo que habían absorbido en los países por donde habían transitado, de la prensa internacional que llegaba a sus ciudades, o de los mismos libros que traían consigo; daba gracias porque sus vecinos, grandes amigos de Pedro, a veces le dejaran ver las revistas extranjeras que compraban para su padre, procedentes de Montevideo, Buenos Aires y a veces incluso de México; daba gracias porque dos de sus primos se hallaran entre los chicos valientes que habían puesto en huelga la universidad para lograr, antes que el cometa Halley, una reforma que la modernizaría y de la cual ella se habría de beneficiar más adelante. Fue uno de ellos, Fortunato, quien el día de su fiesta de catorce años, al saludarla, le recordó la importancia del año en que había nacido: le dijo que jamás olvidara que pertenecía por entero al siglo XX, no al mundo de guerras, oscurantismo e injusticias que todos ellos querían dejar atrás. Su primo había enfatizado que debería hacerse merecedora del privilegio de pertenecer a tiempos modernos, no a los siglos aciagos del pasado; que debería caminar siempre adelante y que, además, no había otra alternativa.

La penúltima noche de agosto de 1945, Eliecer, joven abogado y poeta, el hijo mayor de Fortunato, sería uno de los cuatro amigos en morir con un tiro en la sien, en las faldas de Sacsayhuamán, mientras el viento arreaba copos de nieve.

Ni a Giralda, ni a Fortunato, ni a millares de personas en el mundo les duró mucho la convicción de que el joven siglo XX sería de veras un tiempo de paz. No pasaron ni seis meses desde que Giralda celebrara sus catorce años, cuando se propagó la noticia de que una guerra de guerras se avecinaba en Europa. Pocas semanas después, esta ya era una realidad en expansión que provocaba el entusiasmo de millones de personas, mientras los escasos pacifistas eran asesinados a plena luz del día. En su ciudad, tan alejada de los epicentros de esa contienda, mucha gente la avistaba tomando partido y, desde la distancia, apostaba por la victoria de uno u otro bando, leyendo con avidez e incluso con fervor los reportes de las batallas que semana a semana se iban sumando, manifestando extrañeza ante quienes clamaban por la deserción masiva de los ejércitos en guerra para que la humanidad no se perdiera en esa sangría. Estos ecos empezarían a germinar dos años más tarde, cuando las revistas empezaron a

publicar no solo el recuento de estrategias militares, victorias y derrotas, sino también fotografías que ilustraban las consecuencias: miles de muertos y mutilados en las trincheras congeladas de Francia, Austria, Alemania, en los campos de batalla desérticos del Sahara, en los mares turcos y helénicos, abarcando a más y más millares de tropas. En 1917 comenzaron a circular fotografías que mostraban a niños famélicos agonizando en las calles de Londres, París, Berlín, Estambul… Todas esas ciudades de las que Giralda había oído hablar con admiración, aquellas a las que de niña se había dirigido en viajes imaginarios junto con los sombreros, la vajilla, los licores y los chocolates, parecían ahora despedir únicamente metralla, hambre, hedor de muerte.

A los diecisiete años, cuando esa guerra comenzó a denominarse mundial y en su instituto de música estaban por organizar un recital, Giralda le comunicó a su profesor de violín que no participaría ni volvería a tocar música hasta el fin de esa conflagración porque no le parecía humano hacerlo ante tanta barbarie. Su maestro la escuchó y, sin responderle, pasó a tararear una canción en quechua.

Rafael era su tercer profesor de violín. Era un hombre moreno, fornido, de cara ancha, voz gruesa y manos grandes, cuya contextura no se correspondía con la ternura que desplegaba al abrazar su violín mientras lo tocaba, ni con la paciencia que demostraba con sus pupilos más pequeños. Con los mayores hablaba poco, con ellos se limitaba a la parte técnica de las clases. Si Giralda conocía algunos detalles de su vida, era porque su primo Fortunato lo contaba entre sus amigos más admirados y porque Rafael vivía en su misma calle, en una casa de un patio ubicada a tres manzanas de la suya. Al oírlo entonar esa melodía, no supo qué hacer. Esa respuesta cantada le confirmó la impresión de que era un poco extravagante: pocas veces daba respuestas categóricas a las preguntas que sus alumnos le formulaban y, al parecer, ahora estaba ninguneando su propuesta de abandonar la música mientras la Guerra Mundial prosiguiera matando a millones. Se estaba levantando de su silla cuando se percató de las palabras que cantaba su maestro: hablaba de la música como tierra sin fronteras. Giralda volvió a sentarse. Rafael dejó de cantar para señalar a sus pupilos que ojalá, así como se solidarizaban con el sufrimiento de las personas que vivían al otro lado del mundo, empezaran a condolerse por las injusticias que asolaban a gente que tenían mucho más cerca.

—Miren nada más cómo malviven los indios que atienden las haciendas y las casas de sus familias. Nos hemos acostumbrado a su explotación y acá nadie ha abandonado la música por ese agravio. Y

una cosa más —añadió mirando a Giralda—: ni siquiera esos siervos que trabajan como esclavos dejan de procurarse un tiempo libre para fabricarse charangos, tambores o quenas con los que dan algo de belleza a su existencia.

Giralda enrojeció. A la semana siguiente, le sorprendió descubrir que de los nueve alumnos que tomaban clases de música en su horario, solo quedaba su primo Pablo, un par de gemelos de ocho años y ella. Dos amigas que aprendían piano con otra maestra habían cumplido la promesa de abandonar el instituto de música manifestando que sus padres no las habían matriculado para asistir a clases de comunismo. Una semana después, Giralda se entristeció al encontrarse con otro profesor de violín; sin embargo, poco después la alivió saber que Rafael había sido contratado para impartir clases de letras y artes en la primaria del colegio público de varones más antiguo de la ciudad.

«No digas que no es justo, Ramón». Algunas noches, mi madre hablaba en sueños, pero siempre fueron frases sueltas, cosas ininteligibles. «No digas que no es justo, Ramón», sentenció en el delirio de su agonía, en la cama del hospital donde durante dos días se meció entre la vida y la muerte. Era la única sobreviviente del carro que fuera embestido por un camión cuando retornaba de Pisac. Había sido un accidente pavoroso: los médicos señalaban que era insólito que a su edad y a pesar de sus lesiones internas se mantuviera aferrada a la vida. Quizás resistió para alcanzar a despedirse de sus seres queridos con lucidez y verdad. Cuando recuperó la conciencia, pronunció mi nombre, el de mi hermana, el de mi padre, mas no habían sido nuestros nombres los que repitiera dos, tres, cuatro veces durante su agonía.

En febrero de 1919, Pedro había regresado al Perú después de ocho años, acompañado por su esposa y sus cuatro hijos. Su llegada fue propicia para vencer la tirantez de su padre a que Giralda postulara a la universidad; no obstante, a quien más le costaría convencer sería a su madre, que se mostraba bastante preocupada por que los estudios universitarios convirtieran en solterona a su hija menor. La intervención de Pedro logró que en abril Giralda iniciara la carrera de Magisterio. Pocas semanas después, también inició una relación con un primo lejano que tenía una hacienda en la selva cusqueña y parecía apremiado por casarse con ella. La vida de aquel hombre se mostraba repleta de aventuras producto de sus expediciones por el río y la jungla; sin embargo, al cabo de tres meses el romance concluyó de manera súbita: «incompatibilidad absoluta de caracteres» fue la explicación que Giralda dio en su casa, provocando un gran disgusto en su padre y nuevas jaquecas en su madre. Años más tarde, a sus hijos tampoco nos daría más referencias sobre aquel primo suyo, que fue el primer novio que tuvo. En verdad debió ser alguien poco relevante en su vida. Y, en definitiva, aquel hombre no fue Ramón.

Una tarde de junio, las clases de Folklore de Giralda se habían extendido más de lo habitual. Estaba caminando con premura para llegar a su casa antes de que anocheciera cuando advirtió que, varios metros más adelante, en su misma acera, dos policías bajaban en dirección contraria custodiando a un hombre a quien mantenían esposado. Pudo haber abierto la puerta de su casa y cerrarla tras de sí para evitar involucrarse en cualquier problema, pero reconoció que el detenido era Rafael, su antiguo profesor de violín. Se aproximó hasta

ellos y preguntó por qué lo apresaban. Los policías no le dieron respuesta, siguieron avanzando indicándole que se retirase del camino. Rafael alcanzó a pedirle que por favor acudiera a su casa para calmar a su madre. Giralda no demoró en cumplir el pedido. Halló a la anciana desconsolada; entre sollozos, esta le explicó que habían arrestado a su hijo hasta comprobar si era cierta la denuncia de que en el colegio estaba pervirtiendo la mente de los alumnos con ideas anarquistas.

Ya empezaba a anochecer. Giralda se despidió, bajó las gradas hasta el patio y estaba por salir de esa casa cuando se tropezó con un joven que acababa de abrir la puerta por fuera. Ella se disculpó mientras trataba de identificarlo; él le despejó las dudas:

—Sí, soy el chiquito andrajoso con el que jugabas a los tiros cuando eras una niña.

—Fermín… —alcanzó a pronunciar Giralda.

—En efecto, el mismo que viste y ahora calza —repuso él con una sonrisa irónica y cerró la puerta tras de sí—. Pero, por favor, no me llames Fermín, ahora soy otro, ¿comprendes?

Giralda palideció. Parecía que el niño con el que tantas noches jugara a los tiros hubiera aguardado la vida entera para poder tratarla de tú sin titubear y con un tono que le despertara terror.

—¿Y qué haces tú acá? —preguntó ella, intentando vencer la turbación.

—Aquí vive mi abuela, ¿no lo sabes?

Giralda recordó a la viejecita que había dejado llorando en una habitación, desesperada porque la artritis de sus piernas no le permitía salir a solicitar auxilio para su hijo.

—¿La señora Amanda… es tu abuelita? —preguntó con incredulidad.

—¿Qué crees tú, que porque era un niño andrajoso no podría ser nieto de la señora Amanda?

—No lo sabía —respondió Giralda y bajó la mirada. Se percató de que, al igual que su voz, sus manos empezaban a temblar y no entendía por qué aquel hombre le estaba despertando pavor.

—Ahora ya lo sabes —sentenció él y, tomándole la barbilla, se la levantó bruscamente como para que fijara de nuevo sus ojos en los suyos.

Ella se quedó paralizada.

—Y ahora me vas a decir, Giraldita, ¿qué haces tú acá?

Ella intentó alcanzar el picaporte de la puerta como para abrirlo de una vez y fugar. Fermín le zafó el brazo, sin dejar de apretarle el mentón con su otra mano.

—Ya pues, amiguita de mi infancia, no querrás irte sin decirme qué buscas acá.

Ella retrocedió hasta librarse de su mano y le dijo que habían apresado a Rafael.

—… Que debe de ser tu tío.

Él no contestó, la seguía mirando con ironía.

—Quizás tú, Fermín, puedas hacer algo para averiguar cómo sacarlo.

—Podría, sí, podría —repuso él y adelantó los pasos que la separaban de ella—. Yo trabajo para la policía. ¿A que no sabías eso, amiguita?

—Entonces sí que puedes ayudarlo —respondió Giralda y retrocedió otros pasos.

—¿A cambio de qué?

Giralda se quedó pasmada, pero al fin tomó aire y señaló:

—Si dices que doña Amanda es tu abuelita, Rafael ha de ser tu tío; por lo tanto, deberías tratar de ayudarlos.

—¿Y por qué tendría que ayudarlo a él? Él ha escogido un camino que no es el mío, sabe qué riesgos corre, nadie lo ha obligado, así que no tengo por qué ayudarlo, salvo que alguien me quiera dar algo a cambio —se volvió a aproximar a su lado y agregó—: ¿Tú qué me darías a cambio, Giraldita?

Ella bajó la mirada; aquel hombre que de niño se limitara a robarle sus canicas parecía dispuesto a robarle sin disimulo el alma.

—Rafael es tu tío —repuso—. No deberías pedir nada a cambio de ayudarlo.

—Tú no deberías meterte donde no tienes nada que hacer —clamó Fermín y avanzó todos los pasos que ella había retrocedido—. ¿Por qué te tiene que importar lo que le pase a mi tío?, ¿o lo que le pase a la gente que vive en las casitas donde te prohibían jugar? Guárdate tu compasión, nadie la necesita salvo tu conciencia sucia.

Giralda se vio apretada contra una pared.

—Fermín, me tengo que ir, dame campo.

Él se apretó aún más contra su cuerpo.

—Mi nombre es Ramón, Giralda, que no se te olvide.

Ya eran las siete de la noche cuando regresó a su casa. Debería haber subido a saludar a su madre o, como mínimo, debería haberse precipitado al baño para lavarse las manos, la cara, el cuello, las orejas; no obstante, como si retornara el peso de las culpas inexorables que experimentara de niña, desvió su paso. Caminó hasta el segundo patio. Estaba temblando, sentía náuseas. La mirada extraña del niño que le hacía trampas para quedarse con sus canicas cuando tenía diez años por entonces la inquietaba, solo la inquietaba, porque no sabía traducir qué era; pero ahora, doce años más tarde, lo que destilaban esas pupilas era más profundo, aunque era lo mismo. Y era odio. Y a pesar de que ella no era quien estaba lanzando esa mirada, esas palabras, se sentía culpable; culpable aunque ella no era quien había aplastado contra la pared a otro ser para herirlo, para humillarlo. Esa misma culpa la empujó a avanzar unos pasos más. Las piernas le empezaron a flaquear al pisar el umbral del tercer patio, tan oscuro y poblado de silencio. A esas horas, los tres sirvientes de la casa todavía atendían a sus padres en la segunda planta y ninguna luz escapaba de las habitaciones que ocupaban. Sin embargo, la luna creciente extraía brillo de los metales, y ella descubrió que esa noche, en ese patio, lo que más destellaba eran los candados del cuarto proscrito, que resplandecían traspasando la oxidación que durante décadas había acumulado su superficie.

Hacía años que no preguntaba por qué todos en su casa parecían tan dispuestos a creer que era una puerta falsa, o que debajo corría un pozo de agua turbia. Tampoco había vuelto a preguntar por qué todos temían pasar junto a ella y evitaban siquiera rozarla, aunque estuviera siempre sellada. Ahí estaba Giralda, con sus orejas heridas, el cuello

profanado, el pecho desbocado por una culpa que no entendía. Y ahí estaba esa puerta, desafiando sus miedos. Podía haberse descalzado, como hacía cuando era una niña, para sentir que el contacto de sus pies con la tierra conjuraban el rencor que la riqueza de su padre por ella heredada despertaba en gente como el hombre que esa tarde había tomado su mentón como el de un animal indefenso; el mismo que la había acorralado contra la pared para ensalivar sus orejas con obscenidades y mordiscos hasta hacerlas sangrar, dejando claro que ya no era el niño que solo robaba sus canicas; el mismo que había introducido un pañuelo sucio en su boca para ahogar cualquier grito y poder sujetarla con comodidad; el mismo que había babeado en su cuello y lo había mordido con esmero, como queriendo marcar en su piel su nuevo nombre: «Mi nombre es Ramón, que no se te olvide». Podría descalzarse y sentir el perdón de la tierra fría, pero daría igual: no sabía desentrañar la culpa; sí sabía que le sería imposible desenmarañar la mirada de odio de Ramón. Temblando más que cuando fuera una niña, caminó hasta esa puerta. Con su mano derecha asió uno de los candados, con tibieza al principio. Todo el frío del invierno le pareció contenido en ese metal, y ese frío parecía calmar la fiebre que empezaba a recorrer su cuerpo. Con la mano izquierda sujetó el otro candado; también estaba frío, helado.

7

Aquella semana de 1924, la universidad se mantuvo clausurada porque se había desatado una epidemia de gripe asiática; dos alumnos de Letras habían muerto como consecuencia y muchos más habían sido hospitalizados. Acompañada por su madre, Giralda estaba acudiendo al médico cuando otra vez le tocó ver a Rafael caminando con las manos atadas a la espalda, custodiado por tres policías. Ese rato no supo qué hacer, pero la mirada conminadora de su madre le indicó proseguir en dirección del consultorio del doctor Bellido.

De regreso en su casa, ni bien terminó de tomar las vitaminas que le prescribieron, Giralda se apresuró en ponerse el abrigo para acudir a la comisaría. Un ahijado de su padre que oficiaba de sargento la reconoció, de inmediato la atendió y le explicó lo ocurrido: Rafael había sido detenido por tercera vez, no había ninguna prueba en su contra, pero esa mañana un grupo de notables de la región había presentado una denuncia contra él, un viejo abogado y dos estudiantes de Derecho, por aliento a la subversión, dadas las actividades que realizaban a través de una asociación proindígena. Cuando su primo Fortunato apareció para tramitar su liberación, le contó que tres años atrás el viejo abogado y profesor universitario había convocado a varios de sus pupilos, incluido Rafael, para fundar esa institución dedicada a brindar apoyo, asesorar legalmente y colaborar con los gastos de los litigios que las comunidades indígenas plantearan contra las autoridades de sus jurisdicciones o contra las haciendas a las que estaban adscritas. Hasta el momento no habían podido ganar ninguno de esos juicios, motivo por el que desde hacía tres décadas el viejo abogado mantenía colocado en su despacho un cartel que decía: «Para los indios no hay justicia». Sin embargo, insistían en esas labores, confiando en que los avances del movimiento indigenista más tarde o más temprano darían lugar a cambios en el aparato judicial. Por lo pronto, el hostigamiento que venían enfrentando no cesaba. Por suerte, nuevamente la intervención de Fortunato logró que Rafael y sus compañeros fueran liberados.

He visto a mis hijas disfrutar de salidas y viajes con sus amigos desde que eran niñas; de adolescentes han tenido permiso para irse a discotecas hasta altas horas de la noche; su madre y yo hemos apoyado plenamente sus decisiones sobre si proseguir estudios o no y qué carrera abordar cuando concluyeran el colegio. Sin entrometernos demasiado, hemos observado sus emociones y decepciones amorosas, así como sus opciones políticas. Para nosotros resultaba inimaginable objetar que quisieran ir a la universidad al concluir la secundaria; y

aunque nos despertaba resquemor, tampoco nos opusimos a que la mayor militara en un partido durante los últimos años de la violencia política. Ninguno de mis tres hijos se casó de inmediato. Malena, la mayor, apenas se graduó como abogada se marchó al extranjero para realizar un postgrado. Se casó a su regreso al Perú y nos hizo esperar varios años antes de tener a su primer hijo. He visto a Laura, la segunda, acumulando una sucesión de enamorados desde que estaba en el colegio; luego, mientras estudiaba Turismo, con los nervios de punta le he ido dando permisos y financiando sus viajes de prácticas a lugares cada vez más inhóspitos, hasta que, en efecto, la agencia de viajes que abrió se especializara en deportes de aventura. He visto a mi hijo menor ser confidente de sus amigas desde que era un niño, lo he observado enamorándose de varias de ellas cuando fue creciendo; al final, Mateo se ha casado con una mujer dos veces divorciada y con ella acaba de tener una niña, mi primera nieta mujer; y yo solo cruzo los dedos para que este sea el último matrimonio de mi nuera, tan callada y al mismo tiempo tan honesta en la expresión de sus sentimientos. Contemplo la generación a la que mis hijos pertenecen y las grandes transformaciones de las que han sido testigos; las libertades de las que gozaron ya las heredaron hechas, aunque algunas las fueron conquistando también con esfuerzo. Veo a mi nieta e imagino que el mundo que le tocará vivir le ofrecerá más opciones y mayor libertad. En cualquier caso, confío en que para ella jamás supondrá una ruptura familiar salir en auxilio de un amigo que corre el peligro de quedar preso sin causa.

Giralda nunca le contó a Rafael sobre el encuentro que tuvo con su sobrino un año y medio atrás. Cuando él la buscó para darle las gracias por haber acudido a su casa para consolar a su madre, así como por haber avisado a Fortunato para que aplicara sus conocimientos de Derecho y lo sacara del calabozo, ella se limitó a sonreírle, se aseguró de que su pañoleta de seda estuviera cubriendo bien las magulladuras de su cuello, y pronto pasaron a hablar de música, también de política. En los meses siguientes, algunos viernes por la tarde Rafael la había buscado a la salida de la universidad. En esas ocasiones solía acompañarla hasta la puerta de su casa, solo en una ocasión la invitó a merendar en una confitería. Nunca se atrevió a hablarle de amor: las dos veces que se encontró con Giraldo mientras la dejaba en su casa, había percibido el rechazo tajante en su mirada.

La segunda vez que Giralda auxilió a Rafael, llegó a su casa cerca de las nueve de la noche, una hora en la que se consideraba indecente que una señorita anduviera por las calles, menos aún acompañada por un hombre ajeno a su familia, mucho menos por un comunista recién salido de un arresto policial que había sido público a la vista de

bastante gente. No hubo excusa que valiera: Giraldo sostuvo ante su hija que o bien abandonaba la universidad donde habían contaminado su cabeza, o desaparecía de su casa y de su vista. Giralda miró a su madre; Sara no se atrevió a contrariar a su marido.

Sin volver a dirigirle la palabra, su padre dio varias indicaciones a los sirvientes de la casa antes de bajar a la estancia de sus tratos y contratos. Desde el costurero de la segunda planta, Giralda y Sara le oyeron abrir su caja fuerte, cerrar de un golpe su despacho de negocios, y después lo vieron marcharse de la casa. Cabía suponer que se marchó a ahogar su decepción en una cantina: se sentiría amargado por tener una heredera rebelde, inmoral. Nadie lo retuvo. Sara caminó hasta su habitación esquivando la mirada de su hija. Giralda la escuchó susurrar: «lo siento, tendrás que someterte a tu padre». Entonces supo que su suerte estaba echada.

Por la mañana, a primera hora, ya tenía listo su equipaje sobre la cama. Buscaría a su hermana Alicia para que la alojase durante los ocho meses que le faltaban para concluir la universidad. Terminó de cerrar su baúl y se quedó mirándolo. Hubiera querido volver a acostarse para luego despertar descubriendo que todo había sido un mal sueño. Pero no debía demorar: su padre le había advertido que no quería volver a verla si su opción era proseguir sus estudios. Mientras se aproximaba a la puerta empujando su equipaje, trataba de darse valor recordando que era una mujer moderna, que había nacido en 1900 y no antes. Sabía que verse echada de su casa le significaría el rechazo social, y era difícil apartarse de un mundo cargado de privilegios. Su hermana Alicia la aceptaría en su casa; pero esto le ocasionaría problemas con su marido, que era casi tan conservador como Giraldo. Sin embargo, no tenía otra opción. Sentía que el peso de su baúl se acrecentaba con cada paso que la aproximaba a la puerta de salida. Nunca se había sentido tan apegada a esa casa. Y ahora tenía que despedirse de su madre. No la halló en su habitación ni en la cocina. Caminó hasta el costurero, dejó el baúl a un costado y empujó esa puerta. Los periquitos de Sara chillaban. Su trinar agarrotado la estremeció.

La puerta no se abrió, estaba cerrada con llave.

—Mamá, soy yo, vengo a despedirme —pronunció.

—¡Ay, hijita! —escuchó.

—Mamá, ábreme, para darte un abrazo.

—No me pidas eso. No quiero ver cómo te vas.

Los periquitos habían dejado de silbar. Giralda dio media vuelta y se halló sola frente a su baúl: su padre había ordenado que nadie la ayudara a trasladar sus cosas si decidía marcharse. A pesar de todo, cuando empezaba a arrastrar su equipaje en dirección de las gradas, se encontró con que Jeremías, abriendo de par en par la puerta de la cocina, acudía a su lado y en un santiamén se lo colocaba sobre las espaldas. Giralda le pidió que lo volviera a dejar en el suelo; temía que su padre castigara duramente su desobediencia. En quechua, como ellos dos siempre se comunicaban, Jeremías repuso que no le importaba, porque jamás permitiría que su niña cargara tanto peso como si no tuviera a nadie en el mundo.

Enviado por los padres de Sara como siervo permanente a la casa de los tres patios, Giralda lo conocía desde que ella tenía cinco años y Jeremías alrededor de veinte. Él había obedecido a cambio de que sus patrones concedieran en arriendo una extensión mayor de tierra para sus padres y sus hermanos menores en su hacienda. Desarraigado de la comunidad donde había nacido, en la ciudad nunca tuvo oportunidad para formar su propia familia. Ocupaba la habitación más grande del tercer patio, y en la berma de tierra adyacente a esta, había conseguido cultivar zapallos, repollos y zanahorias que una vez al año portaba hasta la puna donde seguían viviendo sus hermanos. En el Cusco, su familia más próxima habían sido los caballos de la casa y Giralda. En ese momento Giralda había sentido lo mismo: en la casa donde vivió durante veinticuatro años, quizás nadie había sido más íntimo a su infancia y a su soledad como aquel pongo.

Una vez que se instaló en la casa de su hermana, mediante un niño recadero le envió una nota a Rafael para comunicarle que allí residiría en los meses por venir. Empezaron a verse con más frecuencia, fueron dando rienda suelta a sus sentimientos y no demoraron en decidir que se casarían. En ese lapso, ni ella ni su padre dieron el brazo a torcer, pero, transcurridos cinco meses, el día previsto para su boda, por la madrugada, Giraldo fue a buscarla. Se encerró con ella en la cocina de Ali y enunció su propuesta: si renunciaba a ese matrimonio no solo podría volver a su casa y seguir estudiando en la universidad, sino que mantendría la herencia prometida y él le costearía los viajes que quisiera a Europa; pero si se casaba con Rafael, con ese comunista, además un cholo y un ateo que no podría ofrecerle más que una vida miserable, lo perdería todo.

—Adiós, papá —fue la respuesta de Giralda.

Iracundo, su padre le anunció que extirparía su nombre de su testamento, se encargaría de que todos sus conocidos se enterasen de que era una mala mujer, y le quedaría prohibido volver a poner los pies en su casa, ni siquiera para visitar a Sara.

—No puedes impedir que vea a mi mamá —replicó Giralda—. Por favor, déjame al menos la opción de visitarla, no me trates como a una criminal.

—Tú has elegido una vida de miseria. No me pidas nada.

—¿Por qué eres tan cruel, papá?

El día recién estaba empezando, el aire era fresco. Quién sabe si Giraldo Loayza, el próspero, el dadivoso, el poderoso, temió flaquear, pero Giraldo Loayza, el próspero, el dadivoso, el poderoso, no podía convertirse en el hazmerreír de la gente pobre y acaudalada que vería cómo había sido desafiado por una hija, una hija que encima le había dirigido la palabra que más aborrecía. Cruel. Una palabra incómoda para quien poseía una casa de tres patios con algunas estancias persistentemente selladas.

—¡Calla! ¡Eres una maldita perra!

Mi madre me contó esto la noche previa a mi matrimonio. «Que nunca te hagan creer que los tiempos pasados fueron mejores —afirmó—. No, hijo, no fueron mejores». Yo me quedé consternado. Imaginé que, si aquellos fueron los tiempos estrictos que dicen, ella se habría quedado desolada, también incapacitada para responder algo más a ese padre cuyo nombre conservaría para siempre. Me equivocaba. Se había quedado paralizada solo unos pocos segundos. Acaso porque emergió todo lo acallado desde su infancia, ella contestó, y así quedó rota cualquier posibilidad de reconciliación:

—Puedes quedarte seguro de que esta perra no volverá a pisar la casa donde has humillado a mi madre, donde has violado quién sabe a cuántas mujeres, ¡canalla!

Recibió una bofetada que por poco le dobla la cara. Y Giraldo y Giralda nunca más volvieron a tener una charla. En menos de cinco meses, ella pasó de ser la heredera de una de las casas más grandes del Cusco a una paria de la que su padre renegaría públicamente. Un viernes de septiembre se casó con Rafael. Fue una ceremonia civil, discreta, a la que solo asistieron sus tres hermanas, el marido de Ali y su tía Rolena.

Mi madre nunca me contó muchos detalles de cómo fue su boda, ni de los meses previos e inmediatamente posteriores a ella. Supongo que tendría reparos de ofrecer pormenores de aquella parte de su vida. Imagino que pese a la educación liberal que me dio, temía herir mis sentimientos: porque se casó con un hombre del que se fue enamorando desde los diecisiete años, al que amó con cordura y pasión, con quien respiró sus mayores ideales y así también una cruda represión. Un hombre al que quizás nunca olvidó ni dejó de amar. Un hombre que no fue mi padre.

Los recién casados no tenían dinero suficiente para alquilar una vivienda independiente, menos para tomar un viaje de luna de miel. Se instalaron en un alero de tres habitaciones que la madre de Rafael les cedió en la primera planta de su casa. Dividieron la más amplia en baño y sala comedor, convirtieron las otras en dormitorio y escritorio. No tenían cocina, así que compartían la que tenía Amanda en la segunda planta. Giralda todavía no había concluido su carrera de maestra y el salario de su marido debía distribuirse en varias partes: por un lado, estaba la manutención de su madre y una hermana viuda con tres hijos que desde hacía un año vivían con ella; por otro, las atenciones que requería su nueva familia; además, estaba el aporte que cada mes destinaba a la asociación de defensa de causas indígenas.

A Giralda se le ocurrió que podía dar clases de violín a domicilio, pero Rafael le rogó que no lo hiciera. No quería que su matrimonio le significara abandonar de manera tan repentina toda una vida de comodidades. Giralda había insistido; él le había pedido que al menos aguardase hasta culminar su carrera en la universidad.

Alejada de la casa de sus padres, podía haber olvidado la tristeza, el terror, o la intriga inmemorial que le despertara el establo de su tercer patio, siempre cerrado con doble candado. No pasó ni un mes desde su matrimonio cuando su madre desobedeció la orden de su marido para sorprenderla con una visita fugaz. Con ella portaba un juego de sábanas y dos manteles que había bordado como regalo de bodas. Sara no pudo esconder su zozobra al observar la precariedad del nuevo hogar de su hija. Giralda se dio cuenta; por eso, en su conversación incidió en que se sentía feliz, plenamente consecuente con haber nacido en el siglo XX.

—Te extraño mucho, mamá —le dijo Giralda, al ver que su madre empezaba a inquietarse sobre la silla luego de observar el reloj.

Sara le apretó las manos pero no se detuvo más, se levantó de su asiento y señaló que era mejor marcharse sin demoras. En la puerta, Giralda la abrazó y empezó a llorar. Nunca supo si como medida para fortalecerla, o acaso para aliviarla o para aliviarse a sí misma de una verdad durante décadas escondida, Sara la apartó y habló con firmeza:

—Tú eres libre, Giralda, y yo bendigo tu matrimonio con un comunista. Y no solo lo bendigo porque quiero que seas feliz, sino

porque he llegado a concluir que ojalá por las ideas libertarias que tiene sobre los indios, ojalá por eso, a nosotros nos sean perdonadas las cosas atroces que tus antepasados hicieron con ellos...

Al final, la voz se le había resquebrajado y empezó a palidecer, como si al mencionar aquello hubiera convocado fantasmas. En efecto, había desatado palabras que devolvían a la vida historias turbulentas de las que tenía prohibido hablar, de las que ella misma se había prohibido hablar. Porque también ella, desde que se casó y fue a vivir a la casa de los tres patios, desde que fue conducida por el marido al que respetaba a conocer cada una de las estancias de las que sería dueña y señora, se enfrentó con la estancia clausurada.

—¿Por qué dices eso, mamá? Mi padre, mis abuelos, no han sido unos ángeles con los indios que nos han servido, pero creo que en la casa de ustedes se les ha dado un trato más humano del que reciben en otras casas que tú y yo conocemos…

—¡Ay, Giralda!

Sara tenía veinte años cuando se casó; por entonces, confiaba en todo lo que le decía la gente. Los primeros meses, su marido le dijo que las llaves de esa estancia se habían extraviado; tiempo después, su suegra le indicó que ese establo ya no tenía razón de ser, pues los negocios de la familia no se sustentaban en la ganadería; más tarde, un sirviente añadió que se había convertido en una puerta falsa que se mantenía cancelada para confundir a los ladrones que pretendieran asaltar la casa. Con el nacimiento de su hijo mayor, Sara olvidó el asunto por bastante tiempo. Estaba tan emocionada y ocupada con la criatura, que olvidó la existencia de la puerta sellada. La olvidó, pero fue precisamente el bebé Pedro, cuando tenía siete meses y aprendía a gatear, quien en un descuido desapareció y así trajo a colación la memoria que se albergaba detrás de esa puerta. Al encontrar al niño tanteando con sus manitas la madera de aquel umbral, su padre, Giraldo, un hombre de treinta años, lanzó un grito y se abalanzó para elevar a su hijo en sus brazos como si lo estuviera extrayendo de las fauces del infierno.

—Tú estás libre, Giralda —subrayó Sara—. Y es mejor que tu padre te haya prohibido volver a esa casa que a mí me ha enfermado, me ha consumido, me ha matado...

—Mamá, no le eches la culpa a la casa de los tormentos que mi padre te ha hecho padecer. Yo lo sé, no tienes que esconder esas cosas de mí ahora.

—Ojalá solo fuera eso, hija.

Sara caminó hasta la puerta de salida con premura.

—¿Qué más, mamá? ¿Qué más?

—Es una larga historia y tal vez es mejor que no la conozcas. Ya bendije tu matrimonio y, como te he dicho, yo espero que tu boda con un defensor de indios traiga el perdón a nuestra familia o que, al menos, te conceda el perdón a ti.

Y se fue.

9

A mediados de noviembre, Giralda y Rafael recibieron un telegrama de Buenos Aires. Pedro les anunciaba que un escultor al que tenía gran estima viajaría al Cusco con la intención de pasar una temporada y les pedía que lo ayudaran a encontrar un hospedaje. Le respondieron que con gusto lo alojarían y adecuaron un dormitorio en el escritorio que guardaba sus violines y libros. En los años siguientes, seguirían hospedando a una sucesión de visitantes de otras ciudades del continente.

Tras un prolongado viaje por tren, diligencia y caballo, Orestes Barico llegó la segunda semana de diciembre de 1924, en plena temporada de lluvias. Sin detenerse más que dos días en recorrer la ciudad, le pidió a Rafael que le indicara cómo podría desplazarse hasta los yacimientos de arcilla explotados desde tiempo precolombino de los que había escuchado hablar a algunos escultores e historiadores. Nacido en el sur de Argentina, estaba acostumbrado a las largas marchas solitarias, a pie y a caballo, por territorios inhóspitos; de modo que, al llegar al Cusco, más que dedicarse a esculpir o a pasar semanas de tertulias intelectuales en la ciudad, se dedicó a explorar varios distritos remotos de la sierra y la selva reconocidos por los vestigios cerámicos y pictóricos que albergaban. Coporaque, Querarpampa, Raqchi, Eseja, Inkapintay, Siete Tinajas: Orestes volvía de sus viajes pronunciando los nombres de pueblos, cataratas, montañas y yacimientos de arcilla de los que Giralda jamás había escuchado hablar. Ella se sintió avergonzada por conocer tan poco de su propia región, mientras su huésped, nacido a miles de kilómetros al sur, no solo estaba volcado a conocerlo, sino que lo absorbía, exploraba y describía con intensidad, con sus propias manos: a través de los bocetos, dibujos y esculturas que forjaba. De cada uno de sus viajes regresaba con los morrales cargados de arcilla, los ojos febriles y la piel cada vez más curtida por el sol y las lluvias. A quienes lo conocían les llamaba la atención el contraste de sus manos macizas, su voz ronca y sus casi dos metros de altura con su timidez y la tersura de sus gestos. Cuando estaba en la ciudad, apenas se daba descanso. Se refugiaba al fondo del patio de la casa, junto al escritorio en el que le habían acomodado su habitación, para ahí amasar la arcilla recogida, hacer mixturas con arena o piedra machacada que le dieran la consistencia debida. Luego extraía formas que podían ser peces, hojas, bocas, máscaras o cuadrúpedos en cuyos ojos parecía plasmar su propia mirada. Permaneció tres meses en el Cusco. Al marcharse, se llevó consigo casi todos sus bocetos; por su volumen, las esculturas que en esos meses labró las dejó como regalo a las familias

campesinas que lo acogieron por los caminos que recorrió, así como a las amistades que hizo en la ciudad.

—Orestes, eres solo cuatro años mayor que yo, pero me pareces un personaje mítico —le confesó una mañana Giralda, tras verse descubierta empinada sobre sus pies, detrás de la ropa que acababa de colgar, tratando de ver qué estaba apuntalando él al fondo del patio.

Se trataba de un caballo que tenía la cabeza ligeramente elevada en dirección del sol. Orestes sonrió.

—Solo mi cuerpo es grande —repuso, y la invitó a que se aproximara para ver de cerca la obra.

Giralda se quedó contemplando al animal.

—¿Por qué no lo tocas? La arcilla todavía está fresca —sugirió Orestes.

Giralda obedeció, pasó sus dedos con suavidad sobre la cresta, sobre el cuello recio. Le pareció estar tocando uno de los caballos que montara de pequeña: húmeda la arcilla y calentada por el sol de la mañana, la silueta del animal brillaba, su cuerpo latía. Sintió un estremecimiento en el vientre. Entonces tuvo certeza de que estaba esperando un hijo.

Ese mismo día, a la hora del almuerzo, la casa recibió la visita de Altair Méndez y su familia. Altair era un fotógrafo tacneño recientemente afincado en el Cusco. Sus dos hijos mayores correteaban alrededor de la mesa; el más pequeño, desde los brazos de su madre, no dejaba de observar a Orestes como si estuviera hechizado, inclinando la cabeza a la izquierda y a la derecha, escudriñando cada ángulo del rostro de aquel hombre. Cuando su madre quiso introducir en su boca una cucharada de papilla, el pequeño le retiró la mano, como si por nada del mundo quisiera perturbar su visión del escultor, que también se había quedado mirando al niño que tenía enfrente. Orestes y el pequeño Gabriel podrían ser padre e hijo, pero no lo eran; sin embargo, eran más parecidos de lo que pudieran ser un padre y un hijo. Esto no se debía únicamente a que ambos tuvieran un pelo abundante, castaño y rizado; los ojos azules, grandes. Orestes tenía veintinueve años, el niño, diez meses, pero ambos compartían la misma mirada escrutadora y con esta se contemplaban.

—¿Me dejaría tomarlo en mis brazos? —solicitó el escultor a la madre.

Susana accedió y de inmediato se lo pasó por encima de la mesa. Orestes se levantó de su asiento y el pequeño se vio elevado en los brazos de aquel hombre solitario. Gabriel reía, Orestes reía.

—Creo que nunca podré labrar una sonrisa como esa —comentó más tarde, cuando la familia Méndez se retiró.

—¿Por qué? Tú sí podrías —repuso Rafael.

Orestes elevó los hombros, sonrió.

La víspera de su partida, en un sobre entregó a sus anfitriones una docena de bocetos, todos trabajados con carboncillo. En dos de ellos había introducido colores liláceos, azules y rosas: ahí aparecía bosquejado el rostro de una criatura de cabellos rizados, alborotados, que reía abiertamente. Giralda le regaló uno de esos bocetos a la madre de Gabriel. El otro lo conservó ella. Enmarcado en madera y vidrio, el niño dibujado con esos colores permanece intacto, iluminando la pared izquierda del desván donde hoy escribo.

10

Durante los primeros meses del matrimonio de Giralda, su madre consiguió encontrarse con ella en escasas ocasiones furtivas. Al enterarse de que estaba embarazada y postrada en cama, con riesgo de perder al bebé, salió de su casa sin esconder sus intenciones. Acompañada por Jeremías, fue a visitarla portando un costalillo de frutas y un cesto de pasteles.

Al verlos en la puerta de su habitación, Giralda intentó levantarse. Sara adelantó varios pasos y le pidió que se mantuviera quieta; Jeremías no se atrevió a pasar del umbral, sus ojos pasearon por esa habitación con preocupación. Cuando Giralda le pidió que se acercara para abrazarlo, acudió a su lado, pero no demoró en ponerse en pie de nuevo. Le avisó que él debía regresar rápido a la casa de los tres patios. Antes de marcharse, le prometió que en las próximas semanas volvería con sus herramientas para abrir una gran ventana, porque esa habitación no recibía nada de luz natural y seguramente eso era lo que le había hecho daño.

—¡Pues sí que hace falta una ventanita en este cuarto! —exclamó Giralda, cuando ella y su madre se quedaron a solas.

Sara abrió una sonrisa, pero detrás de ese gesto apenas conseguía esconder el pesar.

—¡Cómo quisiera extraerte de la tristeza, mamá! —señaló Giralda.

—Si estoy en ella es por mi responsabilidad, hijita.

—Sé que todo esto es por causa de mi papá. Dime, por favor, ¿nunca se te pasó por la cabeza, al menos como una idea loca, dejarlo?

—No. Él y yo estamos unidos por lazos que son inquebrantables.

—¿Porque lo dice la religión o porque a pesar de todo tú lo quieres?

—Te voy a decir una cosa, Giralda: queda algo del amor que le tuve cuando nos casamos, pero hay algo todavía más fuerte que nada tiene que ver con que la religión me prohíba abandonarlo. Fue mi decisión casarme y fue mi decisión quedarme junto a él en esa casa. Yo asumo mi debilidad y con ella enfrento lo que me toca, aunque a

veces hubiera querido escapar al fin del mundo.

—¡Pobre mamá! —musitó Giralda.

—No sientas pena por mí, no te hace bien. Te he dicho que hay algo más que el amor que me une a tu padre, y es una condena, y es también la compasión. Creo que él nació con un buen corazón que a lo largo de su vida se ha obligado a aniquilar intentando ser el modelo de hombre poderoso que le inculcaron para alcanzar algo que nunca logrará: el reconocimiento de gentes a las que no debemos ni el polvo de nuestros zapatos. ¡Pobre Giraldo! Le tengo lástima, porque aunque esa gente lo respetara, él nunca terminará de sentirse aceptado, como si también cargara con las culpas inmemoriales que no ha querido enfrentar. Yo no me puedo desligar de él, sé muchas cosas y nada he hecho para aliviarlas. Tu padre es un condenado, hija… Y lo peor es que, sin darse cuenta, ha seguido reproduciendo esa maldita condena, como si tuviera la culpa de lo que ocurrió en aquel cuartucho.

Sara calló de golpe. Giralda se revolvió en su cama, sin entender bien de qué culpas y de qué cuartucho estaba hablando.

—¿Te refieres al cuarto cerrado del tercer patio? —preguntó finalmente.

Su madre se quedó callada y bajó la mirada. Giralda reiteró su pregunta.

—¿Qué hay en ese cuarto, mamá?

Sara se frotó las manos, se levantó de la cama.

—¿Por qué nunca quieres hablarme de eso, mamá?

Dos candados, muy antiguos, la última vez que Giralda los viera, estaban absolutamente oxidados. Acaso nunca más alguna llave casara con ellos para dar apertura a lo que se escondía detrás. Era una puerta ancha, maciza; aun cuando ninguna llave sirviera, la ayuda de un hombre fuerte y un combo serían suficientes para abrirla. Pero sabía que antes de proceder alguien debería pronunciar las palabras que explicaran por qué motivo se había mantenido cerrada tantos años y por qué incluso se había prohibido preguntar por qué.

—Porque ese cuarto está colmado de espanto; porque ese antiguo establo, Giralda, está lleno de las preguntas que se hacen las víctimas cuando no entienden cómo es posible que los hombres, seres conscientes, seres religiosos, seres que dicen tener moral, civilización,

decencia, cómo es posible, cómo es posible, cómo es posible que hagan cosas…, cosas…

—Mamá, ¿qué pasó ahí dentro?

Sara se puso su abrigo.

—No me hagas caso. Otro día te cuento. Desgraciadamente, ahora no me puedo quedar más tiempo.

—¡Ay, mamá, siempre habrá un pretexto para que no me digas qué pasó!

—No sé, Giralda. Es una historia muy larga y quizás yo la esté exagerando.

—Mamá, no puedes irte esta vez sin decírmelo.

—Te la contaré cuando tu bebé esté un poco crecidito. Entonces me entenderás. Porque, créeme, es algo desagradable y es mejor que una mujer en tu estado no se altere, ¿sí o no?

A Rafael lo arrestaron una semana después. Tenía treinta y tres años y ya era la cuarta vez que lo apresaban en su vida, pero en esta ocasión no lo liberaron de inmediato; por el contrario, lo recluyeron en la carceleta central. Al día siguiente, Giralda fue hospitalizada: había vuelto a padecer una hemorragia severa. Luego de auscultarla, el médico confirmó que el bebé estaba muerto. Ella se desmayó. Cuando abrió los ojos, descubrió a Sara y Ali sentadas a su lado. De pie, a un costado, también estaba su tía Rolena.

Eran los últimos días de marzo y en breve empezarían las clases del nuevo año escolar. Este hecho propició la anulación del juicio y la puesta en libertad de Rafael, dos universitarios y tres sindicalistas acusados por comunismo y subversión. Él no le comunicó a nadie de su familia sobre su liberación anticipada. Quería sorprender a Giralda. Al abrir la puerta de su casa, pudo oír que en su dormitorio ella estaba tocando el violín. La música que extraía era lúgubre. Apesadumbrado, desvió sus pasos, acudió al escritorio, buscó su violín y la acompañó.

A consecuencia del aborto, Giralda había perdido mucha sangre y su estado era delicado. El médico le prescribió reposo absoluto durante al menos veinte días, de modo que se vio forzada a romper el contrato como maestra de Letras que un mes antes, tras largas fatigas, había conseguido en un colegio privado. Después no halló más puertas abiertas en las instituciones privadas de la ciudad, mientras las ofertas

que obtuvo en el sector público eran todas para trasladarse a enseñar en poblaciones alejadas. Rafael le dijo que si para ella era importante desarrollar la carrera profesional que tantos sacrificios le había costado, podrían sobrellevar un año de vida separada que verían aligerado durante sus vacaciones. Giralda sopesó que no tenía fuerzas para alejarse de su lado. Tal vez percibía el peligro acechando sus actividades y decidió que debía vivir junto a él cada minuto posible. De esta manera, nunca emprendió su carrera de maestra.

Mientras estuvo convaleciente, casi todas las mañanas Sara consiguió salir de su casa para verla. En cada visita le llevaba alguno de sus platos favoritos. También le regaló un par de blusas bordadas y una mañana abrió sus manos para sorprenderla con unos aretes suyos que cuando era pequeña a Giralda le fascinaban: en los brillantes que sujetaban veía ovejas y en ocasiones racimos de uvas blancas. Una tarde en la que Sara apareció sin potajes, bordados ni joya alguna de regalo, de su cartera extrajo un pesado llavero.

—Pase lo que pase, yo quiero que conserves las llaves de nuestra casa, hija. Están todas, no falta ninguna.

A continuación, se ocupó en dejarle bien claro a qué puertas de la casa correspondía cada una de las llaves engarzadas en esa argolla de cobre.

—Quiero que las conserves porque estaban destinadas a ser tuyas y una nunca sabe cuándo harán falta —reiteró Sara y apretó el pesado llavero entre las manos de Giralda.

En su última visita, le llevó pasteles de espinacas, un estofado de lentejas y una ristra de morcillas, alimentos recomendados por la sabiduría popular para combatir las anemias. Sentadas lado a lado sobre el sofá de la sala, Giralda le contó que la tarde anterior, acompañada por un notario, su tía Rolena la había buscado para que firmara los papeles por los cuales le traspasaba como herencia su casa de la plaza de Armas. Parece que tenía esa idea en mente desde hacía varios meses, pues por esos días Rolena ya había iniciado su mudanza a la casa en la que viviera con sus padres hasta que ellos murieron. No había permitido que Rafael ni Giralda se extendieran en preguntarle si estaba segura de lo que estaba haciendo, ni tampoco había querido que le dieran las gracias.

—¡Bendita sea Rolena! —exclamó Sara y se echó a llorar.

Cuando se calmó, pasó a darle varios consejos técnicos sobre

cómo empacar la vajilla para resguardarla bien durante una mudanza. Giralda no percibió nada extraño. Poco antes de despedirse, Sara la tomó entre sus brazos y la arrulló con una ronda como si fuera un bebé.

Eran las ocho de la mañana y Sara no aparecía en el comedor para desayunar. Flor, la cocinera, fue a buscarla a su habitación pero nadie le contestó. Acudió al costurero y estaba vacío. Su patrona nunca hubiera salido tan temprano de la casa sin avisarle; tal vez tenía una jaqueca y estaba descansando. Flor recordó que la noche anterior Giraldo se había marchado llevándose dinero de su caja fuerte, lo cual indicaba que habría dormido en alguno de los burdelitos clandestinos de la ciudad, así que dedujo que la jaqueca de Sara habría sido intensa y no consideró oportuno perturbarla.

A las diez por fin Giraldo apareció en la casa, arrastrando los pies. Estaba próximo a cumplir ochenta años y, sin duda, su cuerpo ya no estaba para grandes trotes. Preguntó por su mujer; al conocer que aún no se había levantado, caminó directo a su habitación. La puerta seguía cerrada por dentro. Empezó a golpear, despacio. Nadie contestaba. Giraldo pudo haber imaginado que su esposa estaría muy enfadada o adormecida por algún somnífero, pero puede que intuyera que algo muy grave había ocurrido. Golpeó más fuerte. Al final, derribó la puerta de una patada.

La hallaron tendida en el suelo, con los brazos apretando su pecho y un gesto de asfixia bifurcado en su boca. Cuando un médico amigo llegó, se limitó a confirmar que llevaba varias horas muerta. Sobre el velador hallaron un vaso grande y vacío. Sara no había dejado ninguna nota; sin embargo, tras olfatear los restos marrones asentados al fondo del vaso, el médico determinó que ella habría ingerido curare, probablemente diluido con agua.

Al término del entierro, apoyada en el brazo de su marido, Giralda se estaba marchando del cementerio cuando oyó la voz de su padre elevarse para indicar que esa tarde esperaba la compañía de toda su familia. Ella apresuró el paso hacia la salida: no quería volver a la casa que su madre no habitaría más; prefería dedicar la tarde a escribirle una larga carta a Pedro, que no había podido viajar para el sepelio, y mandarle las últimas fotos que un retratista le había tomado junto a Sara unas semanas atrás. Pero Giraldo la llamó por su nombre y recalcó que esa tarde esperaba verse acompañado por sus cuatro hijas y sus familias. Giralda se percató de que la voz de su padre permanecía intacta, como si él no tuviera nada que ver con la tristeza que terminó matando a la mujer que acababan de enterrar.

Se fue a su casa. Le temblaban las manos mientras abría la caja inferior de su velador y extraía el juego de llaves que su madre le entregara hacía poco tiempo. Después se encaminó a la casa que la vio crecer. Le pidió a su marido que por favor no la acompañara.

—¿Vas a estar bien? —le preguntó Rafael.

—Sí —susurró ella.

Al abrir la puerta de la casa de los tres patios, pudo escuchar las voces que charlaban con suavidad en el segundo piso. En medio de ese murmullo, distinguió la voz sonora de su padre señalando que Sara permanecería siempre viva en sus recuerdos. Tal como quería, él se hallaba rodeado por sus tres hijas mayores y la numerosa familia que cada una de ellas había formado. Giralda se quedó en el primer patio, porque ahí, al igual que la voz de mando de su padre, había otras cosas que durante décadas habían permanecido intactas. Sin dificultad, abrió las dos cerraduras del cuarto de tratos y contratos, su puerta resguardaba la caja fuerte de Giraldo Loayza, también albergaba la mesa donde recibía pagos y ofrecía créditos, donde apostaba cartas y a veces perdía todas sus ganancias, donde también, cuántas veces, se habría apostado sobre mujeres aterradas que le habían solicitado algún préstamo. Si el costurero de su madre se hubiera ubicado en otro lugar de la casa, si sus ventanas solo se hubieran dispuesto hacia el segundo patio y no también al primero, quién sabe, nunca Sara hubiera respirado tanta tristeza.

Además de su cartera, Giralda llevaba un fardo. Lo abrió, extrajo un hacha. El primer golpe fue preciso: rajó la mesa por la mitad, su sonido fue seco, nadie se percató de él en la casa. Pero el ruido ensordecedor que se esparció a continuación sí alarmó a sus familiares. Cuando descubrieron de dónde procedía el estrépito, imaginaron que un ladrón estaría asaltando la caja fuerte. Sus tres cuñados y el fiel Jeremías bajaron hasta allí armados con un palo que dejaron caer al entrar en aquella habitación: hallaron destrozada la mesa de juegos de Giraldo Loayza y, junto a ella, a Giralda, con el rostro abrillantado por el llanto y el sudor. En toda la casa solo retumbaba el chillido de los periquitos de Sara. Al salir de aquella estancia, Giralda levantó la vista hacia el balcón de la sala y se encontró con la mirada atónita de sus hermanas y su padre.

—Adiós, papá —pronunció, y se marchó de la casa.

Ya estaba abriendo la puerta de salida, cuando escuchó que su padre le respondía con la voz quebrada:

—Adiós, hija.

11

Si en las décadas anteriores la llegada de argentinos y bolivianos al Cusco había estado marcada por el comercio, a partir de 1923 se acrecentó por otros motivos: políticos, artísticos, románticos, históricos. Ese año los grupos indigenistas de la universidad habían sido invitados al Teatro Colón de Buenos Aires para presentar una embajada cultural con fragmentos de la vida incaica e indígena de los Andes. Obtuvo tan gran acogida, que sus escenificaciones se extendieron durante varias semanas. Asimismo, en su gira por La Paz, Tucumán, Santiago del Estero, Buenos Aires y, finalmente, La Plata y Montevideo, habían convocado públicos fervorosos y acrecentaron el interés por los pueblos andinos. Este hecho propició que un gran número de artistas e intelectuales de esas regiones empezaran a viajar al Cusco como un peregrinaje a la que consideraban una meca del espíritu americano o una inspiración para la creación artística y política.

Al mismo tiempo, por todo el Perú proseguía la expansión del indigenismo como un movimiento que apuntaba a nuevas fórmulas de configuración del país, partiendo de la denuncia de la explotación de las poblaciones indígenas y la reivindicación de su cultura, por entonces comúnmente acusadas de ser taras para el progreso por parte de las elites que dirigían el país. Comoquiera que el Cusco había sido uno de los focos de irradiación del indigenismo, por esos años el arribo de numerosos intelectuales de ciudades como Puno, Arequipa, Ayacucho y Lima también se vio intensificado.

Rafael estaba entusiasmado con la eclosión de ideas renovadoras, movimientos sociales y grupos políticos que se estaba produciendo, algunos de ellos impulsados por los jóvenes que propiciaron la reforma universitaria en 1910 y por la generación que les sucedió, como también por las crecientes demandas campesinas frente a las condiciones de servidumbre que seguían pesando sobre sus espaldas. Parte de estas gestas quedó plasmada en las numerosas publicaciones que salieron a la luz en esa época, fuera en periódicos y semanarios, o en las diversas revistas culturales elaboradas de manera artesanal por algunos grupos de jóvenes activistas. A Rafael le entusiasmaba en particular el trabajo político que desarrollaban Sergio y Julio, dos chicos que habían sido sus pupilos en la primaria y que a los veinte años estaban abocados a la creación de un partido comunista, así como a la formación de sindicatos en el campo y la ciudad. Sergio era poeta y uno de los jóvenes que más acudía a las tertulias que los viernes por la noche reunía a la variopinta red de amigos de Rafael en el comedor de su casa.

En un esfuerzo común que convocó a un gran número de intelectuales, a principios de 1924 se creó la primera universidad popular para obreros del Cusco. En un horario nocturno que facilitaba la asistencia a clases de profesores y alumnos, las inscripciones superaron las mayores expectativas. Rafael tomó a su cargo las clases de Historia y Arte, motivo por el cual los martes y jueves prácticamente no pisaba su casa salvo a la hora de almorzar. Giralda lo observaba con asombro, pues mientras más trabajo sumaba, su vigor parecía multiplicarse. Asimismo, pensó que si bien su matrimonio con Rafael no daba oportunidad a su antiguo sueño de viajar por el mundo, de algún modo traía el mundo a su casa, ya no en la forma de latas de sardinas y otras mercaderías importadas, sino a través de los artistas, políticos e intelectuales llegados de fuera que en su propia mesa convergían con los amigos y pupilos locales de su marido. Aunque gran parte de ellos eran comunistas, socialistas y anarquistas, también acudían varios apristas: a mediados de los años veinte, el quiebre entre unos y otros todavía no se había producido.

Ese era el falansterio de Rafael. Alrededor de su mesa de comedor debatían sobre los sucesos nacionales e internacionales, discutían sobre las corrientes filosóficas y políticas imperantes, o elucubraban proyectos para transformar el mundo, acompasando su tertulia con poemas, música y grandes tazas de chocolate caliente. En las noches de luna llena, cuando ya todos los faroles de la ciudad estaban apagados, acudían a alguno de los bosques contiguos y conversaban alrededor de una fogata.

Hubo un plenilunio que a Giralda se le quedaría arraigado. Iba a ser la última luna llena de los años veinte. Hacía poco se había producido el colapso de las bolsas norteamericanas; esto llevó a Rafael y sus amigos a creer que el capitalismo iniciaba una inexorable caída, que se avecinaban tiempos más prometedores y que, pasara lo que pasara, la paz en el mundo estaba afianzada transcurrida más de una década desde el final de la Gran Guerra en Europa. Mientras tanto, al interior del Perú la larga dictadura de Leguía agonizaba, dejando crecer la esperanza de la legalización de los partidos de izquierda y su pronta llegada al poder en las elecciones que se convocaran.

Se organizaron como si fueran a disfrutar de un día campestre. A las seis de la tarde, se encontraron en la plazoleta de Nazarenas para desde allí iniciar el ascenso hasta Sacsayhuamán. Varios llevaron consigo a sus hijos. Giralda observaba con admiración a Adelina Andrade, abogada feminista que había tenido una hija cuyo padre nadie conocía y que además criaba a un sobrino que había quedado huérfano desde los dos años. Ascendiendo por la cuesta de Pumakurko, Adelina encabezaba la comitiva tomando a sus niños de la mano; los tres lucían bufandas rojas. Ahí estaba Alina, de seis años, dando saltitos en medio de un grupo de personas que no la miraba con recelo por el hecho de no tener padre; y ahí estaba su primo Andrés, de siete, contemplando el brillo que la luna empezaba a reverberar entre los árboles de queuña del camino. Ya había anochecido cuando por fin arribaron a la explanada de Sacsayhuamán. Los megalitos de granito encajados perfectamente unos con otros refulgían, extrayendo de los visitantes las perennes preguntas sobre cómo, por qué, para qué fueron erigidos de esa manera.

¿Dónde comenzamos?, preguntó el primer hombre

… Silencio en la extensión de latitudes inertes[1].

Sergio empezó a declamar su poesía, mientras los demás se iban acomodando a su rededor. La hierba era abundante, tierna. Una leve brisa empezó a circular por la explanada. Adelina se levantó para encender una hoguera con los leños que habían transportado en una mula. De las poesías al origen del universo y a los templos erigidos para reverenciarlo, los adultos pasaron a discutir sus posiciones frente a los desafíos que les planteaba el mundo en el futuro inmediato. Los niños más pequeños se fueron durmiendo, pero los que eran un poco más grandes decidieron descalzarse para jugar y cantar alrededor de la fogata. Por un momento, los adultos voltearon para verlos, sonrieron, los aplaudieron; luego retomaron sus disquisiciones políticas. Los pequeños siguieron cantando, bailando. Giralda extrajo su violín y se

acercó a ellos. Empezó a tocar los huaynos de siembra que el compositor Roberto Ojeda acababa de publicar y que estaban de plena moda. Los chiquillos bailaron como si con los pies estuvieran amasando la tierra. Giralda observaba el entusiasmo de Alina y le parecía verse reflejada en ella; entonces, empezó a tocar las primeras sonatas infantiles que aprendiera con once años. Los niños saltaron aún más sobre la hierba. A Giralda le hubiera gustado grabar para siempre ese momento. A otro adulto se le debió ocurrir lo mismo: abandonó la tertulia política y se arrimó a la fogata. De su morral, Domingo Panato, joven pintor arequipeño, extrajo un lápiz y su cuaderno de dibujo. Ese debió ser el boceto de una de sus pinturas hoy en día más valoradas: *El paraíso existe*. Y esa noche eran esos niños bailando descalzos sobre la explanada central del que un día fuera un templo inca. Cuatro siglos después, retrató la alegría de esos niños como una ofrenda. Ahí están ellos, también el fuego arraigándose en la tierra, las rocas colosales dibujadas como piedrecitas frente a sus rostros. «El paraíso existe», y en ese cuadro resalta el brillo en los cabellos sueltos de esos doce chiquillos, la luna llena parece brotar en sus ojos. «El paraíso existe» y ahí está, irrebatible, la risa de un niño que contonea su cuerpo con el cuello protegido por una bufanda rojísima, con las manos elevadas a un futuro que aquella noche no parecía inhóspito.

Domingo Panato pintó a ese niño en primer plano. Será que su ojo de artista alcanzó a presagiar la potencia de aquella criatura o acaso el rojo de su bufanda agitándose en Sacsayhuamán le sugirió la sangre joven que por esos mismos lares, dieciséis años más tarde, sería derramada un atardecer de nieve.

Andrés Andrade bailaba descalzo aquella noche. Había ascendido observando el brillo de la luna en las oleosas hojas de las queuñas, probablemente también halló su reflejo en el riachuelo que corre a la vera del camino que conduce al antiguo templo de Sacsayhuamán. También es seguro que fijara la mirada en las aves nocturnas de ojos grandes que aman la noche, pero que es mentira que por ello amen la muerte, y habría oído la conversación de los grillos. Por lo que contó la gente que lo amó, es también probable que ya a los siete años pusiera cuidado en no pisar a las hormigas e insectos del camino. Reverenciaba todo tipo de vida; por ello, a los diecinueve años optaría por estudiar Ciencias Naturales. Esa noche Andrés bailó como si se imaginara cultivador de semillas invulnerables, con los pies descalzos y las manos libres. Dieciséis años más tarde, atrapado e inmovilizado, respiraría el terror, la conmoción por una trampa.

De regreso en Lima, una poeta que había visitado el Cusco por

esos días escribió un largo artículo sobre el curioso falansterio de arte y política que se había constituido alrededor de la mesa del comedor de Rafael. Y escribió sobre aquella noche en Sacsayhuamán, también sobre el baile de los niños. Ada Martí apuntó que, en términos estrictos, ese falansterio andino no reunía las condiciones de las comunidades proyectadas como bases del socialismo utópico de Fourier, aunque esa noche ella lo había visto en pleno funcionamiento porque había mujeres y hombres reunidos alrededor de proyectos comunes, porque había niños que con su baile alrededor de una hoguera alentaban al futuro. Giralda, mi madre, conservó aquel recorte en el archivo de cuero donde guardó muchas de las cartas, dibujos y noticias vinculados a su vida con Rafael. Cuando éramos pequeños, a mi hermana y a mí nunca nos escondió que nuestro padre era su segundo esposo, pero evitó darnos información sobre su vida anterior. Sin embargo, había tantos recuerdos de aquel tiempo regados por la casa y tantos más almacenados en el desván, que años más tarde ella y mi padre optaron por no reprimir el pasado.

Casada con Rafael, Giralda se sentía privilegiada por adornar su casa con los numerosos cuadros, esculturas, poesías y fotografías que los amigos de su marido les dedicaban. Prácticamente no había mes en que no hospedaran a algún visitante de otra región del país o del extranjero. Se sentía cómoda en esa situación: al fin y al cabo, desde que nació había vivido en casas proyectadas para ser acogedoras con la gente de fuera. Con los años, las invitaciones que recibían para corresponder a las visitas recibidas, fuera a Buenos Aires, La Plata, Puno, Arequipa, Lima, La Paz o Montevideo, empezaba a verlas como oportunidades que casi tocaba con sus manos. Tejió la certeza de que estaba viviendo un periodo histórico de solidaridad y cambios trascendentales que no podría dar marcha atrás. Muchas veces, mientras Rafael permanecía en su trabajo, acariciaba el busto que Orestes Barico había esculpido de su marido en arcilla prieta, saboreando su complacencia por ser su mujer. Él encontraba pretencioso colocar una escultura suya en una habitación principal de la casa y opinaba que esa lo representaba más apuesto y garboso de lo que creía ser. Por ese motivo, la dispuso de espaldas, en una esquina de la habitación donde guardaban sus libros y violines. Años más tarde, cuando se trasladaron a la casa de la plaza de Armas, pasó al desván. Desde que yo tengo uso de razón, ese busto se mantuvo allí. Para entonces, mi madre lo había cubierto con un largo pañolón de seda y nunca más lo volvió a acariciar, al menos no lo hizo en mi presencia. Hace pocos meses yo le retiré ese velo fino y transparente, pero velo en fin. Porque, aunque yo no lo conocí jamás, aunque yo no fuera hijo de Rafael, aunque valoro profundamente la figura de mi

padre, aquel hombre marcó mi vida.

1 Sergio Caller, «Ontogenia».

12

El nuevo año escolar de 1930 lo inició Rafael nombrado como director de la primaria del colegio donde llevaba trabajando más de doce años. Pocas semanas después, apareció en su casa entusiasmado: había logrado que el consejo administrativo diera su aprobación para convertir el antiguo salón de grados en un pequeño museo que albergara los objetos incas que acumulaban polvo en los depósitos de la sección de Historia. Entonces llegó la noticia de la muerte de Mariátegui, fundador del Partido Socialista. Las semanas siguientes estuvieron teñidas por la conmoción y el homenaje de sus seguidores; luego, por las amargas discusiones sobre cuáles serían los derroteros que debería seguir la izquierda en el Perú. Más que a confluencias, los debates iban conduciendo a escisiones y confusión en las que cada vertiente creía contener la verdadera esencia del socialismo, mientras la línea heterodoxa y crítica de Mariátegui, en la práctica, pasó a ser minoritaria. En medio de esa convulsión, Rafael se aferró a la promoción de la educación y el arte como vías esenciales para alcanzar la libertad. Para anclar su posición, en los meses siguientes redobló las horas nocturnas que dedicaba a la enseñanza de Historia y Arte en la universidad popular para obreros; en el colegio, intensificó los esfuerzos para sacar adelante el museo incaico.

Cuando revisaron los centenares de piezas almacenadas en el depósito, se dieron con la ingrata sorpresa de que muchas estaban hechas añicos. Roídas sus cajas de cartón por las polillas, la humedad de los meses de lluvias hizo la otra parte de la labor. Aun así, había ceramios, vasos rituales de madera e ídolos en plata, hueso y piedra que habían resistido el paso de los siglos y el peso del olvido. Para ampliar esta colección, Rafael se comprometió a donar las antigüedades incaicas que él poseía, lo que motivó a otros profesores, alumnos y exalumnos a hacer lo propio. Por entonces, el interés por las reliquias precolombinas recién empezaba a despertar; hasta hacía pocos años, estas eran mantenidas en desvanes, cuando no habían sido desechadas, pues la mayoría de la gente las consideraba piezas inservibles, vejestorios carentes de valor. Para agosto, con el apoyo de sus alumnos y algunos obreros a quienes impartía sus clases nocturnas, ya había logrado desocupar, limpiar y pintar el local del futuro museo; tres meses después, gracias al trabajo de un grupo de carpinteros y las donaciones de un círculo político de la universidad, ya tenían listas las vitrinas que exhibirían las piezas. En diciembre, el último día del calendario escolar, el museo fue inaugurado en medio del entusiasmo general de alumnos y padres de familia que por primera vez apreciaban el brillo que emergía de aquellas piezas

antiguas una vez dispuestas en una galería, junto a etiquetas explicativas que los propios estudiantes de tercero a sexto grado habían redactado con su mejor letra.

La entrada al museo escolar exhibía una fina vasija de barro, íntegra, de más de un metro de altura. Se exhibía como única pieza en una vitrina especialmente diseñada para sostenerla; su vientre estaba cubierto por diseños geométricos en tonos rojos, negros y blancos en los cuales se podría distinguir dos serpientes entrelazadas desde un origen infinito, o caminos de esencias distintas que adquieren existencia al confluir, o ríos de sangre, de muerte y de vida. Había sido hallada pocos meses atrás durante la ampliación de la casa de Miguel Salgado, uno de los mejores alumnos de Rafael.

—Esta vasija parece insinuarnos cuánto más, aparte de los monumentos de piedra, deberíamos observar en la herencia de nuestros antepasados —enfatizó Rafael durante el discurso de inauguración.

Al oír esas palabras, Giralda sintió que la arcilla empezaba a latir en su propio vientre. El año escolar ya había concluido, el museo ya estaba inaugurado y el pequeño Miguel Salgado no quería desprenderse de su maestro. Rafael y Giralda hablaron con su madre y ella le dio permiso para que los acompañara a tomar un chocolate. Mientras caminaban en dirección de la plaza Regocijo, Miguel daba saltos de alegría al escuchar que para el año siguiente su maestro propondría ampliar el museo. Un amigo de Rafael le había hablado de establecer un convenio con los investigadores de la Facultad de Historia que estaban realizando excavaciones en sitios arqueológicos aledaños a la ciudad, de modo que los alumnos del colegio pudieran observar qué cuidados y técnicas aplicar en caso de encontrarse con alguna pieza arqueológica. Por entonces la ciudad vivía un franco proceso de crecimiento y, en las ampliaciones y construcciones de viviendas en el centro histórico, lo frecuente era que las piezas halladas se escondieran para evitar inspecciones que paralizaran el proceso o terminaran destrozadas por el descuido con el que se cavaban los cimientos. En la chocolatería, Miguel estaba radiante. Cuando se dio cuenta de que su taza ya estaba vacía, habló como si pronunciara una promesa:

—¡Profesor, algún día yo quiero ser como usted!

Mientras llevaban al pequeño a su casa, siguieron hablando de los proyectos y viajes escolares que podrían abordar el año siguiente. Esa tarde Rafael no hubiera imaginado que, al llegar a su casa, Giralda le

anunciaría que estaba embarazada. Habían transcurrido casi seis años desde que perdieran a su primer hijo. Con el pasar del tiempo, se fueron resignando a la idea de que no tendrían descendencia. Pero ahí estaba, programado su nacimiento para principios de agosto.

El despertar de 1931 mostró de plano sus propias cartas. La nueva dictadura había nacido arremetiendo contra los grupos de apristas y comunistas cuyo número se había multiplicado en los últimos años, alentando la creación y el fortalecimiento de numerosos sindicatos. A lo largo del país, se empezaron a multiplicar las noticias de detenciones y torturas, así como de asesinatos, sobre todo de los opositores más humildes. Varios abogados que denunciaron estos casos también terminaron presos. Rafael confiaba en que su posición como director de primaria del colegio más grande de la ciudad sería una salvaguarda.

Aparecieron de madrugada llamando a la puerta con fuertes golpes. Cuando Rafael bajó a preguntar qué ocurría, apenas le dieron tiempo para que se colocara un abrigo. Ni apelando a su embarazo Giralda pudo conseguir que lo dejaran en libertad o que, al menos, le explicaran por qué lo estaban aprehendiendo. Eran cinco policías vestidos de civil y se limitaron a pedirle que se hiciera a un costado para no tener que empujarla.

Se vistió con premura y buscó a Sergio para que la acompañara a la comisaría. En su casa, se enteró de que él también había sido detenido pocos minutos atrás. Trastabillándose con sus propios pies, se apresuró en acudir a la casa de su primo Fortunato, que era amigo de su marido y el abogado que en el pasado había conseguido liberarlo. Quien le abrió la puerta fue Eliecer, su hijo mayor. Con espanto, Giralda le oyó contar que esa madrugada Fortunato había sido arrestado y, ante los reclamos incesantes de su esposa, la policía también se había llevado a Cecilia.

Hacía frío, el cielo estaba cargado, Giralda llegó a la comisaría con la sola compañía de Eliecer: diez años, delgado, un metro y veinte de estatura. Aguardaron más de una hora hasta que apareció un capitán. Fue amable, pero les comunicó que allí no estaban los suyos, que el lugar donde deberían indagar era el cuartel de investigaciones. Giralda tembló: recordó los rumores sobre el trato que se estaba dando a los detenidos y conocía que los agentes de investigación era los más temibles. Tomó a Eliecer de la mano y enrumbaron en esa dirección.

Ya eran las nueve de la mañana. Giralda tenía hambre y miedo; Eliecer lucía frágil. Ninguno de los dos había desayunado. Ella seguía

trastabillando cada vez que aceleraba la marcha. Al pasar por la confitería favorita de su marido, el olor de los panes de yema recién horneados asaltó su olfato. Había que apresurarse; no obstante, su hambre era inmensa. Echó un vistazo a Eliecer: lo descubrió contemplando con apetito las vitrinas que exhibían panes y pasteles crocantes.

—Eliecer, corazón, ¿quieres que desayunemos rapidito?

—No, mejor no, tía —respondió el chico—. Debemos apurarnos.

Aceleraron la marcha, Giralda tropezaba una y otra vez. Por fin llegaron al cuartel de la Policía de Investigaciones. La lluvia había empezado a caer; no era torrencial, era una garúa tenue. En la puerta de acceso, se encontraron con decenas de personas que, al igual que ellos, habían acudido para indagar por la suerte de sus familiares. La lluvia se agudizó. Uno de los policías de la entrada les permitió ingresar a la sala de recepción bajo la condición de que mantuvieran silencio.

Ya eran más de las diez de la mañana y ningún oficial aparecía para informarles qué estaba ocurriendo. De repente, se empezó a escuchar el sonido de tropas movilizándose y carros encendiendo motores. Un anciano, que aguardaba la liberación de su único hijo de veintidós años, empezó a gritar, mientras se abría paso para entrar a los interiores del cuartel:

—¡Gamaliel, Gamaliel! ¿Dónde te llevan? ¿A dónde, hijo mío?

Dos policías lo contuvieron y otro acercó una silla para hacerlo sentar. El tumulto se apoderó de los demás familiares de detenidos. Un joven oficial apareció y les advirtió que si no se callaban, no deberían esperar grandes noticias. En silencio, de nuevo se acomodaron sobre el suelo. A Giralda se le había pasado el hambre, solo le pesaba el frío, acariciaba su vientre y con el otro brazo abrazaba a Eliecer. Gamaliel, Rafael, Fortunato, Cecilia, Sergio… En voz baja rezó las diferentes plegarias que alcanzaba a recordar.

A mediodía, otro oficial ingresó al recinto. Llevaba consigo una hoja de papel y pasó a leer una lista de diecinueve nombres que daba cuenta de líderes sindicales, maestros, dirigentes indígenas, catedráticos y universitarios. Todos ellos habían sido juzgados por subversión de manera sumaria y estaban siendo trasladados a la cárcel de la isla de Taquile, en el altiplano. Quedaban informadas las familias de que, durante al menos un mes, les estaban prohibidas las visitas.

En la lista no figuraba el nombre de Cecilia. Cuando Eliecer preguntó por su madre, el oficial indicó que en pocos minutos sería liberada. Gran parte de la gente se fue marchando en silencio. Algunos se iban organizando para ver de qué maneras podrían denunciar lo ocurrido y alcanzar la liberación de sus familiares. Uno de los pocos que permaneció en aquella sala fue el anciano que insistía en que no podía marcharse de allí sin su único hijo.

—Gamaliel, mi luz, yo te voy a esperar…

Giralda y Eliecer lo observaban desde la esquina donde habían vuelto a sentarse.

—Gamaliel, Gamaliel, mi luz, ¿dónde estás?

Giralda bajó la mirada, observó sus pies, recién entonces se dio cuenta de que tenía los zapatos puestos al revés.

En todo el país se organizaron protestas para reclamar por este y otros actos de represión. Las consecuencias fueron unas cuantas notas periodísticas y numerosos recursos de amparo, pero así también la reclusión de nuevas decenas de opositores en Taquile y otras cárceles inhóspitas. Ya se estaba por cumplir un mes de la detención de Rafael; Giralda estaba acometiendo multitud de trámites para viajar hasta Puno y desde allí a Taquile para visitarlo, cuando se vio sorprendida por la liberación de su marido.

A él le hubiera gustado ir primero a la casa de uno de sus hermanos o amigos para bañarse y componer de algún modo su aspecto antes de presentarse frente a ella, pero no le retiraron la venda de los ojos hasta que de un empujón se halló ante la puerta de su casa. Al verlo, Giralda no pudo contener el llanto. En menos de un mes, había perdido más de diez kilos y su rostro evidenciaba la sucesión de golpes que debió sufrir esas semanas. Rafael no quería desnudarse delante de ella para tomar el baño que llevaba anhelando desde que lo detuvieron, pero Giralda no quiso que le escondiera nada. Mientras lo ayudaba a quitarse los zapatos y los calcetines, pudo palpar de manera directa la escala de horror sobre la que se había encaramado el nuevo régimen.

Dadas las protestas crecientes de los opositores y de algunos de sus aliados, el 1 de marzo la dictadura de Sánchez Cerro había decidido que era mejor convocar a elecciones y ceder el mando a un gobierno transitorio. Esto permitió la excarcelación de gran parte de los políticos y dirigentes gremiales que habían sido arrestados durante

esos seis meses de mandato. Dos de los tres líderes campesinos detenidos junto a Rafael no volvieron. Al ser indígenas, habían recibido los peores maltratos y sucumbieron poco antes de que se firmara el decreto de excarcelación.

—Créeme —afirmó Rafael—, que el mayor golpe que recibí en estas semanas fue descubrir que mi sobrino Fermín, mi propia sangre, es uno de los esbirros que con más placer ha torturado el cuerpo de mis amigos.

Giralda empezó a temblar. Quiso disimular apretando la toalla con la que había estado limpiando las heridas de los pies de su marido. Hacía varios años que no sabía nada de Fermín, de Ramón. Se había sentido aliviada al pensar que se habría marchado lejos, que jamás volvería a aparecer.

—Yo sabía que él no andaba en nada bueno —prosiguió Rafael—, pero esto nunca lo hubiera imaginado. Aunque no creció con mi familia, nunca lo rechazamos; al contrario, mi madre se esforzó por compensar el abandono que sufrió de mi hermano. En la cárcel, a mí Fermín no me tocó, ni dejó que le viera la cara, pero reconocí su voz. Por Fortunato y Sergio, sé que él asesinó a Feliciano Cahuana, el más valiente de los líderes indígenas apresados. Fue mi propio sobrino quien se ensañó con él hasta matarlo. Querida, me duele planteármelo, ¿pero se hará justicia alguna vez?

Giralda se excusó un momento. Acudió al baño, vomitó.

A fines de marzo, Rafael estuvo recuperado y listo para retomar su cargo en el nuevo año escolar que se estaba por iniciar. Pero Giralda quedó muy afectada por la conmoción de aquel tiempo y el primer día de abril tuvieron que internarla de emergencia. Perdió el hijo que esperaba.

De los meses posteriores a esa pérdida procede el tema más conmovedor que ella solo interpretaba al violín en ocasiones especiales. A mi padre le gustaba mucho; a mi hermana y a mí nos encantaba. Por fortuna, pude grabarla la última vez que lo tocó en público, en el bautizo de mi hijo Mateo. Tantos años después, recién descubro que el compositor fue Rafael, aunque solo apuntara sus iniciales «R. T.» en la partitura. Y recién ahora, hilando y recapitulando la historia de mi madre, me estremezco al pensar qué sentimientos lo impulsaron a componer esa melodía. Su música no es desgarradora; por el contrario, sus ritmos convocan a la alegría y sus letras ratifican un compromiso con la vida. Cómo pudieron, en esas

circunstancias, cantar sobre el pájaro de fuego que se asoma a la tierra para besar el corazón del hielo, con tanta lisura y atrevimiento, que entre los dos convocan al rayo y este a las nubes para que a la tierra retorne en forma de agua, sangre y nieve… Con cuánta fuerza armonizaron el romance del hielo con la tierra, la sangre y el pájaro de fuego. En esa música la tragedia no tuvo cabida.

13

Sus alumnos lo admiraban, habían recogido centenares de firmas de sus padres para solicitar que Rafael fuera designado director del colegio, no solo de la sección primaria. Mientras tanto, en el tablero mayor se desplazaban otras fichas. En diciembre de 1931 la dictadura de Sánchez Cerro había retomado el poder y en los dos años siguientes dio pruebas rotundas de que esta vez no iba a dejarse ablandar por ninguna queja. A la represión de todo movimiento o persona que diera señales de oposición le siguió una intensa campaña de aliento a la delación de cualquiera que se considerase sospechoso de traición al gobierno de construcción nacional. A medida que transcurrían los meses, las cartas de denuncia, anónimas y autografiadas, empezaron a remitirse a prefecturas y comisarías con frecuencia creciente.

Supongo que fue un expediente grande, no una carta simple y cualquiera, la que arribó a la comisaría central del Cusco una mañana de febrero de 1933. Esa misma tarde, un escuadrón de seis uniformados llamó a la puerta de Rafael y lo arrestaron. Giralda se había abrazado a él, advirtiendo a sus captores que antes de que lo apresaran de nuevo, tendrían que matarla a ella. La empujaron, entre dos soldados la retuvieron sentada mientras los demás esposaban a Rafael y le ordenaban salir de su casa sin hacer escándalo. Era verano, el sol era penetrante y las lluvias de la temporada mantenían los árboles de la plaza de Armas pletóricos de hojas y flores. Apenas se marcharon los soldados, Giralda salió de su casa para alcanzar a su marido y suplicar piedad a sus captores. Rafael le pidió calma, le indicó que era mejor que buscara un abogado. Ella asintió, pero se quedó inmóvil, observando cómo se iba alejando, sus pasos firmes, los empujones que le propinaba el jefe del escuadrón, como intentando desde ese mismo momento quebrar su espíritu. Todos esos gestos quedaron grabados mediante sus sombras en el suelo empedrado de la plaza de Armas.

—Por favor, ¡ayúdenme! ¡Se están llevando a un hombre inocente! —clamó Giralda ante la gente que se había detenido a observar el arresto.

Mi hermana Sara había concluido la secundaria. Se estaba preparando para viajar a Buenos Aires porque deseaba estudiar Psicología y en nuestra ciudad no existía esa carrera. Mis padres apoyaron su decisión, aun cuando imaginaban, como por cierto ocurrió, que nunca más volvería a vivir en el Cusco. Una de esas tardes mi padre mandó un mensaje a casa para avisar que demoraría

en llegar. Sara me buscó, me dijo que antes de marcharse quería preguntarle a mamá sobre cómo murió Rafael, ese primer marido del que durante años se había limitado a contarnos que fue un hombre bueno, maestro de primaria que también tocaba el violín y de quien en nuestra casa se conservaban numerosos cuadros y esculturas que le fueron dedicados por diversos artistas. Como ella no se había mostrado dispuesta a dar mayores detalles, había sido mi padre el que unos años antes nos contó que, en efecto, Rafael había sido un gran hombre y que su muerte fue producto del abuso de una dictadura. A mi hermana le intrigaba saber por qué mamá no había querido hablar más sobre su vida ni de su muerte; temía que estuviese reprimiendo demasiados recuerdos ingratos pretendiendo protegernos, o que considerase que sus hijos éramos unos timoratos y nos fuera a molestar que ella hablara con amor de un hombre que no había sido nuestro padre. Me informó que hacía un rato le había entregado una nota pidiéndole que nos contara algo más de su primer esposo, señalando que mientras menos hablara de él más ocuparía nuestra imaginación.

Mi madre apareció de repente. Empezó resaltando que Rafael, su primer esposo, había sido una gran persona y nos dio algunos detalles de su vida. Después nos habló de su final.

—Nunca he juzgado a la gente que en esas circunstancias no supo cómo echarnos la mano —afirmó—. Los indiferentes, esos sí me parecen unos miserables, meros espectadores de la vida de los demás, pobres diablos que se sienten puros, por encima del bien y del mal, y de diferentes formas repiten que si alguien va preso, por algo será. Hubo gente a la que en verdad le afligía que estuvieran arrestando como a un rufián a un hombre justo. Ese fue el caso de una señora que se me acercó para prestarme su brazo y acompañarme hasta casa, o el de algunas personas que con su mirada desolada y la voz baja mostraban su compasión, su indignación. Porque valientes, hijos míos, son pocos los que en medio de una dictadura feroz ponen en riesgo su vida por aquellos que no sean los suyos. A mí esa señora me ayudó a llegar a casa, en el camino me dijo que por favor la perdonara si no podía comprometerse a ir a la comisaría a declarar como testigo, porque tenía un esposo e hijos jóvenes y temía que por esa causa algo malo les pudiera suceder. No, hijitos, no se puede juzgar a la gente que en verdad se conduele con tu dolor, pero que, al mismo tiempo, teme arriesgar a los suyos en una realidad tan cruda como la que estábamos viviendo.

En cuanto introdujeron a Rafael en la comisaría, mi madre había empezado a caminar en dirección a la casa de Fortunato, pero las

plantas de sus pies le quemaban. Ahí descubrió que, en situaciones de pánico, perdía la consciencia de sus pies. Aquella señora se le había acercado en ese momento y le hizo notar que estaba descalza.

—Al volver a casa, me puse los zapatos, saqué un abrigo e introduje todo el dinero que tenía en mi cartera porque imaginaba que las horas que vendrían serían decisivas.

Buscó a Fortunato. Por su esposa, supo que la tarde anterior había viajado a Lima, precisamente para indagar por el caso de tres dirigentes sindicales detenidos hacía dos meses de quienes nada se sabía. Giralda recordó entonces a Pablo: un primo lejano que era abogado, alguien que evitaba la política pero que en la adolescencia fue su compañero en las clases de violín; uno de los pocos alumnos que nunca acusó a Rafael ante sus padres por introducir en sus lecciones amonestaciones sobre la miseria en la que se mantenía a los indígenas. Pablo la acompañó.

—Cuando llegamos a la prefectura, me encontré en la puerta frente a frente con Emiliano Losantos, el director del colegio donde trabajaba Rafael; él estaba saliendo. Nervioso, se quitó el sombrero, bajó la cabeza para saludarme y se fue casi corriendo. Yo le sonreí, hasta le agradecí, pero se marchó tan raudo, que ni pude darle la mano para dejarle claro mi agradecimiento. En ese momento creí que él estaba ahí para solicitar la liberación de Rafael, al fin y al cabo, era la máxima autoridad del colegio. De la esperanza que tenía por tener a mi marido pronto en casa, olvidé que Losantos era conocido por su mezquindad…

Mi madre se quedó callada un momento, y aunque nos estaba mirando, parecía estar reviviendo todo lo que le ocurrió como aquella tarde:

—Nos tuvieron esperando más de dos horas hasta que, por fin, un oficial se dignó en aparecer para informarnos que Rafael ya había sido trasladado a Lima, donde sería procesado por conspiración contra el orden y ataque a la moral de los alumnos. Pablo empezó a levantar la voz, clamó que eso era inconstitucional, que no era posible detener a un hombre de esa manera, menos sin pruebas.

El comisario esbozó una sonrisita, abrió el expediente que portaba bajo el brazo y sobre la mesa extendió un acta declaratoria. Estaba firmada por el director del colegio, tres profesores, dos alumnos de secundaria y cuatro padres de familia. Fue considerada la prueba suficiente para enviar a Rafael a prisión. Pablo se llevó las manos a la

cabeza, demandó saber qué había que hacer en un escenario donde la ley era puesta a discreción de quien tuviera el mando. Giralda prosiguió:

—«No hay nada que hacer», nos dijo el oficial con serenidad. Me parece estar viendo esa acta sobre la mesa… Sentí horror por haber pronunciado gracias ante Losantos pocos minutos atrás. Una lava amarga me revolvió. Recordé la última detención que sufriera Rafael, vomité sobre ese papel. Luego todo fue oscuro Desperté en la casa de Pablo. Me habían trasladado allí, sería porque estaba a solo tres cuadras de la comisaría. Ana María, su esposa, me acariciaba la cabeza tarareando una canción de cuna… Me tomaba el pulso y me pedía que me calmara, que no olvidara que yo era el único sostén de Rafael y que debía mantenerme fuerte. En las semanas anteriores, nos habían alcanzado noticias sobre los tormentos a los que tenían sometidos a los opositores. No quiero hablar de ello… Yo repetía que me quería morir. Ana María volvió a acariciarme la cabeza. «Llora todo lo que quieras», me dijo, «pero ponle un límite, porque tarde o temprano vas a tener que levantarte». Después me trajo una infusión de flores cuyo aroma jamás he olvidado. Fue un bálsamo. Mientras yo bebía, ella acariciaba mi cabeza.

Giralda hubiera querido quedarse dormida hasta que Rafael apareciera de nuevo en su casa, pero, durante los dos meses siguientes, cada día debió levantarse temprano para abordar todos los trámites y apelaciones posibles. También le escribía cartas, cartas, más cartas, esperando que algunas llegaran a sus manos. Solo una vez recibió una respuesta: Rafael le pedía que mantuviera las fuerzas y le siguiera escribiendo.

En abril de 1933, un joven aprista descerrajó un tiro en la cabeza del dictador. Durante pocos días, sus opositores celebraron el magnicidio de manera discreta, aguardando un nuevo periodo de transición. La represión no se hizo esperar. El sucesor de Sánchez Cerro recrudeció la persecución de opositores y las cárceles se saturaron.

Enviado a Lima y recluido en el sótano de una cárcel hacinada, Rafael contrajo tuberculosis. Las cartas de protesta que varios de sus alumnos y exalumnos habían ido sumando semana a semana hicieron temer en sus captores una grave protesta en caso de que un personaje como ese se les muriera en prisión. Lo liberaron el 10 de julio. Giralda lo esperaba a la salida de la cárcel. Estaba preparada. Al verlo, sonrió, lo abrazó, no derramó ni una lágrima. Con el dinero obtenido por las últimas joyas que tenía, lo llevó a tres médicos. Todos dieron el mismo

veredicto. Entonces aguardaron la salida del primer barco que los llevara hasta Arequipa; desde allí, enrumbaron por tren hasta el Cusco. La noche del 27 de julio, cinco de sus mejores amigos pudieron reunirse alrededor de su cama. Abrieron una botella de champán y brindaron por la libertad. Rafael murió de madrugada.

Hace dos meses recibí una llamada del hijo de Domingo Panato. Yo no lo conocía, él vive en Lima. Me contó que estaba asesorando una exposición de pinturas de su padre y la edición de un libro recopilatorio de su obra. Unas semanas antes, un pariente le había comentado que yo conservo algunos cuadros de la etapa juvenil de su padre, así que deseaba consultarme si una amiga suya podría fotografiarlos para incluirlos en el libro. Accedí sobre la marcha. La tarde en que aquella joven fue a mi casa charlamos poco, no le tomó ni quince minutos tomar las fotografías de los tres cuadros. Al despedirse, quizás por un rayo de cortesía o porque se dio cuenta de quién era yo, me preguntó si me gustaría ver el cuadro de Panato que sus abuelos tenían en su casa. Dudé. La presión arterial me había estado molestando y tenía una cita con el médico a las siete de la noche. Solo faltaba una hora y media; pude haberle dicho que otro día y ese otro día no se habría concretado nunca. Recordé la cara estricta de mi médico, siempre con una larga hilera de pacientes, pero también me di cuenta de que recién ahora estaba apreciando la profundidad de la pintura de Panato, que antaño me pareciera demasiado infantil. En pocos segundos varias opciones pasaron por mi cabeza. Al final, respondí que estaría encantado de ver ese cuadro.

Los míos eran los tres que heredé de Giralda. Mi hermana y yo habíamos coincidido en la necesidad de no repartirlos, pues nuestra madre varias veces había recalcado que esos cuadros eran como tres hermanitos nacidos durante una misma semana creativa del autor y consideraba que siempre debían mantenerse cerca; sin embargo, solo uno de ellos lleva la dedicatoria: «Al gran Rafael». Mientras mi madre vivió, los mantuvo colgados en su casa: dos en el lateral izquierdo de la sala y el tercero, el que tenía la dedicatoria, en una esquina del comedor. Cuando pasaron a mis manos, mi interpretación de los trazos y colores de Panato me indicó que el mejor sitio donde colocarlos era en la habitación de mis hijas, niñas entonces. Cuando ellas crecieron y se marcharon de la casa, su dormitorio vacío, muy pocas veces visitado, mantuvo esos cuadros. Hasta la tarde en que esa fotógrafa apareció en mi casa, yo no había vuelto a fijar la atención en ellos. Quizás porque ahora, dos décadas después de su muerte, la fama de Panato se ha multiplicado, o porque en los últimos años también ha emergido mi interés por la obra de la generación a la que él perteneció; esa tarde la piel se me erizó al descubrir otras figuras y

significados en los cuadros que estaban siendo fotografiados.

Alicia, la fotógrafa, llamó a su abuela para avisarle que en un rato más iría a su casa con un conocido para mostrarle su cuadro de Panato. Su casa estaba muy cerca de la mía. No demoramos en llegar. La anciana nos abrió la puerta y nos presentamos. Ella nos dejó pasar, gentil, y me ofreció un café. Pensé en mi presión alta, pero accedí. Aquella mujer caminaba con firmeza, tenía el cabello totalmente blanco y un rostro con escasas arrugas que no puso reparos en escudriñar el mío al momento de saludarnos. Cuando se retiró a la cocina, Alicia me dijo que nadie imaginaría que tenía ochenta y siete años. La anciana no hizo ninguna pregunta sobre mí o mi familia mientras tomábamos el café. Solo al levantarnos del sofá, me dijo que ella había conocido a mi madre cuando era una niña. No sé por qué, yo me sentí un poco incómodo frente a ese dato. Creo que ella lo percibió y de inmediato nos condujo a su escritorio. En medio de la oscuridad del anochecer, acentuada por el cedro del *parquet* y la caoba de las estanterías de libros, los blancos y rojos predominantes en aquel cuadro resaltaban antes incluso de que la anciana hubiera encendido la luz.

Una marejada de rostros dolientes con sombreros oscuros rodeaba lo que a primera vista parecía una mesa roja. Cuando me aproximé, reconocí de inmediato que las únicas personas cuyos rasgos aparecían definidos con claridad en el frontal eran una mujer y dos niños, y que lo que de lejos me había parecido una mesa era un ataúd cubierto con la bandera del Partido Comunista. El estilo de Panato no es detallista en los rostros de la gente que retrata, aun así, con unos cuantos trazos había dibujado bien a mi madre y había conseguido captar la desolación de su mirada. Un niño y una niña de ojos desconcertados caminan a su lado, delante del féretro, y como ella, los dos llevan alrededor del cuello una bufanda roja. Esa era mi madre. Si algún rastro de duda hubiera tenido, se habría borrado de inmediato, porque los jaspes evanescentes en forma de hojas arrastradas por el viento eran nieve, nieve que aterrizaba sobre el suelo, sobre los sombreros oscuros, sobre los zapatos negros, mezclándose con las flores rojas derramadas por los centenares de amigos que acompañaban ese duelo. La inscripción indicaba: «Las Fiestas Patrias devoran a sus hijos. Julio de 1933».

—Mi nombre completo es Alina Andrade —afirmó la anciana—. Mi madre fue Adelina Andrade. Conocí a la tuya desde que yo era una criatura de pecho. Ahora déjame explicarte por qué aparezco a su lado en este cuadro.

Domingo Panato había regresado al Cusco después de cuatro años. Llegaba desde el extranjero con la esperanza de encontrarse con sus mejores amigos, de revivir junto a ellos los momentos en que empezó a crecer como artista. Al salir de su hotel para buscar al que más había echado de menos, se encontró con el paso de su entierro. Rafael murió el día central de las fiestas nacionales. Indignación, tristeza, impotencia; Panato solo se quedó una semana. En esos días pintó ese cuadro y se lo regaló a Adelina Andrade, la madre de los dos chiquillos que aparecían junto a mi madre. Eran los mismos que en el último plenilunio de 1929 había retratado mientras danzaban descalzos junto a una hoguera, los mismos que junto a otras decenas de niños y adultos aquella noche lejana habían ascendido hasta la explanada de Sacsayhuamán para celebrar el final de una década, aguardando con grandes expectativas el nacimiento de otra que prometía ser más justa.

Cuando salí de la casa de Alina Andrade, empecé a comprender por qué la nieve en los sentimientos de mi madre despertaba tristeza. Y entendí mejor por qué doce años después de ese entierro, en su mirada el duelo había renacido como escarcha.

Parte 2

La sangre

Giralda fue detenida el 1 de mayo de 1936. Había participado en una romería en homenaje a los mártires por los derechos de los trabajadores, y aunque se tratara de una marcha pacífica organizada por comités de viudas y esposas de detenidos, varias mujeres, entre ellas mi madre, fueron arrestadas. Al día siguiente, al enterarse de la noticia, su hermana Ali acudió a pedir el auxilio de su primo Pablo. Esa mañana, él había partido a visitar sus propiedades en la selva, pero su esposa, Ana María, tomó su abrigo y la acompañó a buscar otro auxilio.

Hacía pocas semanas que Mateo Lezama había regresado de Lima con la intención de instalar su estudio en el Cusco. Era el mejor amigo de Pablo. Tras escuchar el pedido de Ana María, no demoró en tomar su Código Penal, colocarse el sombrero y marchar rumbo a la comisaría. La liberación de Giralda no fue inmediata. Cuando salió, el único que la esperaba era su abogado. Él la invitó a almorzar, después la acompañó hasta la puerta de su casa.

A la muerte de Rafael, mi madre se había prometido que nunca más se volvería a casar; sin embargo, tres años después, tras cinco meses de citas con un abogado de su misma edad que la hacía reír o le traía a colación vivencias comunes de infancia y adolescencia, como el de sus reacciones ante el paso del cometa Halley, ella aceptó su propuesta de matrimonio. Se casaron en noviembre de 1936. Diez meses después, nací yo.

Durante años he considerado un desafío escribir la historia de mi madre. Pensaba que esto me ayudaría a esclarecer muchas cosas veladas que habían ido atravesando mi vida desde que era un niño, pero durante años también pospuse esa tarea por razones objetivas, incluido el temor a escribir mal. Más allá, también me pesaba el temor a indagar en qué pasó por sus sentimientos a partir de la tarde en que fue liberada. Ella había dicho que nunca podría enamorarse de otro hombre, pero he ahí que a los treinta y seis años, al salir de la cárcel, empezó a cambiar de opinión. Creo que lo que más resquemor me producía era que mi madre no se hubiera casado con mi padre por razones de amor. Se me dio por pensar que lo hizo por romper la que entonces era una rotunda sentencia social: que una mujer viuda entrada en la treintena, inmiscuida en política y encima expulsada de la casa paterna por rebelde, solo debía aguardar una vida de luto por los pecados que había cometido. Aquella era una doble sentencia, pues con otros matices, muchos amigos de Rafael también esperaban que

ella se quedara para siempre sola, dedicada a honrar la memoria de un hombre que para todos ellos no tenía par. Hace unas semanas hablé de esto con mi esposa. Alida esbozó una de esas sonrisas suyas que, sin mediar palabras, ya me están diciendo: «¡Ay, amor, no te compliques la vida!».

—Yo creo que la respuesta es más simple —afirmó—. Con tu padre se había vuelto a reír y seguro que, incluso antes de conocerlo, habría pensado que sumirse en el luto hasta aguardar su propia muerte sería conceder un mayor triunfo a quienes habían derribado sus ganas de vivir.

En efecto, Giralda prosiguió la vida. Me tuvo a mí y, dos años después, a mi hermana. Me han contado que a los pocos días del nacimiento de Sara, tal vez para conjurar el destino que tuvo la abuela cuyo nombre heredó, compró todas las jaulas con periquitos que halló en el mercado, las llevó al patio de casa y, allí, una a una, fue abriendo sus puertas para liberar las aves. Después se deshizo de las jaulas.

En la sala, por la propia petición de mi padre, se mantuvieron colgados los cuadros que a Rafael le habían obsequiado sus amigos pintores. Fue ella la que decidió colocar un velo sobre la escultura de Rafael que había en el desván. Y fue ella quien se limitó a responderme: «Fue mi primer esposo; murió hace muchísimos años», cuando yo aprendí a leer y pregunté por ese nombre de arcángel a quien cinco pintores habían dedicado varios de los cuadros que adornaban nuestra casa.

Mi padre viajaba continuamente, sea para litigar causas de los clientes que tenía en las provincias lejanas, o para recoger las mermadas cosechas de las tierras que había heredado. En la ciudad, su trabajo tampoco le daba tiempo para vigilar nuestros avances en los estudios ni para llevarnos a cines y confiterías. En ese sentido, nuestra vida a su lado no fue muy distinta a la de los niños y niñas con quienes íbamos al colegio. Cuando viajábamos con él, le gustaba contarnos cuentos, hablarnos de los planetas y las estrellas fugaces, llevarnos a pasear por las quebradas a pie o a caballo. La relación de mi madre con nosotros sí tuvo algunas peculiaridades: oscilaba entre la sobreprotección que en momentos nos prodigaba y los días en que parecía divagar por encima de las nubes, días que solían coincidir con los viajes de mi padre. Sabiendo lo que hoy sé, veo que mi madre nunca se desvinculó de Rafael.

Aquellos meses de enero y febrero los pasamos completos en la

pequeña hacienda que mi padre había heredado en las afueras de Pisac. A mi madre le entusiasmaba que pudiéramos salir de la ciudad la temporada íntegra de vacaciones y que así pudiéramos gozar de ese campo que ella añoraba cuando era niña. Si ella no estaba atravesando uno de sus arranques de sobreprotección, se podía pasar horas tocando su violín en la sala o paseando con mi padre por la ribera del Vilcanota; mientras tanto, Sara y yo nos íbamos a jugar con la chiquillada del pueblo hasta bien entradas las horas de la tarde. Pero si se le daba por protegernos, no nos permitía alejarnos de su lado, así que teníamos que rogar a nuestros amigos que pasaran el día en los huertos de casa. Allí, ante la aprehensión de mamá y las amonestaciones de papá para que nos dejara tranquilos, escalábamos los frutales para comer en el mismo árbol capulíes, peras, ciruelos e higos. Curiosamente, los días en que mi padre debía volver al Cusco para atender las causas que lo requerían, era cuando mi madre se tornaba ausente, como si de manera inconsciente se sintiera liberada para divagar en el pasado, lo cual a Sara y a mí nos hacía sentir extrañados, pero doblemente libres.

Una mañana, mientras mi hermana y yo salíamos raudos para jugar en el pueblo, encontramos un colibrí que piaba con debilidad al borde del camino. Incapaz de volar, estaba arrastrando su pata derecha. Sara lo tomó entre sus manos y corrió a buscar a mamá. La hallamos sentada junto a la mesa del patio, la cabeza apoyada en una de sus manos y la mirada perdida en algún punto del horizonte.

—Cúralo —sentenció mi hermana pasándole el colibrí.

Mi madre pareció despertar bruscamente de un sueño, pero no podía desobedecer ese mandato. Tomó el pajarito y se levantó. La seguimos mientras caminaba hasta su habitación para buscar una caja de retales. Extrajo de ella hilo y una tira de tela. Ya se disponía a atar la patita del colibrí cuando mi hermana señaló que faltaba pegamento. Mamá no supo qué hacer. Supongo que, como ante muchas cosas en su vida, recurrió a su imaginación, esta vez aupada por los remedios de la medicina popular. Nos dirigimos a la cocina, tomó un huevo, lo rompió y utilizó la membrana de su cáscara como soldador. Después procedió a envolver la patita herida con el retal y el hilo. El colibrí seguía piando, temblaba entre las manos de mamá. Ella nos dijo que no podíamos liberarlo de inmediato; por el contrario, deberíamos atenderlo varios días hasta que se sanara. Como en nuestra casa de campo tampoco quedaba ninguna jaula, corrimos a comprar una en el pueblo. Al volver, encontramos a mamá estrechando al pajarito contra su pecho.

—¡Ya está, ya está! ¡Ya lo podemos enjaular! —exclamé entusiasmado.

Mi madre me miró como si fuera un desconocido.

Una vez resguardado en la jaula, acomodamos al herido junto a una de las ventanas de la cocina. En cada hora de comida, Sara y yo nos disputábamos el privilegio de proveerle migas de pan, gránulos de azúcar y agua. Por esos días, mi padre había recibido una comunicación urgente de la ciudad y allí se había marchado, señalando que probablemente demoraría dos semanas en regresar. Una de esas noches, me desperté con la sensación de que no le había dado suficiente comida al pajarito. De puntillas, bajé hasta la cocina. Entonces descubrí que del granero de la casa escapaba una luz tenue. Sin hacer ruidos, me aproximé. Por un resquicio de la puerta, vi a mi madre de pie, con un portaviandas vacío en la mano izquierda, mientras, sentados en el piso, dos hombres comían como si no lo hubieran hecho en décadas. Llevaban la ropa sucia, ajada; su rostro evidenciaba muchos días sin peinar ni afeitar.

La noche siguiente me aseguré de que el colibrí comiera lo suficiente, incluso hasta hartarse. No quería volverme a preocupar y despertar de mi sueño, no quería bajar de nuevo y ver que mi madre de nuevo estuviera atendiendo a unos desconocidos en el granero, como si, evitando verlos, desapareciera la sensación de peligro y de sombras que me había acometido la noche previa.

Papá volvió del Cusco antes de lo previsto. Mi madre empalideció, le ayudó a retirarse las botas del largo viaje a caballo y, mientras le preguntaba cómo así había decidido a adelantar su retorno, yo percibía que estaba preocupada por los hombres que a escondidas cobijaba en el granero.

Cuando terminamos de almorzar, mi madre señaló que el colibrí ya estaba bastante recuperado y era hora de liberarlo. Pregunté por qué no podríamos quedárnoslo. Como un cuchillo, mi hermana de cinco años respondió que si tanto me gustaban las jaulas, que me metiera yo a vivir en una. Mamá se rio a carcajadas. Esto me hizo sentir muy avergonzado. Mientras introducía en mi boca las peras acarameladas que tenía como postre, anhelaba que de tanto mimo el colibrí se hubiera acostumbrado y no quisiera marcharse, así yo me podría reír de ellas dos.

—Ábrele tú mismo la puerta y retírale la venda —me indicó mi madre, cuando estuvimos junto a la jaula.

Obedecí sin muchas ganas y, al momento de subirme sobre una banca para alcanzar la jaula, sentí celos al ver que mi madre tomaba entre sus brazos a Sara. Yo era más grande y a esa edad estaba un poco gordo, de modo que hacía tiempo que no le podía pedir que me levantara como mi hermana hacía a cada rato. Mientras bajaba de nuevo al suelo con la jaula en mis manos, cruzaba los dedos para que, una vez dispuesto para volar, el colibrí se mantuviera quieto y decidiera quedarse. Lo saqué con cuidado, le desaté la venda de la patita y mentalmente le pedía: «Colibrí, colibricito, quédate, yo soy tu fiel amigo».

—¡Ahora suéltalo! —chilló mi hermana, encaramada en los brazos de Giralda.

Desde la puerta del comedor, mi padre nos observaba. A él también debía demostrarle que era tan sensible como esas dos mujeres, así que abrí mis manos. Durante unos instantes, el colibrí pareció confundido, pero cuando se dio cuenta de lo que ese gesto significaba, desplegó sus alas y voló, saltando al principio de un árbol a otro de nuestro patio, hasta que se perdió en el horizonte.

Por la noche, lo echaba de menos. También sentía rabia contra mi madre. Me preguntaba por qué solo pensaba en los sentimientos del pájaro y no en los míos. Me inquietaba saber si ahora que papá estaba en casa ella seguiría escondiendo a esos vagos y qué haría yo si al bajar encontraba que aún se mantenían cómodamente instalados y atendidos por su anfitriona en el granero.

Pocos días después, mamá nos acompañó al río para lanzar piedrecillas planas que fueran saltando hasta la ribera opuesta. Aunque las lluvias de la temporada habían sido torrenciales, el caudal no estaba del todo cargado. Al menos en las orillas, el agua clara permitía distinguir los diferentes colores de las piedras acumuladas en su lecho. Recuerdo bien que estábamos en silencio, contemplando el río, cuando de pronto vi a un colibrí planear hasta llegar junto a la cabeza de Giralda. Aleteó frente a ella unos instantes y terminó posando su pico sobre su mejilla. Ella se quedó maravillada. El colibrí volvió a elevar su vuelo hasta posarse en un sauce.

—¡Mamá, te ha querido picotear! —exclamé.

Giralda sonrió. Con naturalidad repuso que solo se había acercado para darle un beso. Ante mi cara de desconcierto, añadió que seguro habría querido darle las gracias, ¿acaso no había yo reconocido que ese era el colibrí que habíamos curado unos días atrás? Volteé para

ver el sauce: allí seguía apoyado el pajarito, silbaba.

No sabía si aquellos hombres se habían marchado del granero el mismo día que liberamos al colibrí, pero persistía la sensación de peligro que descubrir su presencia en mi casa me había provocado. Esa noche, cuando calculé que todos estarían bien dormidos, volví a bajar de puntillas hasta el patio. De nuevo el granero despedía la luz frágil proporcionada por algún candil. Me volví a sentir enfadado con mi madre. Decidí que otra vez me aproximaría al resquicio de la puerta y esta vez no me escabulliría rápidamente, me quedaría allí, hasta que ella se percatara de mi presencia y tuviera que darme una explicación o, como mínimo, rogarme que le guardara el secreto. Avancé despacio y posé mi ojo en el resquicio. Pero me retiré de inmediato. Allí seguían esos dos hombres. Conversaban en susurros con mi madre. También con mi padre, con Mateo.

15

«Era un hombre alto, pálido, apenas lo recuerdo». Esa fue la descripción que mi madre me dio de Julio César Loayza, su abuelo paterno, cuando nació mi hija mayor y emprendí la tarea de armar un árbol genealógico que le pudiera explicar de dónde venía. Deseaba que además de nombres y fechas de nacimiento y deceso, aquel árbol incluyera rasgos físicos e improntas remarcables de la personalidad de sus miembros. Por ello, le pedí a Giralda que abriera la memoria y me diera algún detalle más.

—¡Ya te dije que apenas lo recuerdo! —clamó con hosquedad.

—Bueno, bueno, tampoco es para que te molestes —señalé.

Ella forzó una sonrisa; ahora creo que también forzó una respuesta que no la obligara a disculparse:

—Yo solo tenía siete años cuando finalmente murió.

—¿Qué quieres decir con eso de que *finalmente* murió?

—¡Ay, hijo, no seas pesadito! Murió, pues, murió bastante viejo y cochambroso.

—Ya ves, te empiezan a salir detalles. O sea que recuerdas que murió viejo y cochambroso.

—¡Ay, no molestes! No recuerdo nada más.

—Por favor, mamá. Ya me he dado cuenta de que no estás entusiasmada por el árbol que estoy intentando construir, pero sobre algunos personajes sí te has esmerado en darme detalles.

—Pues de este no recuerdo más.

—¿Estás segura? ¿No recuerdas al menos el tono de su voz, algún gusto peculiar o algún rasgo resaltante de su persona?

—No. Ya te dije: murió cuando yo era chiquita. A mí me gustaría que te interesaras más por otras personas que sin ser familia de sangre en el árbol de mi vida fueron raíces importantes.

—¿Quiénes, por ejemplo?

—Personas buenas, que no estuvieron ligadas a mí por un azaroso

vínculo sanguíneo y, sin embargo, en mi vida han significado bastante más que varios de esos parientes que tú te estás esforzando por sacar a la luz.

—Si gustas, te armo un árbol genealógico con quienes tú quieras; pero a mí ayúdame con el que estoy pretendiendo hacer.

Se quedó callada, extendió la mirada por el comedor de su casa. Cuando se dio cuenta de que yo aguardaba alguna palabra suya, me dijo:

—Si hicieras un árbol genealógico mío, yo quisiera que pusieras a mi ayo Jeremías en uno de los primeros lugares. Pero sabes, también tendrías que ponerlo en el tuyo, porque mucho de lo bueno que puedo haberte transmitido, lo recibí de Jeremías, a quien lamentablemente no llegaste a conocer bien.

Yo apenas guardo memoria de ese hombre. Poco después de la muerte de mi abuela Sara, le pidió a mi abuelo Giraldo que lo liberase de su deuda de servidumbre. Y aunque resultara sorprendente, lo consiguió. Con más de cuarenta años, retornó a su comunidad; allí se casó con una viuda y nunca más volvió a pisar la ciudad. Cuando yo era pequeño, en una ocasión mi madre me llevó hasta allá para visitarlo. No recuerdo de qué cosas hablaron en quechua a lo largo de ese día. Sí pude observar que por ese campesino mi madre guardaba veneración, una veneración que probablemente nunca albergó por su padre.

—¿Y en un árbol genealógico tuyo, en qué lugar colocarías a Giraldo Loayza? —le pregunté de repente.

Ella volvió a quedarse en silencio, momento que fue interrumpido por el llanto de mi hija que llegaba desde la sala. Mientras se levantaba de su asiento, alcanzó a contestarme:

—Mi padre murió hace mucho tiempo, dejémoslo en paz. ¡Mejor ocupémonos de los vivos! —sentenció y a grandes pasos se dirigió a la sala.

No logré profundizar más en mi árbol genealógico: la información a la que accedí era en exceso dispar: había personajes con detalles jugosos y otros de los que solo pude colocar: «Nacimiento: entre 1816 y 1817. Muerte: 1907. Rasgos: alto, pálido. Improntas personales: sin referencias». Este era el caso del abuelo paterno de mi madre. Imagino que en todas las familias hay gente de la que se guardan más referencias, suele ser la que dejó como huella gestos nobles, grandes

riquezas, o hechos portentosos o graciosos que fortalecen el orgullo y el sentido de pertenencia de sus descendientes. De quienes se sabe poco, muy poco, o casi nada, ¿qué se puede imaginar?, ¿quiénes fueron?, ¿qué hicieron o dejaron de hacer como para que nadie se haya preocupado en rememorarlos?

Ahí quedó ese árbol y ese personaje que a pesar de todo destacaba porque su hoja de vida apenas abarcaba dos líneas y el resto vacío era un desafío. Porque aunque Julio César Loayza hubiera muerto cuando mi madre tenía siete años, hasta el final de sus días había vivido en una casa contigua a la suya donde él, su esposa y su hija soltera se trasladaron poco después del matrimonio de su único hijo varón. De hecho, se mudaron a esa vivienda para legar a Giraldo la casa amplia de tres patios que le permitiera proseguir la multiplicación de su familia y de gran parte del negocio comercial que también dejó en sus manos. Conociendo cuán fuertes siguen siendo los lazos familiares en la sociedad cusqueña del presente, me pregunto cuánto más lo habrían sido un siglo atrás; por tanto, imagino que mamá habría visto a su abuelo casi a diario, por algo vivían lado a lado. De Alejandrina Mesones, su abuela paterna, mi madre me había dado más detalles, aunque también muriera cuando Giralda tenía siete años. Me dijo que era delgada, de grandes ojos verdes, que la abrazaba con fuerza cada vez que la visitaba y la colmaba de los pastelitos que preparaba. También la recordaba como una mujer radicalmente religiosa que en cada visita la hacía arrodillar a su lado para rezar diez avemarías. Se había casado muy joven y de la docena de hijos que logró concebir, solo dos llegaron a nacer vivos: mi abuelo y su hermana Rolena. Alejandrina había muerto de un infarto fulminante a los setenta y ocho años.

Si uno se pregunta por qué hay gente a la que nadie en su familia quiere recordar, por qué han existido habitaciones durante decenas de años clausuradas, o por qué esas preguntas nadie las quiere responder o son fulminadas con una mirada o esquivadas con sutileza, uno termina encontrando que la respuesta es algo innombrable, porque cuando finalmente descubre qué es, no se halla capaz de tejer la combinación de palabras que pueda expresar la magnitud del dolor, vesania, miseria o terror que se esconde detrás. Y entonces uno empieza a divagar, tratando de entender otros sucesos que pueden haberse desencadenado como resultado de eso innombrable que de tanto callarse y esconderse ha reventado de otras maneras.

Quizás sea absurdo, pero desde que supe qué había detrás de la desmemoria de mi madre respecto de Julio César Loayza, a quien nunca le oí referirse como «mi» abuelo o «tu» bisabuelo, como quien

busca conjurar cualquier relación íntima de heredad con el mal; desde que supe quién fue, más allá del hombre alto y pálido que *finalmente* murió en 1907, he creído hallar algunas explicaciones a otras cosas. He llegado a creer que Alejandrina, su joven mujer, no quiso tener más hijos. Luego de haber dado a luz a dos niños saludables, perdió a otros diez porque de manera inconsciente, ¿o acaso deliberada?, se prometió no arriesgarse a legar al mundo una descendencia que pudiera replicar la entraña de su marido. Porque cuando mi madre se decidió a revelarme por qué me había dicho que 1907 había sido el año en que *finalmente* su abuelo paterno murió, me contó algo que ya no podría incluir en el árbol genealógico que hacía bastante tiempo había dejado de armar. Mi tercer hijo estaba por nacer, mi madre tenía setenta y un años y estaba llena de salud. Fue entonces que me explicó por qué en la casa de su infancia, en el tercer patio, hubo un viejo establo que permaneció durante un siglo clausurado.

En una de sus últimas visitas a su abuela, como siempre, Alejandrina la había abrazado fuerte, pero esta vez, mirándola a los ojos, le había dicho, como quien deja un testamento: «Acuérdate bien, Giralda, yo no sé si quiero que te cases o no; lo único que te pido, lo único que debes intentar cumplir conmigo, es que busques casarte con un hombre bueno. Y todavía más te voy a pedir. Acuérdate, Giralda, no te olvides de esto: incluso si te casaras con un buen hombre pero te viene a la cabeza que los hijos que vas a tener pueden ser gente mala, piensa, piensa, piensa y piensa que solo se trata de un mal sueño y ya verás cómo todo se arregla y podrás dar a luz simiente buena».

Mi madre me contó esto con estupor, su voz temblaba. Lo primero que me pasó por la cabeza fue que mi bisabuela habría sido una mujer bastante torpe como para hablarle así a una niña de siete años; luego me di cuenta de que a lo largo de su vida debió experimentar tal indefensión, que creyó que recomendar esas cosas a su pequeña nieta era la única arma que podía proporcionarle en caso de que le tocara un marido perverso. Más tarde entendí que había algo más. Quizás consideraba que, por el bien del mundo, debía evitar que esa niña, sangre de su sangre, pero además portadora de la sangre de su marido, pudiera arriesgar a generar más horror del que ya había sembrado su marido. Un personaje que dejó un gran vacío en el árbol genealógico que armé; sin embargo, alguien que había enmarañado los hilos de la historia que hoy intento desatar.

Invierno de 1849. Un líder indígena acompañado por su padre, su mujer y su hija de unos nueve años se aproximan al Cusco. La niña se amilana cuando pisan la ciudad de muros de piedra; la mujer adulta solloza, está aterrada; pero el paso firme de los dos hombres no se desalienta. Llevan un papel escrito, antiguo; conocen bien que ninguna denuncia que los siervos de las haciendas hayan presentado contra sus amos ha prosperado, pero allí tienen un papel de tiempos coloniales, y tienen otro más con la firma del cura de la parroquia vecina que confirma la validez del documento y la denuncia que van a presentar. Por fin llegan ante el juez; este los escucha: no han podido pagar los quintales de lana que adeudan por el uso de la tierra que arriendan al hacendado y les han incautado sus ovejas. Pero la denuncia va más allá: no deberían pagar ni un solo gramo de lana; he ahí que esos papeles recientemente descubiertos avalan a su comunidad como propietaria de las tierras que han estado trabajando gratis como si fueran ajenas; tierras comunales intangibles, como dicta ese documento colonial; tierras que les fueron arrebatadas en medio de las expropiaciones y repartijas que gente con influencias trajinó tras la independencia. No solo van a exigir la devolución de sus animales, sino además la reivindicación de esas tierras. El juez se escandaliza, asegura que se hará justicia, si bien les advierte que el proceso será largo. También los convence de la importancia de resguardar esos papeles en el arzobispado, algo de lo que él mismo se puede encargar. Después les pide que retornen al día siguiente. En cuanto se marchan, manda a dar aviso al dueño de la hacienda. Por la noche, este aparece con el capataz acusado de la incautación del ganado. El juez les entrega los papeles firmados por el cura de la parroquia, también el antiguo título de propiedad comunal. Ahí podría haber concluido la historia. Y eso hubiera sido lo habitual. Pero Juan Armando Orozco, dueño de una de las haciendas laneras más prósperas de la región, quería dar un escarmiento ejemplar. Y había alguien que le debía un favor.

Acompañado por su capataz, fue a solicitar el apoyo de un comerciante con negocios en franca expansión; he ahí la casona que acababa de adquirir. Julio César Loayza había invertido bien el dinero que su antiguo patrón le prestara seis años atrás. Se sorprendió al verlo llegar a tan altas horas de la noche, con grandes reverencias lo hizo pasar a la sala y ordenó a su joven esposa que mandara preparar una cena especial. Orozco rechazó la invitación con gentileza, requirió más bien hablar a solas. Una criatura lloraba, Julio César le indicaría que hacía cuatro años se había casado y que ya tenía dos vástagos: un

varón primero y la niña de seis meses que en ese momento estaba reclamando la atención de su madre. Orozco no debió demorar en comunicarle el motivo de su visita.

El juez le había hecho prometer que cualquier medida que adoptara la aplicara lejos de la ciudad y, sobre todo, lejos de su despacho. Solo cumplieron con lo segundo: la casa de Julio César Loayza distaba a varias manzanas de los juzgados centrales. A medianoche, seis hombres encapuchados entraron al tambo donde se habían hospedado los denunciantes, abonaron un fajo de billetes y dos damajuanas de aguardiente al regidor del lugar a cambio de que hiciera la vista gorda cuando se lanzaran sobre los cuatro durmientes. Los redujeron y los cargaron como fardos a lomo de tres caballos.

Con sigilo, abrieron la puerta de la casa. Todas las luces estaban apagadas; aun así, atravesaron rápidamente el primer patio y con cautela también el segundo. En el tercero, pudieron hacer más ruido. Julio César Loayza había ordenado a sus dos pongos y a la cocinera que esa noche durmieran en la cocina de la segunda planta.

Así como a mi madre le costó mucho arribar a lo que sucedió a continuación, al escribir esta parte de la historia, de nuestra historia, me doy cuenta de que quisiera explayarme y extenderme en los detalles previos, y luego callar, o decir sencillamente: «entonces pasó algo inenarrable». Porque no sé cómo narrarlo, porque siento un impulso por silenciarlo, porque a veces entiendo por qué a tantas personas en mi familia les tomó años de años atreverse a repetir con sus propias palabras aquello que conocieron de la boca de otros que durante décadas mantuvieron acallada esa historia.

Es mi turno, no sé cómo lo he de hacer, pero espero que esta vez, que quedará por escrito a la vista de mis hijos, el silencio cese y acabe también el recuerdo impune de quienes permitieron que eso ocurriera.

La puerta del establo fue abierta, pero los caballos no ingresaron a reposar en su lecho de paja. Orozco y sus cinco ayudantes encendieron varias velas para que todo quedase bien claro en la oscuridad de la medianoche. Retiraron la venda de los ojos de los dos hombres y la niña, pero no la mordaza de sus labios, ni desataron las soguillas de sus brazos; es más, los ataron a las vigas donde hasta hacía pocas horas estuvieron enlazados los animales.

Arrojaron a la mujer amordazada sobre la paja. Uno a uno, los seis hombres libres fueron tomando su turno para violarla. La escupían, le tiraban de las trenzas cada vez que se desmayaba. La niña

observaba con estupefacción, su padre y su abuelo apretaban los párpados para no ver; sus captores los obligaban a abrirlos.

«Prepárense, esto lo haremos con todas las mujeres de su comunidad», debió de amenazar el capataz de Orozco. «¿Por qué esperar?», debió de clamar su patrón. La mujer inconsciente fue atada a una columna. Desataron a la niña. Quiso correr junto a su madre. No la dejaron. Fue estirada sobre la paja y sobre ella volvieron a proceder, uno a uno: primero Juan Armando Orozco, el prominente hacendado; después, el excapataz convertido en comerciante acaudalado, Julio César Loayza, mi bisabuelo; el tercero fue el capataz del día, cuyo nombre podría ser el de muchos. La tarea la concluyeron los otros tres lacayos.

La madre volvió en sí, sus ojos enloquecieron. No podía gritar. La mordaza le estaba rasgando la boca y no conseguía despedazarla con los dientes. Mientras el patrón desfloraba a la niña, los demás captores bebían. Desconocían que, en el otro extremo de la casa, una criatura de seis meses había despertado y lloraba. Adormilada y enternecida, su madre se había levantado, se aproximó a su cuna, la tomó en los brazos y se descubrió el seno. Mientras la amamantaba, se dio cuenta del vacío de su marido en la cama. Se preguntó si algo grave habría ocurrido y habría tenido que acompañar a su antiguo jefe. Cambió de pecho; su hija tenía mucha hambre esa noche. Le pasó la mano por la cabecita, deseando amamantarla siempre, sentir su calor, garantizarle su protección.

En la caballeriza del tercer patio, la madre de la niña que estaba siendo por cuarta vez violada logró desatarse las manos, con ellas se liberó de la mordaza, empezó a gritar. No logró dar más que un alarido. Uno de los hombres que aguardaba turno con la niña la derribó de un puñetazo y su ira avivó su deseo: de nuevo estiró a la mujer sobre el suelo y volvió a violarla. La mirada de los dos campesinos cautivos intentaba perderse, pero otra vez les obligaron a abrir los ojos. Les resultó imposible no ver las llagas que se iban marcando en el sexo de la mujer y de la pequeña.

Alejandrina se asustó. Ese alarido lo había sentido como suyo, como si hubiera brotado desde sus entrañas. Empezó a temblar, pero deseaba saber por qué alguien había gritado de esa manera. Su hija aún no terminaba de lactar y esos minutos se le hicieron interminables. En cuanto colocó a la niña dormida en su cuna, se cubrió con una bata y salió de su dormitorio. Ni siquiera se puso los zapatos. Como una autómata, abrió la puerta de su casa y descendió las gradas hasta el primer patio. Sin detenerse a pensar por dónde

caminaba, cruzó el umbral del segundo patio y lo atravesó. Siguió avanzando, intentando apaciguar sus pasos, su respiración. Sin saber siquiera lo que estaba por ver, las lágrimas se le saltaban de los ojos. No entendía por qué tanto llanto se le estaba agolpando en el pecho, hasta que oyó gemidos y, a través de una rendija, descubrió que en el establo del tercer patio había luz, demasiada luz. Se aproximó. Lo que sus ojos primero divisaron al fijarlo por ese breve resquicio fue a un viejo indígena ahorcado en una viga. Ahogó el grito: casi frente a ella, pero sin verla, descubrió a su marido apagando para siempre otra luz: con el fuego de una vela estaba cegando los ojos de un hombre atado a un poste y se daba la pausa para asegurarle que nunca más tendría que ver cosas como las de esa noche. Alejandrina se había restregado los ojos y empezó a repetirse: «Es un sueño, es una pesadilla, es un mal sueño, es una horrenda pesadilla», como una letanía que pudiera conducirla de nuevo hasta su cama, hasta su niña, hasta darse cuenta de que se había quedado dormida mientras amamantaba y que sus pezones henchidos derraman leche. Abrió los ojos, se dio cuenta de que su pecho estaba humedecido, pero lo que vio enfrente fue a otra niña con las piernas abiertas, ensangrentadas, que, arrojada como un guiñapo sobre la paja, desprendía sus últimos estertores. Como si fuera una pesadilla interminable, Alejandrina no alcanzaba a gritar ni podía dejar de mirar: más allá distinguió a una mujer que permanecía aplastada bajo el cuerpo de un sirviente de Orozco. Finalmente Alejandrina aulló y cayó desplomada.

Por la madrugada, despertó en su cama, con fiebre. Sentada a su lado, la cocinera le dijo que seguramente le habría pasado el frío y le avisó que había estado delirando. Por lo visto, su marido la había encontrado tendida en el suelo de su habitación, aunque felizmente, antes de caer había dejado dormida a su hija en la cuna. De pie, en el umbral de la puerta, estaba él. Lo miró con espanto, lo llamó demonio y le pidió que se alejara. Julio César le sostuvo la mirada, le dijo que estaba muy preocupado por su salud y por las cosas que había pronunciado en su delirio. Luego añadió:

—Espero que no te estés volviendo loca. En tu trance has dicho cosas tremebundas. Debes cuidar bien lo que dices, porque si te estás volviendo loca, yo tendría que separarte de nuestros hijos.

En los días siguientes ella dejó de hablar, no quería salir de su habitación, apenas se atrevía a caminar hasta la cocina, siempre llevando a sus dos hijos consigo. Hubiera deseado creer que aquello fue una pesadilla, pero no podía olvidar que hubo un grito que la llamó desde el establo del tercer patio. Y que ella también gritó.

Una semana después se atrevió a bajar las gradas hasta el primer patio. Su marido la estaba esperando, le alcanzó la mano, caminó junto a ella. «No temas», le dijo, mientras la conducía al segundo patio y al tercero. Los caballos estaban tomando el sol. Julio César Loayza le mostró el establo. La pared que antaño evidenciara el barro de los adobes había sido recientemente estucada con yeso y afirmado el color con pintura blanca. Lucía impecable. Alejandrina se estremeció. Paredes níveas en un establo, como si algo oscuro, rojo, denso, oscuro, sangre, oscuro, gritos acallados pudieran ser olvidados.

—¿Por qué han pintado de blanco esas paredes?

—Para que en tus pesadillas dejes de gritar que ese sitio es puro espanto. ¡Mira todo lo que hago para que te sanes!

Alejandrina observó que la paja del suelo también había sido renovada. Volvió la vista a su marido. Nunca podría huir de él, ya había tenido dos hijos con ese hombre. Y aún eran niños pequeños, muy pequeños.

—Tú sabes que lo único que me podrá calmar es que cierres este cuarto para siempre.

Él obedeció.

Veintiséis años más tarde, cuando los recién casados Giraldo y Sara Loayza pasaron a ocupar la casa de los tres patios, fueron advertidos de que era mejor mantener clausurada esa estancia. A pesar de que él sí estaba enterado de que allí había ocurrido algo malo, prefirió creer la historia de que nadie sabía con exactitud de qué se trataba, pues acaeció en un remoto pasado; también le habían dicho que había fantasmas, que podía ser mera sugestión de los sirvientes, pero para tranquilidad de todos era mejor mantener esa puerta cerrada.

Yo estoy seguro de que mi abuelo Giraldo sabía que allí había ocurrido algo monstruoso en tiempos no tan remotos, pero eligió no indagar, como quien presiente que de hacerlo su vida se le hará más complicada, sin imaginar que de saberlo, probablemente, acaso, tal vez, quizás, en su vida hubiera dejado fluir su vena compasiva. Aunque supo que en ese establo ocurrió un infierno, decidió temerle de lejos, no acercarse para desentrañar su misterio. Al cabo de unas semanas, mi abuela Sara sí preguntó, buscó a su suegra, pero ella le dio evasivas. Transcurridos unos meses, volvió a preguntar: quería saber si en verdad ese lugar era de temer o si sencillamente era

sugestión de los empleados de la casa. Alejandrina le dijo que los lugares en sí nunca eran de temer, sino las cosas que los hombres son capaces de infligir a otros en ellos; afirmó que allí se había cometido un crimen abominable del que jamás se podría hablar y le advirtió que era mejor tener a las criaturas alejadas. Comoquiera que sus hijos iban creciendo y con ellos su curiosidad por aquella estancia, años más tarde Sara volvió a preguntar qué era eso que había motivado su perenne clausura. Su suegra ya había cumplido setenta años; bajo juramento le hizo prometer que a nadie le contaría lo que procedió a relatarle.

Mi abuela Sara, sin saber qué hacer con eso que acababa de conocer, durante bastante tiempo vivió abrumada por el horror. Tal vez nunca terminó de salir de ese pozo oscuro, pero en un momento dado consideró que, para emerger de nuevo, primero tendría que sumergirse hasta el fondo. Alejandrina le había dicho que desconocía qué destino corrieron los cadáveres del anciano y la niña, tampoco sabía cómo terminaron sus días los padres de esa criatura. En uno de sus viajes a San Salvador, desvió su ruta y viajó hasta Paucartambo. Tenía la esperanza de que alguien le informara sobre qué hechos se habrían sucedido en la hacienda de Orozco hacía más de cuarenta años. Su empeño no se vio decepcionado: el anciano sacerdote que atendía en la parroquia era el joven ingenuo que en 1849 diera la confirmación del acta de reivindicación de tierras comunales a esos líderes indígenas. Había pasado el resto de su vida arrepintiéndose, porque ni siquiera se le pasó por la cabeza acompañarlos hasta la ciudad para defender su causa. Si él hubiera ido, tal vez sus verdugos no se habrían atrevido a hacer lo que les hicieron. Con una venda en los ojos y apoyado en un bastón, el prometedor líder indígena había regresado ciego, sin su padre ni su hija, con su esposa enloquecida y el relato aterrador que empujó a la comunidad a perder toda fe y a sobrevivir en una atroz resignación.

17

Fue Rolena quien se decidió a contarle a mi madre lo que había pasado en la estancia prohibida del tercer patio. Ella era alguien que sí figuraba con detalles en el árbol genealógico que yo armara en 1967, cuando nació mi hija mayor. De Rolena Loayza, la única hermana de mi abuelo Giraldo, sí oí hablar y mucho. Era obvio: fue quien dejó en herencia a Giralda la casa de la plaza de Armas donde ella vivió sus dos matrimonios y donde yo mismo nací y crecí. Mi madre conservaba varias fotos suyas, una de ellas adornaba la sala de nuestra casa. De esta tía abuela conocía que había sido una mujer alta, poco expresiva en sus gestos, pero sumamente generosa en sus hechos. En el umbral de la vejez había decidido ser más libre. En cuanto sus padres murieron, abandonó la casa que compartió con ellos hasta los cincuenta y ocho años y con su herencia se compró otra más pequeña en el corazón de la ciudad. Gastó el resto en un largo viaje a Europa.

Rafael había muerto hacía varios meses y Giralda estaba luchando por no caer en el desaliento. Empezó a impartir clases de violín a cuatro niños que por las tardes acudían a su casa, pero lo único que parecía darle ánimos era apoyar al partido y a los amigos perseguidos de su marido. Rolena tenía ochenta y cuatro años y aceptó su invitación para vivir juntas. Al parecer, no lo hizo para que su sobrina cuidara de ella en la recta final de su vida, sino, por el contrario, para amparar a Giralda, pues temía que la suma de tristezas, como ya había ocurrido con Sara, terminara arrojándola a la muerte.

Una noche en que tomaban el té y hablaban de lo que fue, de lo que no fue, de lo que pudo ser, creyendo que tal vez le quedaba poco tiempo de vida y no debía irse con aquel secreto a la tumba, se lo contó. Rolena le contó la historia que le revelara su madre justo un día antes de morir. Y le contó la historia completa, pues mi abuela Sara, al descubrir que su cuñada también *sabía*, pocas semanas antes de suicidarse le había confiado los detalles ulteriores de la tragedia del establo.

Cuando Rolena encontró a su madre muerta en la sala y el médico confirmó un infarto, atribuyó el ataque cardiaco a las emociones que se le desataron por haberle revelado los crímenes de la estancia clausurada. Luego consideró que al verse liberada de ese secreto abrumador, al haberse desprendido de un peso que su marido debería haber cargado sobre sus espaldas, Alejandrina por fin logró abandonarlo: porque tras haberle revelado aquel secreto, tomando de la mano a Rolena, se había acercado a la cama donde yacía el cuerpo

paralítico de Julio César para comunicarle en un susurro:

—Nuestra hija ya lo sabe. Si durante años ha intentado respetarte pese a toda la soledad que ha sufrido por tu culpa, ahora está libre y puede repudiarte con ganas.

Rolena siguió atendiendo a su padre, buscaba su mirada en las horas en que lo acompañaba a almorzar y cenar, cada vez que le acercaba las cucharadas de sopa o papillas a la boca. Le aseguró a Giralda que no lo miraba con asco, que lo que más sentía era consternación. La sangre de ese hombre corría por sus venas; ella era delgada y alta como él. Le habían enseñado que los padres debían ser honrados hasta el fin de sus días; ella lo había hecho. Ahí estaba su padre, desde hacía una década paralítico, hasta hacía una década el hombre arrogante que se jactara de su coraje para hacerse solo, de haber empezado como simple capataz de haciendas para convertirse, todavía joven, en uno de los mayores comerciantes de la ciudad. Era el padre que le había prohibido casarse con un hombre que a los veinticinco años era tan pobre como él lo fuera a esa edad; el mismo que en su lecho de muerte podía confesar ante un cura que nunca había matado a nadie con sus manos, sin mencionar que había cometido agravios peores.

«No murió de viejo, murió de vergüenza», había sentenciado Rolena cuando le contó aquello a mi madre. Julio César Loayza no logró sobrevivir ni dos meses al deceso de su esposa. Y al igual que ella, Rolena tampoco quiso llevarse a la tumba la historia más infame de sus antepasados. Al final de su vida, también la relató palabra por palabra, sin darse cuenta de que, al hacerlo, iba ampliando la urdimbre de una estancia cerrada que abría respuestas y otorgaba significados a muchas de las cosas que le habían ocurrido en la vida y por las cuales se angustiaba. Alejandrina se habría preguntado, como lo hiciera su nuera Sara, su hija Rolena y también mi madre, como yo mismo me he preguntado: qué habría pasado, qué cantidad de dolor se hubiera evitado si aquello no hubiera sucedido, o si al menos tanta ceguera, tanto ultraje y tanta muerte no se hubiera acallado con la impunidad que entonces avalaba a personajes como Julio César Loayza.

Rolena sobrevivió más de un año a esta revelación. En ese tiempo, Giralda y ella fueron conjeturando cuántas cosas podrían haber sido distintas si la justicia hubiera funcionado. Para empezar, no solo imaginaron que Alejandrina hubiera vivido con la conciencia más tranquila y el cuerpo libre de un hombre al que despreciaba, sino que nunca hubiera tenido que concebir sin desear diez hijos que murieron

nonatos por su terror a que heredaran el mal de su padre. Giraldo, su hijo mayor, no habría absorbido la noción de la impunidad que le amparaba, tampoco habría tenido que luchar a perder por ganarse el respeto de la gente con más poder que el suyo, quizás se hubiera atrevido a ser un hombre más humilde y probablemente nunca habría violado a las mujeres que acudían a buscar sus préstamos. Quizás, también, habría permitido que Giralda se casara con Rafael sin desgarrarla para siempre de su lado.

18

En las Fiestas Patrias de 1945, mi madre estuvo feliz. En un frente político que incluía a los partidos antaño proscritos, José Luis Bustamante y Rivero había ganado las elecciones y en esa fecha asumió la presidencia. Esto permitió que Giralda observara el futuro con grandes expectativas, esta vez, un poco más fundadas en la realidad que en las ilusiones; de hecho, su amigo Sergio, después de años de trabajo arduo y persecuciones, se convirtió en uno de los diputados electos por el Cusco. Recuerdo su alegría aquel 28 de julio: emocionada, escuchó por la radio la juramentación del nuevo presidente, luego abrió una botella de champán y brindó con papá. Aquello llamó mi atención porque otros años a ella le costaba mucho celebrar esa fecha o disfrutar de los días festivos que venían a continuación. Por entonces, yo no tenía idea de que las Fiestas Patrias le rememoraban la trágica muerte de su primer marido.

Al día siguiente, teníamos previsto viajar temprano, en cuanto yo volviera de la preparatoria dominical a la que debía asistir para poder hacer mi primera comunión. Mientras tanto, ella fue a comprar panes de yema para el viaje. Como era un día feriado, se encontró con que ninguna de las panaderías próximas a casa estaba abierta. Recordó los varios hornos de leña que se ubicaban al fondo de la calle donde discurrió su infancia y en esa dirección empezó a caminar. Nunca supo si fue al verla pasar que él decidió asustarla, o si ya lo había decidido mucho tiempo atrás y en ese momento encontró la oportunidad pintada. Giralda estaba saliendo por el portón del horno. Entonces se chocó con él. La agarró por el brazo como un ave rapaz.

—Yo nunca te he olvidado, Giralda. Tú y tu gente habrán conseguido salirse con la suya, pero solo por ahora. Disfruten mientras dure, porque este país está hecho para la gente como yo, a este país le encanta que le impongan el orden, tarde o temprano voy a volver y ya verás cómo ese pueblo por el que tanto te preocupas nos va a aplaudir.

Giralda lo empujó.

—Vete nomás —repuso Ramón y le abrió paso—. Pero no olvides que yo no he olvidado. Antes de que te lo esperes, te vas a enterar de quién soy yo.

Mi madre salió de aquel lugar y aceleró el paso. Sin embargo, alcanzó a escuchar su advertencia:

—¡Cuida lo que más quieres!

Mientras estuvimos en Pisac, mi madre se mantuvo vigilante y nerviosa, pero fue al retornar al Cusco cuando su sobreprotección se hizo abrumadora. Ni siquiera los domingos en que asistía a la catequesis me dejaba ir solo, aunque nuestra casa estuviera muy cerca. Yo era el menor de mi clase en el colegio y me llamaban «bebito», por ello me mortificaba doblemente la presencia de mi madre y de mi hermana durante la hora entera que duraba la charla, así como las burlas de algunos compañeros porque me cuidaran tanto si para llegar a mi casa solo tenía que atravesar la plaza. Uno de esos domingos se lo hice saber. Ella me replicó con amargura: «¡Qué sabes tú de la vida!». Mi padre la amonestó, dijo que se estaba pasando de la raya, pues yo estaba por cumplir ocho años y me estaba tratando como a un bebé de pecho.

Mi madre se echó a llorar. Papá repuso que nos estaba haciendo un chantaje emocional, que debería reconocer que tanta sobreprotección era un absurdo y terminaría haciéndonos más mal que bien. Ella lloró aún más, pero igual se levantó y no dejó que me fuera solo. Nunca le contó nada de Ramón, como si creyera que sus temores quedarían aplacados en la medida en que no salieran de su boca.

Decidió enfrentarlo sola. Después de haberse pasado semanas enteras angustiada, al borde del colapso, se cansó, se hartó, retomó el coraje. Por lo visto, mientras mi hermana y yo pasábamos las horas en nuestros colegios, ella averiguaba dónde podía encontrarlo. Descubrió que, sin ningún gobierno brutal que requiriera sus servicios, se había dedicado por completo a otro negocio turbio que manejaba a través de una tienda en su propia casa. Mamá fue a buscarlo para preguntarle por qué no la dejaba en paz. Si su respuesta era una afrenta, lo amenazaría: le diría que era él quien tenía que cuidarse, pues antes de permitir que hiciera algo a sus hijos, ella lo mataría. Y si aquel hombre intentaba reducirla, ahí, en el fondo de su cartera estaba el revólver que comprara en el mercado negro años atrás, cuando Rafael murió, cuando ella se quedó viviendo sola y creyó necesario tener un arma a mano, fuera para protegerse o para matarse si no lograba sobrellevar la tristeza.

Avanzó con decisión por la calle de su infancia. Al pasar por la casa de los tres patios, ralentizó la marcha, elevó los ojos, observó el amplio balcón de la sala que miraba a la calle; la nostalgia estaba viva, su madre estaba muerta, su padre también había muerto hacía muchos años. Esa casa nunca más volvería a ser suya, pero las

imágenes de su infancia brillaron en sus pupilas. De niña había querido salir de esa casa para conocer la noche afuera, para jugar con los niños que vivían en el fondo más fondo de esa calle, incluido aquel niño taciturno que una noche le enseñara a disparar las canicas usando como gatillo el dedo gordo del pie, el mismo que luego la fue odiando y al que ahora iba a enfrentar: un hombre a quien no dudaría en disparar si es que se atrevía a hacer daño a quienes más amaba.

Siguió caminando, inclinó la cabeza para saludar a una costurera amiga de su madre que bajaba por la acera de enfrente acompañada por su hijo. Eran las once de la mañana, pleno día. La calle estaba concurrida, no había peligro que temer; además, tendría tiempo de sobra para a la una de la tarde recoger a Sara de su colegio y para recogerme a mí media hora después. Le habían dicho que la casa de Ramón destacaba por el contraste de su color verde con el granate de las puertas abiertas de la tienda. Antes de entrar, Giralda se aseguró de que hubiera algún cliente dentro; no se arriesgaría a meterse como un corderito en ese lugar y encontrarse a solas con él. Se sonrojó porque tampoco esperaba ver que a esas horas de la mañana hubiera tanta clientela en esa tienda de abarrotes. Miró a un lado y al otro, incluso reconoció a un amigo de su marido que, al verla, la saludó con un gesto rápido y se marchó. No faltaba nada importante en las estanterías: había galletas, conservas, licores, aceites, fideos, chocolates; en la barra del mostrador, botes de caramelos de diferentes colores y una moderna balanza; y en los laterales, dispuestos en hilera sobre el suelo, varios costales de harina, azúcar, arroz, quinua, trigo. Pero Fermín-Ramón no estaba por ningún lado, ni nadie atendía detrás del mostrador en ese momento. Empezó a ponerse nerviosa, simularía que era una ingenua mujer que solo se hallaba buscando víveres. De pronto, por una puerta interior, apareció ella.

Giralda retrocedió unos pasos. Se quedó deslumbrada ante la belleza de esa mujer.

Blanca también se sorprendió al verla. Frotó sus manos en su falda y avanzó hasta el mostrador. Antes de atender a cualquier cliente, le preguntó a Giralda qué se le ofrecía.

Varias veces oí decir a mi madre que nada era totalmente blanco o negro, pero que, lamentablemente, ella conocía bien de gente que por donde quiera que se la mirara destilaba ponzoña, que si alguien escribiera una novela sobre personajes así, parecería exagerado, cursi. Muchos años después, entendí a quién se refería.

Allí estaba esa joven detrás del mostrador. No tendría más de veinticinco años: alta, la cintura estrecha, las caderas y los pechos abundantes, los ojos almendrados protegidos por tupidas pestañas; el carmín intenso de sus labios y el azabache de sus cabellos resaltaba aún más la claridad de su piel. Calzaba tacones altos y vestía demasiado elegante como para atender el mostrador de una tienda de abarrotes cualquiera. Se trataba de un negocio al que no acudía ninguna mujer respetable. Estaba llena de jóvenes que contemplaban a Blanca mientras se trasladaba de un lado a otro para despachar los comestibles que a veces le solicitaban en venta; jóvenes y adolescentes que la deseaban de lejos cuando ingresaba a un depósito interior con alguno de los clientes que podía pagar los productos más caros, luego de haber tocado tres veces un timbre ubicado junto a la balanza y de haber abonado la tarifa que correspondiera a Fermín-Ramón, que solo se dejaba ver en la tienda en esas circunstancias. El resto del día lo pasaba en una habitación lateral afinándose el bigote frente al espejo, engrasando sus armas, durmiendo o leyendo y releyendo infinitas veces su colección de revistas sobre las mejores batallas del mundo.

En efecto, era cierto lo que hacía unos meses les había oído comentar a Miguel y Andrés, cuando aún fugitivos en tiempos de represión, se habían refugiado en su casa de Pisac: que el canalla de Fermín-Ramón, uno de los torturadores y soplones más famosos de las dictaduras, cuyo verdadero apellido evitaban pronunciar para no deshonrar la memoria de Rafael, estaba explotando a una hermosa joven en la tienda de abarrotes que había establecido en su casa. Nadie entendía cómo había podido conseguir que esa mujer cayera en sus manos y hubiera terminado manteniéndolo gracias a los servicios sexuales que brindaba sobre una cama dispuesta en el depósito de víveres. Decían que era arequipeña, que él la había seducido haciéndose pasar por un hidalgo caballero cusqueño y que tras llevársela al Cusco sin cumplir la promesa de casarse, poco a poco ella terminó convertida en su negocio. Al parecer, cuando Fermín-Ramón perdió su trabajo de esbirro con el cambio de gobierno en 1945, la obligó a intensificar su trabajo.

Giralda permanecía lívida. Frente a esa mujer, de nada le servía el revólver que llevaba dentro de su cartera. Balbuceando, extrajo su monedero y le pidió que le vendiera una cajita de fósforos. A Blanca se le olvidó dónde se guardaba esa mercadería; nerviosa, empezó a caminar de un lado a otro del mostrador, abriendo los diferentes cajones. La paciencia de un cliente que aguardaba su turno antes de Giralda se agotó. Tenía pinta de forastero recién llegado de un largo viaje a caballo: sus botas y sombrero estaban cubiertos del polvo y su mano grande y curtida tres veces pulsó con fuerza el timbre ubicado

junto a la balanza. Giralda aún no sabía qué significaba eso, pero Blanca ya había encontrado los fósforos y, al escuchar ese ruido largo, agudo, penetrante, de un salto colocó la cajita frente a su insólita cliente. Abochornada, en un susurro le comunicó el precio a pagar. Giralda extrajo la cantidad requerida de su monedero. Cuando de nuevo elevó la vista, se dio cuenta de que Fermín-Ramón ya había aparecido. Como si no la hubiera visto, él atendió al cliente impaciente. Como siempre, cobró por adelantado los servicios solicitados y con un solo gesto de su cabeza ordenó a Blanca que condujera al forastero al depósito. Giralda empezó a temblar, puso sus reales dorados sobre el mostrador y tomó la cajita de fósforos. Mientras la colocaba en su cartera, se dio cuenta de que el estupor se había devorado su coraje.

—¡Fuera de acá, vagos!

En un santiamén, el bramido de Ramón despejó la tienda de su clientela juvenil.

La mano de Giralda se había quedado dentro de su cartera. Ella estaba sudando, pero lograba tocar el frío metal de su revólver. Respiró hondo y, sin titubear, advirtió a Ramón que si proseguía amenazándola lo denunciaría, y si se atrevía a tocar a sus hijos, lo mataría.

Él la miró con asombro, no le respondió nada. Giralda dio media vuelta y se marchó.

19

Es probable que antes de que Giralda fuera a enfrentarlo, Fermín-Ramón ya hubiera estado vigilando sus movimientos, porque conocía bien que la mañana del 30 de agosto a mí me tocaba hacer la primera comunión. En medio del tumulto de saludos familiares que siguió a la ceremonia en la que medio centenar de niños habíamos comulgado por primera vez, él se le acercó. En un murmullo, le advirtió que ya había llegado la hora. Y desapareció en medio de la gente.

Mi madre pasó el resto del día inquieta. Mientras los tíos y primos mayores que acudieron a casa para la celebración charlaban en la sala tomando sus copas de vino y los más pequeños jugábamos a gritos por los corredores, ella ofrecía una sonrisa notoriamente forzada. A cada rato abandonaba la sala para echarnos un vistazo y repetía a las empleadas que no abrieran la puerta a ningún desconocido. Después de almorzar, algunos invitados le pidieron que tocara unas piezas con su violín. Mamá se turbó, les dijo que se sentía nerviosa y que no le saldría bien ninguna melodía. Un primo de mi padre insistió en la petición, dijo algo como que era un día alegre y la música nos animaría a todos. Ante el inminente inicio de una fiesta de adultos en la sala, los niños nos apresuramos a retomar nuestros juegos en el corredor. Desde allí, escuché la pieza que mamá empezó a tocar. Parecía un funeral. Los invitados no demoraron mucho en marcharse, llevándose consigo a los primos con los que Sara y yo habíamos estado jugando. Está claro que la irritación de Giralda no solo la había percibido yo ni solo me había incomodado a mí.

Mis padres volvieron a discutir esa tarde. Papá le preguntó qué le estaba ocurriendo, pues no era justo que estuviera incordiando a todo el mundo con su mal genio; si algo malo le estaba pasando, le pidió que por favor se lo confiara. Mamá no abrió la boca; él descolgó su saco y su sombrero del perchero y anunció que saldría a dar una vuelta. Ella se echó a sus brazos, le rogó que se quedara en casa, le confió que tenía mucho miedo pues últimamente estaba teniendo malos presentimientos.

—¿Qué presentimientos son esos, Giralda? —preguntó él.

Mi hermana y yo también nos quedamos mirándola, aguardando su respuesta. Ella recién pareció percatarse de nuestra presencia. Desde que empezaron a discutir, nosotros nos habíamos quedado paralizados en nuestro juego, sobre el suelo del corredor.

—No me vas a entender, Mateo —repuso mamá con la voz quebrada.

Mi padre se apoyó en el balcón y la mirada se le perdió en el cielo encapotado de aquella tarde, hasta que del perchero también descolgó su bufanda y se marchó.

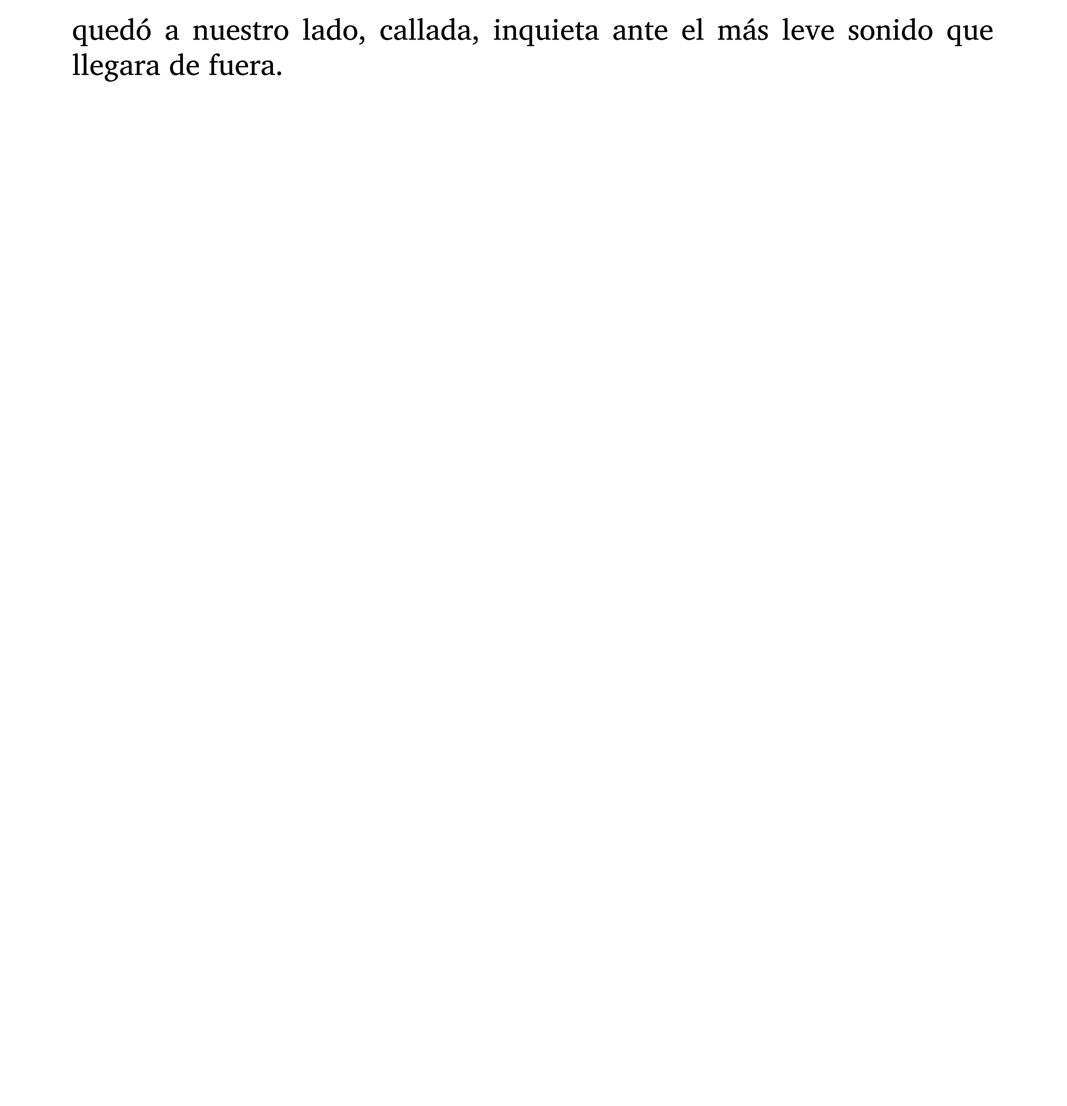
Cuando ya estuvo abajo, en el patio, mamá atinó a pronunciar:

—¡Por favor, vuelve pronto!

Pienso en mi padre, en cuánto la quiso, en qué rápido se enamoró de esa viuda que durante tres años había considerado que jamás se casaría de nuevo, una mujer en la que seguía latiendo una tristeza que él no sabía cómo curar, aunque ella también expandiera una música y un coraje que en momentos parecía inagotable. Acaso así como durante varios años yo percibía que mi madre agazapaba penas detrás de sus sonrisas, lo que él descubrió al conocerla era que detrás de esa mirada triste y quieta había algo poderosamente vital. Debió de sentirse satisfecho, feliz, cuando en sus siguientes encuentros ella volvió a reír, muchas veces a carcajadas. Y la debió hallar aún más hermosa cuando fueron naciendo sus hijos y ella extrajo un brillo que parecía avivar cada objeto en el que posara su mirada. Él podía entender los arranques de sobreprotección con los que en ocasiones nos abrumaba y pudo sobrellevar las veces en que los rezagos de sus antiguos temores y nostalgias la volvían a ocupar; pero en esas semanas de 1945, esos rezagos parecían haberse multiplicado hasta sobrepasarla, dejando replegadas la alegría y la calma a diminutos instantes. Imagino que se sintió profundamente triste, decepcionado; sin entender las amenazas y terrores que la atribulaban y de los que pretendía defender a los suyos, mi padre atribuiría su creciente abatimiento al hecho de que seguía enamorada de su primer marido y no dejaba de añorar la vida que tuvo con él. Y esa penúltima tarde de agosto debió marcharse de casa pensando que a él nunca lo amaría como a Rafael.

Llegó la hora de acostarnos. Afuera había empezado a nevar, hacía bastante frío y mi padre todavía no regresaba. Cada noche mamá nos arropaba en nuestras camas y no se marchaba de nuestro lado hasta que, tras convocar al ángel de la guarda y compartirnos cuentos o canciones, nos quedábamos dormidos. A veces solo nos daba dos besos, apagaba la luz y se iba directo a su habitación. Aquella noche todo fue diferente: nos hizo arrodillar al pie de nuestras camas y ahí los tres rezamos varias veces todas las oraciones conocidas. Cuando nos acostamos, no nos contó cuentos ni cantó, pero igual se

quedó a nuestro lado, callada, inquieta ante el más leve sonido que llegara de fuera.



Parte 3

La sangre en la nieve

El resultado de las autopsias indicaba que las balas fueron disparadas a quemarropa y que, antes de morir, dos de los occisos bebieron un alucinógeno. Los cuatro muertos eran amigos, hallaron sus cuerpos derribados entre el laberinto de rocas próximo a la chincana grande de Sacsayhuamán. Nadie entendía qué había ocurrido: no presentaban golpes ni señales de forcejeo, sus extremidades estaban libres, solo uno de ellos mostraba en sus muñecas signos de haber sido maniatado, pero ninguna atadura las sujetaba cuando un pastor los descubrió. La nieve, así como las huellas del pastor y sus cuarenta ovejas, habían trastornado el rastro que otras personas pudieran haber dejado. Únicamente la sangre que brotó de las sienes de esos muchachos, convertida en largos torrentes de escarcha roja, mantuvo la intensidad de su color hasta el día siguiente. Nadie entendía qué había ocurrido; pronto empezaron a circular dos hipótesis que no tardaron en aceptarse como certezas. Se planteó la posibilidad de un suicidio colectivo inducido por una droga, dado que junto a los cadáveres se halló una botella vacía con restos de floripondio macerado en aguardiente. El hecho de que sus manos no retuvieran manchas de pólvora dio lugar a la especulación de que estas fueron borradas por algún efecto extraño de la nieve y el viento de la víspera. La otra hipótesis, más morbosa y más aceptada entre la gente, fue que uno de los muertos, Gabriel Méndez, habría preparado una emboscada para los otros tres y los mató uno a uno antes de suicidarse, porque su mano derecha se hallaba aferrada al revólver homicida. Y comoquiera que Gabriel Méndez era un joven dedicado al dibujo y la escultura, pero sobre todo porque sus rasgos delicados y sus gestos tersos ante media ciudad le habían granjeado la fama de afeminado, comenzaron a correr los rumores de que había sido un crimen pasional por el que aquel joven de veintiún años habría asesinado a los tres hombres de los que estaba enamorado; noticia que dio lugar a nuevas elucubraciones en las que aparecían orgías, alucinógenos, celos, perdición, amantes despechados de Gabriel que cometieron el asesinato, así como un año atrás habían matado a otro pervertido, hasta llegar a pronunciarse en muchos labios: «Bien merecido lo tenían», «Mejor que esa gente depravada yazca bajo tierra». El hecho de que un gobierno al que apoyaban estuviera al mando del país veló la sospecha de otras causales. Ya no importaba que los cuatro hubieran sido grandes amigos, o que tres de ellos hubieran sufrido persecuciones durante el régimen anterior, ni que aquel al que acusaban de asesino jamás en su vida hubiera tocado un arma como para haber adquirido la pericia que permitió disparar con perfecta precisión una bala en la cabeza de cada uno de sus tres

amigos y, al final, en su misma sien. Pasaron las semanas, pasaron los meses, pasaron los años y las versiones sobre un móvil pasional fueron las que se expandieron como la verdad de los hechos.

Último día de agosto. Sara y yo nos levantamos con el primer canto del gallo. Nos habíamos dormido esperando que a la mañana siguiente la ciudad amaneciera blanca y, si así fuera, queríamos jugar con la nieve antes de ser conducidos a nuestros colegios. Jamás ninguno de los dos había visto el Cusco nevado; con los pijamas puestos, corrimos a la sala y desde sus balcones vimos cómo la plaza de Armas y todos los templos, edificios y montañas que la rodean estaban revestidos de un blanco brillante. Sin pensar en bañarnos o en desayunar, en competencia nos vestimos. Mamá apareció en la puerta de nuestro cuarto, ella todavía estaba en bata. Nos preguntó a dónde creíamos que estábamos yendo. Sin mediar vocecitas tiernas que obtuvieran el permiso para salir, a mi hermana le sobrevino una pataleta perfecta. De este modo, a los diez minutos ya estábamos jugando en la calle; eso sí, vigilados de cerca por Amalia, nuestra ama.

A las seis y media de la mañana, éramos dos entre otras decenas de niños, jóvenes y adultos que aquel día habían madrugado para disfrutar de una profusa nevada que había vuelto a derramarse sobre nuestra ciudad después de doce años. He ahí que alrededor de la pileta central unos armaban osos, otros caballos y cabezotas de gigantes de tres ojos; mientras alrededor, los demás nos dedicábamos a perseguirnos arrojándonos bolas de nieve. En un momento me distraje del juego y dirigí la vista a mi casa: los balcones estaban vacíos, pero en la ventana del desván del tercer piso pude distinguir la mirada atenta de mi madre, que ni a esas horas parecía abandonar su obsesión por vigilarnos. Una bola de nieve cayó en mi cabeza, entonces volví a correr, a saltar, a agacharme para recoger más nieve y armar mis proyectiles. Seguíamos jugando cuando vimos que el ama de otro niño se apresuraba desde algún lado impreciso y exclamaba palabras que hablaban de muerte. Amalia se llevó las manos a la cabeza, miraba hacia un lado y al otro hasta que, por la cuesta del Almirante, vimos bajar a otro chismoso a toda prisa, dispuesto a ser uno de los primeros que difundiera la noticia entre la gente que en breves minutos saldría de la segunda misa de la Catedral. Los niños que habíamos estado jugando con entusiasmo nos olvidamos de la nieve y corrimos a escuchar eso que se empezaba a proclamar en voz más y más alta: que esa madrugada un pastor de ovejas había encontrado a cuatro jóvenes muertos a tiros en Sacsayhuamán.

Todos repetían lo mismo, nadie daba más detalles. Volví a mirar al desván, ahí seguía mi madre. Entonces corrí para avisarle. Afuera

seguía nevando y ella estaba triste. Apenas me prestó atención, me dijo que ya era hora de que fuera a desayunar. Yo bajé corriendo, estaba seguro de que Luzmila, la cocinera, reina de chismosas entre las chismosas, ya tendría recopilada más información. Al pasar por el cuarto de visitas, vi que la puerta estaba abierta y que la cama del fondo estaba descubierta. Cuando entré al comedor vi que ahí, sentado frente a una taza de café con leche, estaba mi padre.

21

Mi madre volvió a encontrarse con Fermín-Ramón tres años después. Él la volvió a buscar entre la muchedumbre, un sábado en que ella hacía las compras con Luzmila en el mercado. Al día siguiente se iniciarían las fiestas de Todos los Santos, así que, alrededor de los puestos de manteca, había más clientes de los habituales, cada cual tratando de asegurarse una abundante provisión para la elaboración de los tamales típicos de esas fiestas de vivos y muertos.

El 2 de septiembre de 1945 Giralda había acudido a dos entierros: uno por la mañana y otro por la tarde. A pesar de que los padres de Eliecer y Miguel no admitieron los supuestos de que sus hijos se habían matado entre sí por motivos pasionales, tampoco redujeron sus recelos respecto a que Gabriel, aunque no hubiera sido el homicida, por su condición de homosexual sí habría tenido algunas amistades peligrosas que por celos provocaron los asesinatos que estaban llorando. No hubo acuerdo para hacer un entierro conjunto de los cuatro amigos en una misma ceremonia. Eliecer, abogado de veinticinco años, y Miguel, historiador recientemente egresado, de veinticuatro, fueron enterrados lado a lado.

Más desolada estuvo Adelina Andrade, abogada de los comités de artesanos, tía convertida en madre del estudiante de Biología Andrés Andrade, de veintitrés años, también asesinado aquella noche. No consiguió convencer a los padres de Eliecer y Miguel de que reivindicaran la memoria de los cuatro chicos celebrando un entierro conjunto y silenciaran las voces que murmuraban que habían muerto por una mera rencilla pasional, echando un velo sobre sus compromisos políticos, nublando el hecho de que por ese motivo a su edad ya hubieran pasado varios meses de su vida perseguidos y alguna vez detenidos. A Adelina sobre todo le había dolido la reacción de Fortunato Leal, el padre de Eliecer. A él lo conocía desde que era una estudiante de Letras, una de las primeras mujeres en ingresar a la universidad. Fortunato, que la había adoctrinado en política y había sido un hombre perseguido y calumniado, en medio de la peor desgracia no se había colocado por encima de la afrenta y del asesinato de sus hijos, solo estaba extrayendo división y amargura. Mientras enterraban a Gabriel y Andrés, se aferró al brazo de Susana de Méndez. Sin ganas de pronunciar ningún discurso político, al echar la última rosa roja sobre el ataúd de su hijo invocó al advenimiento de la verdad. Un año más tarde, la verdad que aguardaba seguía escondida, el caso fue cerrado y la familia Méndez decidió regresar a su Tacna natal. Adelina, por su parte, se marchó a vivir a Puno.

Gabriel fue enterrado en el camposanto, al lado de Andrés. A sus padres, muy pocos amigos los arroparon. Gran parte de la multitud que aquella tarde acudió al sepelio estaba acompañando el duelo de Adelina. La gente había sido implacable con Gabriel a la hora de buscarse historias truculentas. Sobre su cadáver echaron velos de responsabilidad por la muerte de sus amigos; unos amigos que admiraban sus dibujos y esculturas, que lo habían incluido en sus tertulias aun cuando por esa amistad alguna gente los tildara de maricones. A pesar de todo, iba a ser enterrado junto a Andrés, el amigo al que más admiraba, el hermano de Alina, su compañera en el instituto de Bellas Artes. Ambos le habían abierto las puertas de su casa y le descubrieron la variedad de pinturas que la adornaban: numerosos óleos de artistas desconocidos y otros de pintores que con los años se habían hecho célebres. Ahí estaba ese cuadro de un entierro en medio de la nevada, donde Andrés y Alina rodeaban a esa señora triste a la que Gabriel conocía de vista. Y en esa casa amiga, en una esquina de su sala, le pareció reconocerse en la escultura de un arcángel que nada tenía que ver con los angelotes con yelmo y arcabuz, coloridos y engalanados con pan de oro, característicos de la Escuela Cusqueña y de sus imitaciones. Era un arcángel niño esculpido en sal y arcilla blanca, un arcángel que reía a carcajadas, como si le hiciera gracia cómo escapaban sus rizos abundantes por debajo de la caperuza; esa versión del arcángel Gabriel que muchos años atrás, antes de marcharse de vuelta a su país, el escultor Orestes Barico obsequiara a los hijos pequeños de Adelina Andrade.

Como quien también se aproximara a comprar sus libras de manteca, Fermín-Ramón apareció de perfil junto a Giralda. Sonreía. Al mirarla a los ojos, su sonrisa se abrió más todavía:

—Pobres idiotas —susurró—. Murieron creyendo que asistían a un homenaje secreto para Rafael.

Giralda se aturdió, pero no le respondió. Luzmila había logrado aproximarse al mostrador del mantequero y ella se había quedado atrás, muy atrás.

—¿Por qué todos ustedes lo quisieron tanto? —prosiguió Fermín-Ramón—. Niñitos bien, estúpidos, que a falta de conocer la crudeza de la vida se buscaron problemas con la pretensión de hacer mundos mejores. ¿Qué se han creído ustedes, Giralda?, ¿que pueden ir dando lecciones de valentía? ¡Qué se han creído! ¿Por qué tanta ansia por ganarse títulos de redentores? Nadie se lo ha pedido.

—A mí no me dirijas la palabra, canalla —replicó Giralda en voz

baja, irguiéndose sobre sus pies para ver si Luzmila ya le habría tocado el turno de comprar la manteca.

—No seas descortés conmigo. He venido para aclararte dudas, para que sepas por qué murieron tus tres amiguitos y el mariconcito.

A Giralda se le abrió la boca. Había considerado que Fermín-Ramón pudo estar implicado en ese asesinato, incluso había confiado sus sospechas a Adelina; pero ella, que era abogada y estaba convencida de que hubo un móvil político detrás de la muerte de su hijo, le había dicho que aunque fuera una posibilidad consistente, no había pruebas. Giralda podía denunciar las amenazas que recibió de aquel hombre; sin embargo, estas estuvieron dirigidas a su familia y los muertos habían sido otros.

—¡Fuiste tú! —exclamó Giralda.

—Calma, calma, vamos a esa esquina y te aclaro las cosas —sugirió Fermín-Ramón.

Giralda elevó la voz para indicar a Luzmila que mantuviera su sitio en la cola. Luego lo siguió. Alejados unos metros de la multitud, pudo escucharle hablar con rigor:

—Andrés Andrade esperaba que tú fueras, Giraldita. Y tú nunca apareciste. Eso no se hace, porque fue idea tuya que se reunieran de modo secreto en aquel sitio para recordar a Rafael el día de su cumpleaños. Le prometiste que le entregarías un gran regalo que mi tío le habría dejado a ese mocoso.

—¿De qué estás hablando?

—Lo que oyes, idiota. Escribiste pidiéndole que se encontraran a las seis de la tarde y que todo debería mantenerse en secreto. Pero Andrés no cumplió, quería a alguien más en ese homenaje. Y los otros también se convocaron entre sí por escrito, cada cual en secreto, a horas esparcidas.

—¿Qué estás diciendo? —replicó Giralda, sin entender nada.

—No faltó ninguno. Tontos más que tontos; como si yo, el capo de los capos, no estuviera enterado de las clavecitas con las que se comunicaban cuando hacían sus actividades clandestinas. Tu gente es demasiado tonta, Giralda, ¡se pasan de tontos!, y a nosotros nos creen idiotas. Ustedes que al cabo del tiempo perdonan, se olvidan de que nosotros no olvidamos.

Giralda estaba sudando.

—¡Qué se creían esos mocosos!, ¿que yo iba a olvidarlos? Ya nos habían dado bastantes molestias con sus jueguitos de valientes e incorruptibles. Y ahí estaban, el día que tuvimos que abandonar nuestro cuartel de operaciones, ahí estaban esos cuatro amiguitos. Se habían organizado con otro montón más y nos esperaban en la puerta de salida para hacernos callejón oscuro y humillarnos en plena calle, escupiéndonos, insultándonos de bazofia, ladrones, asesinos, cobardes cuando no tienen el poder. Esto último no nos gustó nadita de nada. Había que demostrarles que, aunque ya no estuviéramos en el poder, manteníamos las agallas. Y yo sabía bien por dónde podía cogerlos y sabía bien con quiénes podía contar. Yo te advertí, Giralda, yo te previne, te dije que yo no olvido.

—Y yo te voy a acusar, asesino —carraspeó Giralda.

—¿Tú?, ¿acusarme a mí?, ¿de qué? ¿Qué vas a decir? ¿Por qué no empiezas a gritar ahorita mismo? Yo diré: «Está señora está loca». ¿Quién te va a creer? ¿Los padres de esos mocosos, la enamorada de Eliecer que le sigue llorando? ¿Qué pruebas les darás? Nadie sabrá jamás qué pasó exactamente. Ni tú. Solo yo lo sé y no te voy a dar detalles. Ni tonto que fuera. Anda, pues, anda y di que aquello no fue un lío por mariconadas. Yo sí puedo hacer aparecer la notita que tú le mandaste a Andrés y hasta tu amiga Adelina sospechará de ti. Conozco tu letra como si fuera la mía, Giraldita. Además, ¿qué juzgado se va a acordar ahora de esos muertos? Han pasado tres años, mi gente ha vuelto a tomar el mando con ganas y el pueblo nos ha recibido con vítores. ¿No recuerdas que te advertí? Te lo dije, la gente de este país prefiere la mano dura, a los que van de puros los pueden apreciar un rato, pero como no hacen milagros, los desprecian rapidito y vuelven a aclamar eso a lo que están acostumbrados: pan, circo y mano dura. En el fondo, Giralda, a todos les gusta que los pongan en su sitio.

—Más tarde o más temprano vas a pagar por esto.

—Ah, ¿sí? Antes de que tú me hagas algo, tendrías que vigilar bien a tus mocosos. Te estoy demostrando que puedo hacer lo que me dé la gana. Y no estoy solo, Giralda.

En los meses siguientes, mi madre observó que Fermín-Ramón de nuevo caminaba altivo por las calles. Y ella volvió redoblar la vigilancia sobre su familia.

Tarde o temprano, mi hermana y yo también teníamos que pasar por allí. Ocurrió cuando murió Margarita Juárez, una costurera que terminó siendo una de las pocas amigas íntimas de mi abuela Sara. Mi padre estaba de viaje, así que Giralda nos pidió que la acompañáramos al velorio. Empezamos a subir por la calle de su infancia; al pasar por la vereda de enfrente de la casa de los tres patios, nos recordó que esa era. Seguimos caminando dos, tres, cuatro cuadras más. Antes de llegar al domicilio de la difunta, debíamos pasar por una peculiar tienda de abarrotes. No sé por qué lo hizo, pero no seguimos de largo: mi madre nos apretó por los codos y dijo que necesitaba comprar algo.

Entramos, pues, en esa tienda donde solo había jóvenes que, sin comprar nada, contemplaban embobados la belleza de la dependienta. Recuerdo que a mí me perturbó la generosa hendidura que su escote dejaba entrever en su pecho. Mientras nosotros tres nos acercábamos al mostrador, todos esos hombres se marcharon.

—¿Qué se les ofrece? —preguntó la vendedora.

Mi madre nos soltó. Sin pronunciar palabra, se metió por detrás del mostrador y la estrechó entre sus brazos, fuerte. Aquella mujer empalideció, parecía petrificada, incapaz de pronunciar una palabra; de sus largas pestañas empezaron a rodar lágrimas.

Cuando salimos de la tienda sin haber comprado nada, mi madre nos explicó que esa señora estaba sufriendo mucho; le habían contado que había padecido grandes pérdidas y que por eso había querido trasmitirle el pésame por su duelo. No entendimos bien, pero tampoco preguntamos más: ya estábamos en la puerta de entrada al velorio de la señora Juárez.

Yo creía que esa había sido la única vez que mi madre se encontró con esa mujer de piedra, hermosa y triste.

Durante años también creí que el establo de la casa de los tres patios habría permanecido para siempre sellado tras la muerte de mi abuelo y las disputas que se sucedieron entre sus herederos por la posesión de esa casona.

La nieve ya había cubierto las calles; a través de las ventanas se escuchaba el silbido del viento, como en un cuento de terror. Al verlo listo para salir, su madre dejó sobre el sofá la chompa de alpaca que le estaba tejiendo y se levantó. Le pidió que se quedara en casa, señaló que hacía demasiado frío y podría acatarrarse. Gabriel sonrió, como si al abrir los labios ya estuviera abriendo la puerta. Susana intentó reconvenirlo aduciendo que probablemente ninguno de sus amigos acudiría a una tertulia en un día de fiesta, menos aún en una noche helada. No le dijo que, más que el frío, le seguía preocupando que saliera solo a esas horas porque temía que le sucediera lo mismo que a Alejandro Portal, el joven homosexual a quien el año anterior un grupo de hombres había emboscado en una callejuela desolada para marcarle la cara bonita con cinco navajazos antes de tajarle la yugular de un solo trazo. Aunque en su familia se había comentado poco este crimen, el temor quedó colgado de las paredes de su casa más que en cualquier otra. Porque al igual que Alejandro Portal, Gabriel no podía vivir en paz con sus gestos suaves, con su voz infantil ni con sus largos rizos sueltos; era bien sabido que aquel homicidio fue declarado caso cerrado sin que se hubiera sancionado ni identificado a ninguno de los asesinos.

Gabriel intentó aliviar a su madre. Apuntó que la tertulia se celebraría en la tetería de siempre, así que no debía inquietarse por la amenaza de un catarro. Le dio un beso en la mejilla y salió apurando el paso. No le avisó que la cita era en Sacsayhuamán y sí le preocupó estar saliendo con retraso. No obstante, al llegar a la plazoleta de Nazarenas estaba tiritando: el viento le golpeaba la cara y la nieve empezaba a colarse por su cuello. Si la extraña convocatoria de Andrés se extendía, sí que podría caer enfermo y terminar dando razón a los temores de su madre. Decidió volver a su casa, cambió su chaqueta helada por el viejo abrigo de su padre, luego fue a buscar la bufanda más gruesa de su armario. Susana caminó detrás de él, insistiendo en convencerlo de quedarse en casa. Gabriel sonrió. «¡Ay, madre! No me trates como a un niño, ya tengo veintiún años», le dijo. Sobre el suelo de su habitación yacían desperdigadas las acuarelas que había estado pintando por la tarde; caminó haciendo piruetas entre ellas y volvió a marcharse, redoblando la velocidad de sus pasos. No podía con su genio: era un hombre puntual.

«¡Ay, madre! No me trates como a un niño». Pero Gabriel era casi un niño: era el menor de sus hermanos, el menor de su promoción en la Escuela de Bellas Artes, el menor de los cuatro amigos que

ascendieron esa noche hasta Sacsayhuamán; cada uno convocado para un encuentro importante, secreto. Gabriel se había pasado la tarde dando colores a las sombras dibujadas de los caminantes que cada mañana pasaban bajo su ventana con la cara frente al sol, dejando atrás la proyección de sus pasos hacia adelante. Gabriel, que pintaba de azul y granate las sombras, quién sabe si aquella noche, de haber llegado más temprano, incluso antes de la hora, se hubiera detenido para observar el difícil reflejo de su cuerpo sobre el suelo nevado bajo un cielo encapotado, o al menos hubiera hecho tiempo para dar un paseo por los corredores zigzagueantes del antiguo templo incaico. Quién sabe si desde esas alturas, a pesar del viento, habría alcanzado a oír el ruido seco de un balazo o los ecos del último aliento de sus amigos, como susurros que al aire clamaran márchate: «Márchate, Gabriel, eres demasiado joven, eres inocente; márchate, si escapas desenredarás la trama; si huyes nuestra sangre no quedará para siempre helada; márchate, para que nadie ensucie tu nombre; márchate, márchate tú que aún tienes tiempo».

Probablemente miró su reloj al atravesar la explanada y respiró satisfecho al verificar que no era demasiado tarde. Sobre la hierba emblanquecida, ninguna huella reciente. Tal vez imaginó que Andrés llegaría con más retraso, aunque en su mensaje cifrado hubiera señalado que era urgente, que necesitaba su ayuda y le pidiera que por favor acudiera puntual y mantuviera en absoluto secreto el encuentro. Los pasos de Gabriel sí quedaron impresos en la explanada, así como la media vuelta que dio sobre sus pies, acaso por un presentimiento que le impelió a dar marcha atrás. Entonces debió observar que lo único que esa noche se mantenía intacto en su color cotidiano era el Cristo Blanco que hacía un año la comunidad árabe-palestina había erigido como ofrenda a la ciudad, y al verlo así, aún más blanco, tal vez imaginó que sus brazos abiertos se desplegaban como las alas de arcilla que acoplaban a las sillas, a las mesas, a los platos, a los espaldares de las camas y de los sillones de su casa. ¿Por qué no se quedó allí? ¿Por qué decidió voltear de nuevo para retomar su paso hacia delante, dejando atrás solo sus huellas de zapatos y cuerpo grandes sobre la nieve? Habría sentido el aire glacial y no le habría molestado; a fin de cuentas, en una tarde fría como aquella había conocido a Arístides.

«¡Ay, Gabriel Méndez!, eres una niñita, pero yo te quiero». Habría sonreído al recordar la carta que dos días atrás recibiera del pintor colombiano que fue profesor visitante en su escuela durante medio año, su maestro Arístides Lozano, su amor Arístides. Tres meses después, sus cartas le seguían llegando cada semana y él no podía guardarlas en su casa más de un día: temía al repudio de su padre,

obsesionado porque virilizara sus gestos y endureciera su voz. «¡Ay, Gabriel Méndez!, eres una niñita, pero yo te quiero». Qué habría hecho su padre si hallaba esa carta escondida bajo su almohada o si, por un descuido, Gabriel la hubiera dejado olvidada en el abrigo que le solía tomar prestado. Alina era la única que podía cuidarlas bien. Y las cuidó bien.

Ojalá en aquella carta Arístides Lozano le hubiera escrito diciendo: «¡Ay, Gabriel Méndez, no seas tan puntual! ¿Por qué nunca faltas a una cita? ¿Por qué siempre tienes que sacrificarte para acompañar a tus amigos?». Nada pudo devolverlo a su casa para que su madre terminara de tejerle la chompa de alpaca que quedó abandonada sobre el sofá azul de la sala. Y nadie pudo prometerle tiempos en que no sería insultado por su sexualidad, ni calumniado por haber tenido los gestos tersos y la mirada arrobada hacia sus amigos. Tampoco hubo nadie que pudiera augurarle que alguna vez podría levantarse de la tumba y proclamar: «Yo soy Gabriel Méndez, y soy el que soy: el niño hombre, el hombre mujer que sabe volar, y ni siquiera yo necesito alas de arcilla para encaramarme por encima de las balas, de los cuchillos afilados, de las cartas que se deben esconder».

Gabriel Méndez. No aparecieron esa noche felices perdices que con o sin alas lo devolvieran en vuelo hasta la ciudad. Porque aunque creyera que el amigo que lo había citado aún no habría arribado al sitio señalado, no abandonó la ruta prevista. Aquella penúltima noche de agosto, con el paso firme, siguió avanzando para llegar pronto, a tiempo.

Fue el último en llegar a la chincana grande de Sacsayhuamán, al umbral de la gruta laberíntica horadada en la rocas cuyo interior nadie se ha atrevido a explorar. Llegó puntual, pero llegó tarde. Al divisar las espaldas esculpidas de la roca silbó tres veces y recibió el eco esperado. Apresuró el paso; la nevada seguía derramándose sobre la hierba, sobre su cabeza. Lo primero que vio fue la sangre todavía extendiéndose entre la nieve. En la oscuridad, tal vez creyó que se trataba de tinta china o de un vino extraordinariamente denso. Dos pasos más y se encontró con los tres cuerpos tendidos. Gritó antes de agacharse para abrazar a sus amigos, entonces sintió una culata helada junto a su sien.

23

Tras la muerte de mi madre, recién presté atención al manuscrito de relatos que Miguel Salgado le había entregado. Durante años, ella intentó que fuera publicado, pero la familia del autor no quiso dar su autorización pues consideraba que buena parte de esos relatos eran pornográficos, otros tantos trataban de noches bohemias y muy pocos tenían un carácter histórico. Al parecer, un hermano suyo estuvo tentado por la idea de que su memoria perdurase a través de sus escritos, pero al final pesó más el temor a que con esa publicación renacieran los chismorreos que afirmaban que el asesinato múltiple del que fue víctima Miguel había estado teñido por una orgía combinada con drogas y trago.

Ahí estaba el manuscrito, ese legajo de papeles amarillentos que cuando estaba en la universidad mi madre me invitó a leer. Yo estaba de vacaciones y empecé con el primer relato, pero no pasé de la segunda o tercera página; terminó entreverado entre mis libros de Agronomía y plantas medicinales. Unas semanas después Giralda me preguntó qué opinaba. Le mentí, respondí que el primer relato me parecía magnífico pero que recién iba a proseguir con el resto. Ella me dijo que me diera tiempo para al menos leer la primera parte, que le gustaría que la comentáramos porque allí había cosas verdaderamente importantes. No me di el tiempo. Cuando unas semanas después volvió a preguntar por mi opinión sobre el manuscrito, me sentí presionado, incómodo. Con cierta irritación, le dije que aquel manuscrito era bastante pesadito, no me había enganchado a la primera y mejor para mí si se lo devolvía. Ella lo tomó y se fue. Sentí una punzada de pesar, pero se me pasó pronto.

Hace unos años le pregunté a mi hermana si había tenido la oportunidad de leerlo. Me dijo que no creía recordarlo; entonces imaginé que a ella no se lo habría ofrecido, porque Sara leía todo lo que cayera en sus manos. O quizás con ese texto le ocurriera lo mismo que a mí y tampoco le dio importancia; tal vez el verlo en papel amarillento, sin tener cumplida la meta de verse publicado como libro, ahuyentó su atención. El manuscrito, que para siempre ha quedado con el título que le diera su autor, *Imprecisiones*, se divide en tres partes: «Futuro», «Deseo» y «Fuga». Si a los veintitrés años yo me hubiera atrevido a avanzar más allá del primer relato y hubiera llegado al menos hasta la página sesenta, no sé si aquella tarde en que mi madre me preguntó si finalmente lo había leído, habría podido conversar con ella de cosas importantes que solo pude conocer mucho más tarde.

En uno de esos relatos, de un modo asombroso —mejor dicho, pavoroso—, Miguel parece haberse adelantado a escribir el curso de lo que fue su propia muerte. Deduzco que por eso, en sus conversaciones con Sara, varias veces mi madre señalara que, así como había escritores cuya inspiración parecía motivada por el deseo de conjurar sus demonios, había otros capaces de escribir el libro de su propia vida, al detalle, sin saberlo.

Si los relatos eróticos que Miguel escribió fueron también inspirados por la vida que tuvo, si la bohemia enfebrecida de sus últimos relatos fue también llevada por su experiencia, me maravilla pensar cómo un chico cusqueño de los años cuarenta pudo ser capaz de vivir tanta intensidad en poco más de veinticuatro años. Me he preguntado qué pasó con las mujeres que se entregaron a él con tanto aplomo, qué habría detrás de sus ojos mientras esbozaban sonrisas tiernas, cándidas ante los demás, qué deseos latirían en su piel bajo los uniformes y ropas recatadas que vestirían mientras caminaban por la calle antes de encontrarse con él. Es desalentador imaginar cómo enfrentaron la muerte de Miguel. Me cuesta creer que sus relatos sobre esas dos mujeres fueran en gran medida una ficción. Me resulta inimaginable que, guiado por la simple fantasía, alguien haya podido escribir con tanta profundidad sobre la variedad de sabores que puede exhalar un palmo de piel, sobre los temores sutiles, así como las decepciones que se despiertan en un encuentro sexual, sobre las exigencias que impone una cabellera estremecida. En un tiempo y en una sociedad donde ofrecer placer sexual a las mujeres era considerado peripatético, me pregunto cómo recibieron sus caricias ellas dos. No es alentador pensar cómo recibieron la muerte del joven historiador, ni cómo convivieron con su recuerdo.

Una era regordeta, baja de estatura, sonrisa difícil en público, joven interna en un colegio de la ciudad que por las noches huía para encontrarse con él y dejar atrás los rigores del internado, todo el bucolismo del campo que la vio nacer, para revelar su risa chispeante y olvidar la vergüenza que le producía su cuerpo rollizo y corto, pues en la cama de Miguel era la más espléndida, la más ágil, la más deseada. Una mujer de dieciocho años que pertenecía a una generación anterior a la mía, pero cuya libertad parecía proceder de la que vendría en un futuro distante. Él la llamaba Capulí, roja, negra, verde amargo, fruta abundante en tiempo de lluvias, esencia jugosa que deja la boca amarilla y las ganas abiertas, fruto redondo, perfecto, redondo, brilloso. A veces la imagino despertando en la madrugada, con el aliento agitado, la emoción y el peligro respirando en la piel, el deber de volver al internado y el apetito por quedarse para siempre en la habitación del hombre con quien ha aprendido cómo se puede

gritar sin inquietar al silencio.

Capulí, discreta, secreta. Cuánto le habrá costado ahogar su voz frente a las voces que, tras el asesinato de Miguel, especulaban que habría sido el amante de Gabriel porque a él tampoco nadie le había conocido enamorada en sus últimos años, ni hubo alguna que se abrazara a su féretro el día de su entierro. ¿Y qué habría pasado por la cabeza de Miguel? Muchos meses antes de morir, creó un relato en el que Capulí, discreta, secreta, acude una mañana al cementerio para ver de lejos cómo un nicho tragará el cuerpo cuya esencia aún conserva ella en los abismos de su piel. Capulí observa, evita la lágrima: una extraña no puede romper a llorar, menos lanzarse a abrazar aquel ataúd y pedir el milagro de una resurrección. Capulí regresa a su internado, a pie. No sabe si arrepentirse por haberle pedido a su amante que su romance no se hiciera público para que nadie vigilara e impidiera sus encuentros nocturnos, cada domingo, martes y viernes, desde las diez de la noche hasta las cinco de la madrugada.

Capulí, el último viernes de agosto debe haber despertado pensando que esa noche lo vería, mas lo primero que hallaría al descorrer las cortinas de su habitación en el internado serían las montañas y los techos recubiertos de escarcha. Y lo primero que escucharía al bajar a desayunar sería que cuatro jóvenes habían sido hallados muertos a tiros en Sacsayhuamán.

«Se te helará la sangre cuando sepas que he muerto aunque todavía no sepas que he muerto», escribió Miguel Salgado. Sus mejillas coloradas empalidecieron; no obstante, se sentó, tomó su café con leche, dos panes y una manzana. Después acudió a clases, como todos los días. A la hora del almuerzo, los muertos ya estaban identificados y sus nombres empezaron a ventilarse. Se levantó de la mesa, caminó hasta su habitación, allí dio rienda suelta a su dolor antes de que cualquier otra alumna apareciera para tomar una siesta. Por la noche, de su larga cabellera azabache quedaron tiras desperdigadas sobre las baldosas del baño. No regresó a dormir en su habitación. Últimas horas de agosto, el invierno era implacable, el suelo sobre el que pisaba parecía de hielo. A la mañana siguiente, al verla sentada en el patio, con el pijama todavía puesto y el cabello reducido y mal cortado, la directora del internado se reclinó a su lado y en voz baja le preguntó qué le estaba pasando. «Me siento muy triste».

Muchas veces me he detenido a imaginar a Capulí. No me ha ocurrido lo mismo con la otra mujer, alta, delgada, bastante mayor que Miguel, de sonrisa amplia, pechos pequeños, mirada melancólica:

descripción que acompaña el relato de su entrega como quien busca en él un pasado, un recuerdo que nunca conjura, a pesar de la intimidad compartida. Alguna vez me pregunté si acaso Giralda fue la amante de esa historia. Podría ser, aunque no alcanzo a imaginarla entregándose a un joven veinte años menor; pero tampoco logro imaginar a ninguna otra que pudiera ser esa mujer. Al recordar la ternura de mi madre cuando observaba a mi padre distraído, o cuando lo miraba complacida comerse con deleite cualquier cosa que ella le pusiera sobre la mesa, entonces pienso que acaso ese joven se acopló con otra amante un poco más joven o mayor que Giralda, pero era en ella en quien pensaba mientras escribía aquel cuento estremecedoramente sensual. Porque mi madre fue la mujer de Rafael, el maestro al que Miguel adorara de niño y anhelaba imitar, porque ella había sido la mujer inaccesible que vivió con él, que amó la historia con él, como Miguel, la misma que sufrió sus persecuciones y que años más tarde le diera albergue en los tiempos nuevos en que a Miguel le tocó ser un perseguido.

Cuando yo tenía veintitrés años, Giralda quiso que leyera ese manuscrito, «sobre todo la primera parte», porque lo que a ella más le debió inquietar no era la explosión de vida esparcida en la segunda parte, ni las intrigas alucinadas e históricas de la tercera; era la muerte, la proyección de la propia muerte, que Miguel había plasmado en el último relato de esa primera parte a la que llamó «Futuro».

Él tomó el camino más corto. Aunque la reunión secreta a la que lo convocaban se extendiera, evitaría trasnochar, porque al día siguiente aguardaba un nuevo encuentro con su amante de mejillas coloradas y redondas caderas. Calculó distancias desde su casa y tomó la ruta más directa. Ascendió por la cuesta de los Lamentos. Acuclillado en una esquina, un anciano recibía limosna en su sombrero viejo; adelante, una mujer con sombrero de paño se apresuraba sobre sus tacones. Hacía frío y una garúa tenue empezaba a caer. La cuesta de los Lamentos; podía imaginar cómo por ella rodaron, en días de sol, trueno o granizo, las miles y miles de piedras que fueron arrancadas del templo inca de Sacsayhuamán para dar curso a la acelerada construcción de la Catedral; tarea que no sería fácil, pues, antes de erigirse sobre la plaza de Armas, cada piedra debía ser despojada de sus formas más libres y curvadas para extraer de ellas ladrillos rectangulares, rígidos, que de manera uniforme se acoplaran unos junto a otros. Ahora él ascendía por esa cuesta con paso firme, el mendigo recibía sentado las monedas, la mujer caminaba apurada asegurando su sombrero fino sobre su cabeza. Ninguno temía que alguna mole de granito pudiera escapar de las

manos de los porteadores para acabar con sus cuerpos aplastados, emitiendo lamentos de dolor, dolor, dolor. Era grande el celo del inquisidor por erigir su templo a la brevedad posible, no en montaña, sí en llano, para reducir cuanto antes la práctica de rituales prohibidos en el cerro y para ello también era importante despojar de altura a los torreones del otro: el tentador, el inquietante, el templo no suyo que con sus curvaturas zigzagueantes parecía estar clamando por la fecundidad. Y el inquisidor temía cualquier cosa que insinuara uniones escabrosas como el mismo el verbo fecundar.

Él siguió subiendo por la cuesta de los Lamentos. Cuánta agitación al ascender, y con qué facilidad se podía resbalar si la ruta fuera de bajada. En su afán por la conquista de almas, cuatro siglos atrás, al inquisidor no le importaba si al hacer rodar megalitos, los indios que los aguardaban con sogas de retención quedaban aplastados o mutilados, y observaban que, al tiempo que se derrumbaba su templo, también se estaba derrumbando al hombre. Lamentos, lamentos, lamentos. Redobló sus pasos, tenaz, satisfecho por seguir celebrando encuentros en Sacsayhuamán y proseguir intercambiando palabras primordiales. Cuando arribe de nuevo a la cima, él desea escribir sobre la piedra el nombre del hombre que le enseñó a conocerse más completo a través de la historia, y para ello solo será necesario acariciar la roca, nunca más herirla.

Deja los lamentos y asciende por la última cuesta. Ahí todo es oscuro, hace más frío, brilla el rumor del riachuelo. Ya está llegando. Más viento, más frío, no falta mucho para avistar la explanada de Sacsayhuamán. No tropieza, escucha un golpe, como un pedestal de piedra que hubiera sido derribado. Ralentiza su marcha, ahora solo hay silencio. La explanada está inquieta, vacía, inquieta. Debe atravesarla, empieza a atravesarla. El viento vuelve a soplar. Ningún conocido se deja ver, pero hay alguien que le sigue los pasos. Voltea.

Descubre a la muerte desafiándolo, mirándolo a los ojos.

Eliecer era mi primo, bastante mayor que yo. Su padre, Fortunato, había tomado distancia de mi madre cuando ella se volvió a casar. Pese a la mentalidad abierta de los amigos de Rafael, tras su muerte, muchos creyeron que Giralda no debería rehacer su vida al lado de otro hombre. Parece que les hubiera gustado que se dedicara por entero a ser la depositaria de la memoria del marido y del amigo que murió como un mártir; por eso se alejaron de ella cuando tomó otra opción. Eliecer, que había sido alumno de Rafael y desde niño conoció la vida de persecuciones que vivieron su maestro y su propio padre, no se desligó de Giralda. No era que la visitara a menudo, pero, al menos, dos o tres veces al año lo recuerdo apareciendo en casa. Conversaba un rato con mi madre y, por lo general, se marchaba con libros que ella le prestaba del escritorio heredado de su primer marido; libros que él devolvía en su siguiente visita.

Líder estudiantil desde sus primeros años de Derecho, no solo quería ser distinto, sino además parecer distinto. No era alto, pero le gustaba usar ropa grande y caminar con pasos largos. Siempre llevaba en el bolsillo algún libro de ciencias naturales o literatura, como para demostrar y demostrarse que no estaba embebido por las leyes. El abrigo que más usaba en invierno era uno marrón heredado de su padre. Le sentaba bastante holgado. La noche de agosto de 1945 en que lo mataron, lo tenía puesto. En uno de sus bolsillos, la policía encontró *Los miserables,* en una edición antigua que había pertenecido a Rafael T., nombre que figuraba en la primera página. Hallaron el libro, pero no la papeleta que había inserta en él: una papeleta con la firma de Miguel Salgado en la que convocaba a Eliecer a un homenaje secreto en memoria del maestro muerto en el lugar donde de niños varias veces recibieron sus clases de Historia.

Lo mataron aunque llegó a la cita con retraso.

A las dos y media de la tarde, sí había llegado puntual a la cita con Silvia, la mujer de la que estaba enamorado. A esa hora la había recogido de su casa; caminando uno al lado del otro, en momentos rozándose con disimulo la mano, aparecieron en la esquina baja de Mesón de la Estrella donde los aguardaba una tía de Silvia, impuesta como condición para que su madre le diera el permiso para ingresar al cine con un hombre que aún no era su prometido. La función también empezó a la hora exacta: se estaba pasando por un periodo donde eran prolíficas las campañas gubernamentales por convertir la puntualidad y el cumplimiento riguroso de las leyes en hábitos nacionales, una

medida que se estrellaba duramente con las costumbres de la ciudad y del país, pero que algunos aplicaron con celo, incluidos los propietarios del cine.

Como era lo habitual en esos tiempos, se trataba de una película en blanco y negro aunque los afiches que la anunciaban estuvieran recargados de color. Las cortinas de la pantalla se descorrieron, las luces se apagaron. Eliecer tomó la mano de Silvia y empezó acariciarla bajo la copa de su sombrero. La trama empezó a revelarse: un asesino múltiple de apariencia adorable se esconde entre la familia de su hermana. Eliecer susurró al oído de su enamorada que estuviera segura de que él siempre, siempre, la querría bien.

La película duraba casi dos horas, así que también salieron a la hora prevista. Eliecer miró su reloj y se alegró de la campaña por la puntualidad. Recién iban a ser las cinco de la tarde, así que aún contaba con una hora para permanecer tranquilo al lado de Silvia. Mientras caminaban en dirección de una confitería, las escenas turbadoras de la película seguían deslizándose: el brillo del anillo que guarda con celo el visitante recién arribado a una pequeña ciudad donde todo el mundo parece conocerse bien; el peldaño de una escalera que ha sido fracturado de tal modo que cualquier inocente podría quebrarlo y quebrarse a sí mismo en la caída; una joven candorosa que descubre al asesino que hay detrás de la máscara, así como el mal que encubre, mas no sabe cómo enfrentarlo: se siente entre la espada y la pared. A Eliecer la película le había gustado, confesó que lo había dejado inquieto, si bien comentó que su título, *La sombra de una duda*, no le convencía, porque prácticamente desde el inicio se podía tener la certidumbre de que el asesino era el asesino o que, como mínimo, era sin duda una mala persona.

La tía de Silvia era una mujer complaciente: cuando estuvieron en la puerta de la confitería, les comunicó que les daba carta blanca para que se quedaran allí sin su vigilancia, aunque recomendó a su sobrina que no se entretuviese demasiado para no regresar tarde a su casa. Una vez sentados, ellos dos ya no comentaron más la película. Mientras aguardaban sus pasteles, no dejaban de acariciarse las manos por debajo de la mesa. «Me encantaría quedarme a tu lado la vida entera», le había dicho Eliecer. Tomaron sus tés respectivos. Él acompañó el suyo con dos panes de yema, ella con un pastel de manzana. Esa tarde, él le explicó por qué cada vez que entraba a esa confitería, afamada por lo crocante de sus pasteles, casi siempre pedía panes de yema. Le contó que nunca olvidaría que la primera vez que arrestaron a su padre, y además a su madre, en medio del correteo de una comisaría a otra sin haber desayunado, pasó con Giralda por esa

pastelería y el olor de los panes de yema recién horneados por poco los retuvo porque inmensa era su hambre, pero, al final, los dos habían decidido aguantar hasta tener alguna noticia de los suyos.

Trece años más tarde, Eliecer sí comió los panes de yema y se quedó casi una hora en la confitería. Con Silvia no guardó el secreto de que la reunión a la que Miguel lo había convocado sería de homenaje a Rafael. Lo que no le dijo, tal vez para no preocuparla, porque acaso a él sí le dio un resquemor, era que la reunión se realizaría a las seis y media en Sacsayhuamán. Ya eran las seis cuando voltearon una esquina de la avenida Sol y divisaron próxima la casa de Silvia. Se refugiaron en el portal ancho de una tienda cerrada en día feriado, se abrazaron, se besaron. El cielo estaba encapotado.

—En cualquier momento empieza a llover, mejor no demoremos más —le había dicho su enamorada—, porque si no, a mí me enojarán por pasarme de la hora y tú llegarás tarde a tu reunión y además empapado.

No llovió. Cuando Eliecer iba subiendo presuroso por la cuesta del Almirante, minúsculos mechones de nieve empezaron a caer jaspeando poco a poco su sombrero, su abrigo, la bota de sus pantalones. Todavía le quedaba un largo camino en ascenso. Al arribar a la plazoleta de Nazarenas, se detuvo a descansar; allí se cruzó con su antiguo profesor de Derecho Penal, que avanzaba a pasos rápidos junto a su esposa. Fueron las dos últimas personas amigas que vio y que lo vieron con vida aquel día.

Eliecer llegó con varios minutos de retraso, empezó a llamar a su amigo por su nombre, pero nadie le contestó. El suelo comenzaba a cubrirse de blanco y la noche ya estaba próxima; entonces debió de sentir un tubo frío apuntando sus espaldas y a una voz ordenándole que se mantuviera quieto. Otros dos hombres debieron de salir por detrás de una roca. Iban encapuchados y probablemente le advirtieron que si deseaba ver a Miguel, primero debería beber de un trago que le iban a proporcionar; y si no lo hacía, los matarían a ambos.

Desde los siete años, Miguel había sido su cómplice incondicional, y a los veinticinco, Eliecer más que nunca deseaba permanecer vivo. Su única opción era beber aquello que se le mandaba. Fue un trago áspero, largo. No tardó en descomponerse, en tambalear, en preguntar por su amigo. Tal vez en ese momento los encapuchados se descubrieron para que los reconociera y entendiera por qué le habían tendido esa trampa. Quién puede saber qué pudo haber clamado, reclamado o desafiado Eliecer en su defensa. En cualquier caso, la

decisión de los asesinos era inapelable. Y estaban contra la hora. Le cubrieron los ojos, lo arrastraron en zigzag hasta el lugar donde yacía muerto el cuerpo de Andrés y le descerrajaron un tiro.

Miguel aún no había llegado, pero ya estaba cerca. Los homicidas debieron de temer que hubiera alcanzado a oír el disparo y se marchara en fuga. Es plausible que considerasen la opción de huir y abandonar el plan a medias. Pero alguno de ellos, probablemente el líder, el más implacable, refutó esa idea. Debió de argüir que para que el crimen fuera perfecto debía ser completo, caso contrario la trama podría ser desatada y ellos tres (o cuatro o, tal vez, cinco) estarían perdidos.

Mientras dos de ellos se apostaban para dar la bienvenida a la siguiente víctima, el otro asesino debió de retirar la venda de los ojos de Eliecer. La sangre aún caliente del muerto debió de atravesar sus guantes de lana. Luego, con torpeza, buscaría en sus bolsillos la nota con la que le tendió la trampa o cualquier otra evidencia que pudiera dar cuenta de la naturaleza real de aquel homicidio. Debe haberse congratulado cuando halló la nota, pero no habrá sabido qué hacer con el libro donde la encontró, de modo que volvió a colocar *Los miserables* en aquel bolsillo.

A las once de la noche, los cuatro muchachos ya estaban muertos, la ciudad estaba cubierta de nieve y haría ya bastante rato que los asesinos estarían de regreso en sus casas, dejándose ver por la gente, intentando cumplir con sus rutinas, en el caso de que las tuvieran, y habrán bebido solo agua, no licor, para enfriarse mejor la sangre fría. A esa hora, los padres de Eliecer empezaron a preocuparse: su hijo no regresaba. A medianoche, estuvieron desesperados. Por la madrugada su madre no quiso aguardar más: mientras su marido acudía a la comisaría, ella apareció en la casa de Silvia.

Juntas, asustadas, aferradas del brazo, las dos se apresuraron a indagar en casa de Miguel. Tenían la esperanza de que Eliecer se hubiera quedado con su amigo, quizás debido a la nevada que se prolongó hasta la medianoche. Cuando llamaron a esa puerta, la madre de Miguel recién se enteró de que su tercer hijo no había dormido en casa. La víspera, antes de salir, él le había advertido que probablemente volvería tarde y ella se acostó a las nueve de la noche sin preocuparse porque no hubiera regresado.

Mientras las tres mujeres empezaban a cruzar la plaza de Armas para buscar información en la comisaría, desde diferentes ángulos escucharon el rumor de que esa misma madrugada un pastor había

hallado a cuatro muchachos muertos en Sacsayhuamán.

Ahí mismo Cecilia se derrumbó.

—Son ellos —balbuceó.

—¡No, no son ellos! —le replicó Silvia, la mujer que pudo haberse convertido en su nuera—. Por favor, señora Cecilia, levántese. ¡Vamos, vamos, seguro que los encontraremos a salvo en algún sitio!

Silvia la ayudó a retomar la marcha, siguió animando a las dos madres que la acompañaban y casi tapándose los oídos, las tres terminaron de cruzar la plaza de Armas.

25

A las seis de la tarde, las ciclópeas bases del antiguo adoratorio de Sacsayhuamán parecen brotar de los prados y montañas sobre las que fueron erigidas. Aquel día, a esa hora, el granito todavía refulgía ante los últimos rayos de sol que, a lo largo de la tarde, habían logrado atravesar un horizonte borrascoso. Aunque fuera feriado, era invierno, empezaba a oscurecer, hacía mucho frío; a esas horas ya no había gente y el viento hubiera empujado de un lado a otro los cuerpos que se atrevieran a caminar por esa explanada. La ciudad estaba lejos, extendida cientos de metros más abajo, por el valle y las faldas de los cerros.

Andrés fue el primero en llegar a Sacsayhuamán, llegó incluso antes de tiempo. A las cinco y cuarto de la tarde, se había despedido de su madre señalando que iría a tomar un café con su grupo de amigos de la universidad antes y luego iría a la casa de uno de ellos para adelantar un trabajo que debían presentar el lunes siguiente. Su primera cita, secreta, era a las seis. Desde su casa, ubicada en San Cristóbal, no le tomaría más de veinte minutos caminar hasta Sacsayhuamán. Aun así, se adelantó. Le encantaba ese lugar y consideró que sería muy agradable darse un paseo sin premuras antes de llegar a su cita. En la nota que Giralda nunca escribió, le pedía que estuviera a la hora exacta, pues ella debía estar en su casa a la hora de la cena:

«… Hay algo muy especial que Rafael dejó para ti y ya es hora de que te lo entregue. Para mí será especial hacerlo en esta fecha que era la de su cumpleaños. Por favor, mantén esto en la más absoluta reserva y confírmame en este mismo papel si podrás acudir; si no te es posible, dame una fecha alternativa. Devuélveme tu respuesta con el niño que te entregará este mensaje».

Andrés no podía fallarle a la mujer que en dos ocasiones le había prestado refugio en su casa de campo cuando él y sus amigos se hallaban perseguidos: en una ocasión, durante una semana entera, sin que nadie en su familia se enterase; la segunda vez, durante quince días, al final con la complicidad de su marido. Se debió de sentir entusiasmado pensando en qué sería lo que Rafael habría reservado para él doce años atrás. No había sido su profesor, pero fue uno de los mejores amigos de su tía-madre Adelina, una de las figuras masculinas que la apoyaron para que sacara adelante a dos criaturas que no tenían padre. Andrés tenía once años cuando acudió al entierro de Rafael. Él y su hermana-prima Alina escoltaron a Giralda aquel día y

percibieron el temblor de sus manos mientras trasladaban el féretro desde el local de la universidad obrera hasta el cementerio de la Almudena.

A las cinco y media de la tarde, él ascendía por los últimos escalones de piedra, apoyándose en momentos en los árboles de queuña del margen izquierdo, escuchando el murmullo del riachuelo que se precipita por la derecha, combinado con las voces de unos adolescentes que a esa misma hora bajaban de la explanada llevando consigo la pelota de fútbol con la que habían estado jugando hasta hacía pocos minutos. A la mañana siguiente, esos chicos se preguntarían con estupor si el joven corpulento que los mirara sonriendo cuando cruzaron sus caminos sería uno de los muertos hallados entre la nieve.

Seguía siendo temprano y todavía no empezaba a nevar. A Andrés siempre le había gustado caminar descalzo por Sacsayhuamán; conoció ese placer muy joven, cuando fue uno de los niños que el último plenilunio de 1929 bailó descalzo alrededor de una hoguera, bajo la música de un violín y el murmullo de voces adultas, todas conocidas, que hablaban de sus grandes expectativas para las décadas que estaban por nacer.

Debe haber caminado descalzo hasta la cima donde se ubicaba el torreón de la defensa última de Sacsayhuamán, la batalla que pudo haber cambiado el curso de la conquista española. De ese torreón no quedaban sino los cimientos; aun así, cuatro siglos más tarde seguía permitiendo contemplar la ciudad entera, los ríos sin alcantarillar que todavía atravesaban su superficie, las montañas tutelares que la rodean. Es posible que en esas alturas se quedara perdido en sus reflexiones y no se diera cuenta de que se le pasaba la hora, ni mucho menos de que mientras él observaba su ciudad por última vez, más arriba, escondiéndose entre los arbustos que flanquean la carretera, habían hecho su ingreso tres (cuatro, tal vez cinco) esbirros a los que él había vituperado públicamente cuando cayó el último régimen al que habían servido con ahínco.

A pesar de haber llegado temprano a Sacsayhuamán, es muy probable que en su divagar se le hiciera tarde y mientras tanto empezara a poner nerviosos a los hombres que lo aguardaban en las proximidades de la chincana. A las seis de la tarde, él no aparecía y debieron de empezar a reprocharse el haber formulado ese plan de muertes con tiempos tan ajustados entre una y otra. El autor intelectual del operativo debió de recordar a sus compinches que solo en ese espacio de dos horas era posible contar con el lugar libre de

gentes y con el arribo de sus víctimas libres de sospechas. Luego les ordenaría callar; empezaron a oír el ruido de pasos prestos, sin embargo, suaves.

Por el apuro, Andrés apareció descalzo. Cuando empezó a llamar a Giralda y no obtuvo respuesta, creería que ella también iba a llegar con retraso, así que se sentó sobre la hierba. Estaba terminando de colocarse el segundo calcetín, cuando sintió un cañón apuntando su sien y escuchó una voz que le ordenaba quedarse quieto. Ataron con fuerza sus manos; fueron más dóciles con sus pies. También le debieron de obligar a beber la mitad de una botella de licor. Después lo amordazaron y condujeron su cuerpo hasta el cantero ubicado a un costado de la chincana.

Al parecer, el plan había sido ir reduciéndolos uno a uno, y que una vez que tuvieran prendidos a los cuatro, recién se quitarían las capuchas para gozar mejor de su venganza, explicándoles que los matarían a todos. De este modo, los cuatro tiros a quemarropa parecerían una sola ráfaga que, de ser escuchada a lo lejos, sería confundida con los petardos y cohetones lanzados en la ciudad en ese día festivo. Habían considerado que alguno de los muchachos podría faltar a última hora, pero habían estado seguros de que todos los que acudieran serían en extremo puntuales, en particular Andrés, pero él mismo ya había empezado llegando tarde. Si por algún motivo el tercero se demoraba mucho y el último aparecía demasiado temprano, podrían encontrarse en el camino y descubrir que había algo turbio. Sobre la marcha, cambiaron de plan. Decidieron ir matándolos uno a uno.

Andrés yacía estirado sobre la hierba, las briznas de nieve empezaban a derramarse sobre su cuerpo. Se estaría preguntando qué había pasado con Giralda. A esa alturas, el efecto del licor y el alucinógeno quizás le hacía fundir la realidad con una pesadilla, o acaso habrían desatado sus sentidos y pudo vislumbrar cómo, a esas horas, desde distintos ángulos de la ciudad, sus amigos, los árboles de queuña, el mismo riachuelo cristalino, ascendían hasta su vera. Y acaso cuando esos hombres se quitaron las capuchas y le apuntaron alcanzó a ver que la opaca luz de sus ojos era el infierno de hielo que él nunca llegaría a conocer.

Los zapatos de Andrés fueron hallados a algunos metros de su cuerpo. Dentro de su cartapacio estaba el borrador del trabajo que esa noche iba a completar con su grupo de la universidad. En el bolsillo de su saco encontraron una pequeña rama de queuña, todavía fresca. Su madre la atesoraría como si hubiera sido su testamento. Pocos días

antes, mientras acompañaba a su hermana a comprar material de dibujo, Andrés le había dicho que si él muriera antes que ella, se asegurase de resguardar su tumba con una queuña.

—No me gusta que hables de esas cosas, Andrés; recién has cumplido veintitrés años —le había respondido Alina.

Él no cambió de tema:

—Sabes, el día en que yo muera espero partir con la cabeza erguida, sabiendo que a lo largo del camino no se me heló la sangre.

La penúltima tarde de agosto de 1945, un futuro biólogo ascendió hasta Sacsayhuamán. En el camino recogió una rama de queuña y quiso guardarla en su abrigo. Siguió caminando, escuchó el murmullo del río, así como las voces de chicos más jóvenes con los que intercambió sonrisas cuando cruzaron sus pasos. Al alcanzar la explanada, se descalzó. Siguió avanzando, acaso recordando la memoria de una hoguera en plenilunio, con la hierba reseca aferrándose a su piel. Tan vivo como estaba, tenía todo el tiempo para recogerse en su lugar predilecto. Desde aquel torreón que ya no existía, contempló su ciudad por última vez. Retomó el camino en dirección de su cita; fue encapuchado, amordazado, atado, amenazado, apuntado con un revólver. Recordó a sus amigos y es improbable que el miedo le hiciera olvidar quién era.

Parte 4

El polvo, el frío, la sangre

Tras la muerte de su esposa, Giraldo Loayza no aceptó trasladarse a vivir a la casa de ninguna de sus hijas mayores: consideraba que la de Ali era demasiado pequeña y alejada del centro y las otras dos se habían casado con primogénitos y vivían con sus suegros. Edelmira, la mayor, al tener a sus dos hijos crecidos y casados, acudía a visitarlo todos los días. En 1928, pocos días antes de morir, Giraldo modificó algunas cláusulas en su testamento y estableció que, puesto que hacía muchos años que había dejado en herencia a Pedro una importante cantidad en metálico, legaba la casa de los tres patios a sus tres hijas mayores y la continuación del negocio mercantil a los hijos de Edelmira. Tal vez mi abuelo andaba trastornado y consideró que estaba haciendo la más justa de las distribuciones, sin imaginar que la casa en la que había visto nacer y crecer a sus cinco hijos con altos grados de armonía, por medio de ese papel testamentario, pasaría a convertirse en una olla de grillos. Los hijos de Marta y Ali empezaron a cuestionar cómo era posible que su abuelo hubiera hecho una repartición tan desigual de su negocio, que en sí mismo valía por entonces más que la casa que sus madres también deberían dividir en partes iguales con Edelmira. En medio de disputas cada vez más agrias, durante varios años, los siete hijos de Marta y Ali se repartieron los alquileres del segundo piso de la casa, enfadados; mientras Julio José y Teobaldo, mis dos primos mayores, proseguían con el negocio comercial del abuelo, para lo cual ocuparon las estancias de los dos primeros patios, a la vez que convirtieron los cuartos desvencijados del tercer patio en hospedaje de campesinos viajantes. Imagino que obtendrían rentas irrisorias por ellos, pero todo parecía contar. Aun así, es curioso que ninguno de mis primos resolviera reventar los candados de la estancia clausurada de ese patio para alquilarla como albergue o como el establo que alguna vez fue. No creo que conocieran la historia de los horrores que allí se cometieron, pues al parecer solo Giralda estaba al tanto de ese secreto. En cualquier caso, sus madres debieron transmitirles que ese lugar entrañaba una condena que jamás se debía desatar. Ellos obedecieron y el viejo establo se convirtió en la única estancia de la casa que ni los celos de unos ni la avaricia de otros se atrevieron a tocar.

Yo recién iba a cumplir trece años y, en ocasiones, me gustaba pasar por la portada de la casa de mis abuelos sobre la cual mi madre guardaba innumerables recuerdos. Mi casa de la plaza de Armas, siendo más pequeña, me gustaba más, pero me empecé a preguntar por el laberinto de historias que guardaba la otra. Por entonces, yo desconocía que en esa casa mi abuela no había muerto por simple

vejez, como me hicieron creer durante bastante tiempo; mucho menos conocía la historia del establo clausurado del tercer patio. Sí sabía de las disputas de mis nueve primos, cuyos hijos, mis sobrinos, tenían más o menos mi edad y asistían al mismo colegio que yo, pero no se hablaban entre sí. Al expulsarla de aquella casa y de su fortuna, mi abuelo nunca hubiera sospechado que estaba librando a mi madre y a su descendencia de la ponzoña que se filtró en la relación de sus otros nietos. En vano, Edelmira, Marta y Ali habían tratado de resolver el asunto, pero la codicia, así como el rencor y la sensación de agravio que se apoderó de sus hijos, fueron mayores. Y como ya contara al principio, con el transcurso de los años ese pleito se fue ramificando hasta forjar la enredadera que perdura hasta hoy.

En mayo de 1950, hubiera sido bueno que el terremoto destruyera por completo esa casa; así, sobre terreno llano, es probable que mis primos hubieran logrado una división y partición fácil. Un terreno desolado podría haber disipado las rencillas. Pero solo se derrumbó la parte más mísera.

Una tarde en que pasaba por esa calle, por la acera de enfrente, como quien simplemente pasa y mira esa casa grande, me crucé con Horacio Dalgara, el más viejo de mis compañeros de clase. Al verme, inquirió si yo estaba yendo a ver cómo hacía negocios la mejor fulana del Cusco. No entendí de qué hablaba.

—Ya, pues, no te hagas el zonzo —me dijo.

Le respondí que no entendía de qué fulana estaba hablando.

—¡Ah! ¿No sabes qué es una fulana?

En la jerga adolescente de aquellos años, fulana era el término para designar a una mujer libertina o a una prostituta, que para los cánones morales de la época eran lo mismo.

—¡Claro que sí! —clamé.

—Entonces no escondas a dónde estás yendo.

Por no ponerme a explicarle mis verdaderas razones, dije que sí había oído hablar del tema, pero que no sabía bien dónde llevaba adelante sus negocios esa mujer. Horacio, que era tres años mayor que yo, se ofreció a ser mi guía. Al llegar a la puerta, no demoré en recordar que allí había estado yo en 1945, con mi madre y mi hermana, y que la mujer que atendía tras el mostrador de la tienda, y a la que Giralda abrazara con fuerza, era la que Horacio estaba

señalando como fulana. A mí no se me hubiera ocurrido que esa tienda de abarrotes pudiera ser otra cosa, ni que la vendedora pudiera ser más que una mujer hermosa de generoso escote y mirada triste. Ahora la encontraba más delgada pero sus pechos lucían más provocativos, lo cual podía hacer perder de vista que su piel se había opacado a pesar del intenso carmesí con el que tenía pintada la boca.

Boquiabierto, me quedé contemplando a esa bella mujer, sin quererme creer que en verdad fuera una fulana. En ese momento, por una puerta lateral, apareció un hombre rechoncho y de bigote brillante que se nos quedó mirando con curiosidad.

—Si las criaturas tienen dinero para comprar la mercadería sabrosa que se ofrece en el depósito, entreguen primero el dinerito —nos espetó finalmente.

Mi amigo se sonrojó, repuso que solo quería una bolsa de azúcar. En cuanto ella se la pasó con una sonrisa piadosa, casi a empujones me sacó del lugar. Recién cuando estuvimos lejos de la tienda, Horacio retomó su tono de sabelotodo y me contó que si un hombre requería los servicios de la fulana, debía llamar tres veces a un timbre y decir que quería comprar la mercadería del depósito; entonces, el gordo de bigotes recibía el pago por adelantado y ella pasaba a atender al cliente detrás de la tienda.

Por dentro me sentí petrificado, recordé que la vez que acudí con mi madre había varios hombres y ninguna mujer comprando en aquella tienda de víveres. Eso había llamado mi atención, pero luego me había extrañado más el abrazo inopinado que mi madre le dio a esa mujer.

—… Y la pobre, ¿atiende todo el día? —pregunté.

—Sí, todito el día. Cuando no la ves en la tienda es que está haciendo su trabajo más fogoso —me indicó mi compañero de clase.

—Y en esos momentos, ¿quién se encarga de la tienda?

—¡Ay, sigues siendo un bebé! ¿No te has dado cuenta que el negocio es pura finta y que el gordo ese es su caficho?

—Ah, ¿sí?

—Sí, aunque dicen que por las noches ella no trabaja porque el caficho la quiere solita para él. Además, parece que cuida de que no trasnoche mucho, porque mientras esa rica mercancía esté bien

conservada, él podrá seguir sacando buenos billetes.

Sabía que me iba a mentir, pero igual le pregunté:

—Y tú, ¿ya has entrado alguna vez al depósito de esa tienda?

—¡Claro que sí!, varias veces —me replicó antes de añadir—. Crece un poco más y te haré entrar.

Por la noche me costó dormir. Pensaba en cómo así mi madre podía tener alguna relación con esa mujer perdida y, al mismo tiempo, pensaba en su belleza, en esos pechos desbordados que me hubiera gustado tocar, besar. Recordaba sus hermosos ojos negros, la tristeza de sus pupilas, y temía que llegara el día en que mi amigo me invitara a recibir sus atenciones en el depósito de esa tienda de abarrotes.

27

Aquel domingo de mayo, mi padre y yo nos estábamos reprochando el haber demorado al almorzar mientras caminábamos raudos rumbo al partido de fútbol que nuestro equipo iba a jugar contra otro procedente de la capital del país. Nuestra casa quedaba bastante lejos del estadio y no hallamos ningún taxi que nos ayudara a llegar a tiempo. Comenzamos a correr y no nos dimos cuenta del temblor que a la 1:50, primero levemente, estaba remeciendo el suelo. Luego el movimiento se intensificó, los edificios crujían y nosotros mismos trastabillábamos. Varias casas empezaron a derrumbarse y por doquier se multiplicaban los gritos y la gente que salía despavorida a las calles.

Mi padre me tomó del brazo; sin reaccionar ante lo que teníamos enfrente, clamó que nos íbamos a perder el partido, así que proseguimos corriendo en dirección al estadio, como si el objetivo que tuviéramos un minuto atrás fuera la única cosa estable a la que podíamos aferrarnos. Recién muchos metros más abajo, cuando pasamos por la iglesia de Santo Domingo y descubrimos los restos de pequeños brazos y piernas desperdigados entre cascotes de piedra, papá se detuvo y por primera vez en la vida lo vi llorar. La torre de la iglesia se había desmoronado sobre un grupo de niños que aguardaban el catecismo dominical; por debajo aún se escuchaban algunos gemidos de dolor. Al igual que otros transeúntes, mi padre se lanzó para intentar recuperar a los heridos. En medio del polvo y la multitud en auxilio, lo perdí de vista, hasta que en el cuerpo muerto de un niño me pareció hallarme a mí mismo. Papá lo había levantado entre sus brazos. Tenía parte del cerebro destapado; pese a la sangre, se podía distinguir que su pelo era ondulado y que tendría muy pocos años menos que yo. Había tanto polvo… Me quedé paralizado. Mi padre me miraba, sin dejar de abrazar el cuerpo inerte de aquel chico, hasta que una mujer delgada y pequeña apareció con el rostro pálido y los pelos de punta. Entre gritos, reconoció a su hijo y lo recibió de mi padre; a ese chiquillo que sería de su mismo tamaño, lo tomó en sus brazos y gemía: «¡Ay hijo mío!, ¡hijito mío!». Lo besaba y le soplaba en el rostro, como intentando recuperarlo a la vida. Pero él estaba muerto. Yo estaba de pie. Y no recuerdo más.

Desperté por la noche. La luz de las velas me mostraba que estaba estirado en un colchón, sobre el suelo de la sala. Mi madre estaba sentada a mi lado. Pregunté qué había sucedido, cómo había aparecido allí.

—Nuestra ciudad está herida. Y tú te debes haber asustado mucho al ver de qué manera está herida —respondió y se echó a llorar.

Pronto me di cuenta de que ese llanto hondo no solo procedía de mi madre. Todos los habitantes de la casa habían trasladado sus colchones a la sala, que era el lugar más seguro, y a sus ventanas y balcones llegaban los lamentos desde el centro mismo de la plaza de Armas, donde se habían levantado carpas improvisadas para dar refugio a centenares de familias que lo habían perdido todo. En algunos grupos se oraba al patrón de la ciudad, el Taytacha de los Temblores, para que apaciguara las réplicas que habían seguido estremeciendo la tierra a lo largo del día.

Me sirvieron una taza del chocolate que mi madre y Luzmila habían preparado en una gran olla para repartirlo entre la gente que se había arrimado a los portales de la entrada de casa. El invierno se aproximaba y a esas horas el frío se sentía con intensidad incluso al interior de nuestra sala. Mamá recogió mi taza, volvió a mirar la plaza desde la ventana, entonces dijo que ya nunca el Cusco sería como antes.

Por la tarde, ella había salido para averiguar la suerte de sus hermanas. Supo que la casa de Ali estaba intacta, que las de Marta y Edelmira tenían algunas rajaduras, pero que todos en sus familias estaban bien. También se enteró de que la casa de su padre había sufrido graves fracturas y que la gente que vivía allí se había trasladado a refugios improvisados o a las viviendas de familiares que no se habían visto afectadas.

A la mañana siguiente, mi hermana me animó a que fuéramos a ver qué había ocurrido más allá de la plaza de Armas. Mi madre no quiso darnos permiso, nos advirtió que era peligroso que anduviéramos por una ciudad tan antigua que acababa de sufrir un terremoto. Sara insistió, afirmó que se sentía fatal viendo la desgracia desde el balcón y le prometió que tomaríamos cuidado de no pasar por ninguna calle angosta, extraña promesa que mi madre terminó aceptando pese a que en esa época prácticamente todas las calles de la ciudad eran estrechas. Nada más salir de la plaza de Armas, observamos que por diversos puntos se seguían elevando nubes de polvo. Debido a las réplicas del terremoto, los edificios de adobe más afectados habían seguido desmoronándose. Recién entendimos que esta vez la preocupación de mi madre por nuestra seguridad no respondía a su sobreprotección. Cuando regresamos a casa para almorzar, ella no estaba. Supimos que, en cuanto nos marchamos, se había ido a registrar como voluntaria en las unidades de socorro que

se organizaron en el hospital Lorena y que hacía unos minutos había dado aviso de que demoraría en regresar.

Esa noche no quiso cenar, solo por la insistencia de mi padre tomó una taza de té con un pan. Imagino que las situaciones que le tocó asistir la dejaron sin apetito y quizás sin sueño, pues al día siguiente, cuando bajé a desayunar, Luzmila me avisó que mamá se había levantado muy temprano y ya se había marchado al hospital. Esa mañana Sara y yo volvimos a recorrer la ciudad. Las réplicas ya habían cesado, pero otro terremoto se estaba iniciando: a toda marcha, las autoridades se entregaron a demoler los edificios más afectados que no se habían derrumbado de modo natural.

Al volver a casa para el almuerzo, ya no nos extrañó que mamá no estuviera. Por la tarde, me dediqué a leer en la sala mientras mi hermana saltaba a la soga y jugaba a la pesca con las decenas de niños cuyas familias estaban acampadas en la plaza de Armas. Empezó a oscurecer y mi madre no volvía. A las siete de la noche, papá estaba por salir a buscarla, cuando ella apareció por la puerta, exhausta, pálida, con la mirada nublada. Nos contó que había perdido la cuenta del tiempo mientras caminaba de un lado a otro de la ciudad atendiendo a los heridos. Al igual que el día anterior, no quiso comer nada, esta vez ni siquiera un pan; solo tomó un mate de coca, luego se fue a dormir y los demás nos esforzamos en no hacer ruidos para no despertarla. La habíamos visto realmente maltrecha. Aunque no a todos se nos hubieran caído las casas, en la ciudad todos estábamos heridos, todos parecíamos aguardar el sueño de la noche como si al hacerlo pudiéramos despertar la posibilidad de que nuestra antigua ciudad, a la que nos enseñaron amar como si fuera una grandísima madre, siguiera siendo la misma de antes.

Veintitrés años después supe que el cansancio de Giralda aquella noche, su extrema palidez, así como el angustiante delirio del que fue presa a la hora de dormir, no fueron debidos al terremoto que para siempre transformó la historia y la fisonomía del Cusco.

—¡No digas que no es justo, Ramón! —clamó a medianoche y nos despertó a todos.

Papá encendió una lámpara e intentó calmarla. Ella sollozaba; cuando se dio cuenta de que había estado soñando, se tranquilizó, reacomodó su almohada y volvió a dormirse. A la mañana siguiente, no daba muestras de recordar nada de la pesadilla que a todos nos asustó. Mi padre no le recordó qué palabras había gritado en su sueño. Yo sentía curiosidad y a la hora del desayuno le pregunté por el

alarido que había lanzado durante la noche. Me dijo que no recordaba nada y añadió que en esos días media ciudad estaría teniendo pesadillas.

Yo habría olvidado estos hechos si no fuera porque la noche siguiente me costaba dormir: seguían viniendo a mi memoria los cuerpos destrozados de los niños bajo la torre de piedra, la cabeza partida del chiquillo que mi padre recogiera entre sus brazos. De pronto, volví a escuchar que mi madre, esta vez en voz baja, con los dientes chocando entre sí, murmullaba: «No digas que no es justo, Ramón… No digas que no es justo». Incluso dormida pretendía controlar el grito y evitaba asustarnos. O evitaba darnos explicaciones. A tientas, en la oscuridad, me levanté de mi colchón y le acaricié la frente. Estaba sudando, sus cabellos me parecieron empapados, incluso adoloridos.

Veintitrés años más tarde, mi madre estaba postrada en el lecho de un hospital. Ya no una pesadilla sino la fiebre empapaba su frente, sus cabellos grises. Yo la acariciaba, preocupado porque el médico me había advertido que había una leve mejoría y que, si despertaba y preguntaba por mi padre, tenía en mis manos la decisión de comunicarle la verdad o reservarla para más adelante. Pero, en su delirio, fue mi madre quien sacó a relucir otra verdad:

—No digas que no es justo, Ramón.

Y entonces el terremoto, los cuerpos despedazados, los lamentos por las calles, el polvo en el cielo, las noches de pesadillas de 1950 volvieron a mi memoria como si hubieran acontecido en ese instante. Y si mi madre estaba en delirio y repetía esas palabras con la voz quebrada, no era porque el carro en el que viajaba con mi padre para pasar el fin de semana en Pisac se hubiera estrellado con un volquete, sino porque lo que quiera de espantoso que hubiera presenciado a raíz del terremoto permanecía vívido en ella, pesándole transcurridos tantos años, muchos más de los que a mí me pesó la compañía del chiquillo muerto bajo la torre de un templo en quien vi mi reflejo cuando mi padre lo extrajo de entre los escombros.

Ella no tardó en despertar, sonrió al reconocerme.

—¿Qué pasó? —preguntó.

Le conté, pero decidí mentirle respecto a papá. Ella respiró aliviada, me dijo que no me quedara mucho tiempo junto a su lecho, pues mi padre también requeriría de mi compañía. Le dije que no se

preocupara, que mi esposa estaba con él y que Sara llegaría en pocas horas. En efecto, mi hermana ya estaba avisada de los hechos y había conseguido la conexión de vuelos que más pronto la traería desde Argentina.

Mi madre estaba en una situación crítica, el médico lo había advertido. Aunque evidenciara una mejoría, no debía entusiasmarme en exceso para no hundirme si a las pocas horas le sobrevenía una recaída de la que tal vez no pudiera despertar. Pese a ello, decidí reiterarle una pregunta de veintitrés años atrás:

—Mamá, ¿quién es Ramón? ¿Por qué tienes pesadillas con él?

Abrió los ojos como platos. Seguían siendo unos ojos hermosos, negros, de espesas pestañas. Empezó a respirar profundo, dirigió la vista a la ventana.

La mayoría de colegios no volvió a abrir sus puertas hasta el mes de julio, sea porque sus edificios quedaron severamente afectados por el terremoto o porque a muchos de los alumnos cuyas familias vivían en pueblos y haciendas del campo los retuvieron con ellas hasta asegurarse de que no se repetiría otro sismo. En mi colegio, cuyo edificio era bastante nuevo, las clases se reiniciaron tres semanas después. Al principio, todos los comentarios versaban sobre cómo cada cual había vivido la tragedia; sobre los muertos, heridos y damnificados que conocíamos; sobre qué haríamos en caso de repetirse un temblor. Sin duda, ya no éramos los mismos y la sensación de que habitábamos en un lugar que de un momento a otro podía colapsar, desde entonces, formó parte de nuestra visión del mundo.

Ya que la vida inexorablemente continúa, transcurridas algunas semanas, los chicos nos reacomodamos al escenario de demolición de casonas en riesgo, de reconstrucción de las menos afectadas, de polvo invadiendo las calles, o de centenares de familias habitando en tiendas de campaña repartidas por las plazas de la ciudad. Volvíamos a jugar, a reunirnos en casa de unos u otros para hacer las tareas y, con trece años ya cumplidos, nos dedicábamos a conversar cada vez más de las cosas prohibidas del mundo de los adultos. Una mañana de esas, con pesar, Horacio, el viejo, como le decíamos, señaló que era una lástima que ya nunca pudiéramos conocer los servicios de la fulana de la tienda de abarrotes porque había muerto durante el terremoto.

Lo primero que sentí fue alivio, porque desde la vez que Horacio me mostró cuál era el verdadero oficio de aquella mujer, temía que arribara el momento en que me desafiara a solicitar sus servicios. Luego sentí una pena profunda: era una mujer bellísima. Después volví a sentir alivio: si una pared aplastó su hermoso cuerpo y segó su vida, también habría segado las humillaciones que debió de absorber como una esponjita suave, frágil, indefensa. Y al recordarla, me pregunté qué habría pasado con el canalla que durante años la había explotado. En su último día de vida, mi madre me contaría mucho más de él.

La mirada de Giralda se había quedado fija en la ventana de su habitación de hospital. Respiraba profundo; de repente, volvió a mirarme y abrió los labios en una sonrisa inquietante. Yo no supe traducir ese gesto, pero como no añadía a su sonrisa ninguna palabra, le volví a preguntar quién era el Ramón de sus pesadillas y delirios.

No se trataba de una pregunta irreflexiva. Si transcurridos tantos años ella repetía esa frase, sería porque algo sucedido con aquel personaje, fuera real u onírico, la estaba atormentando; y si mi madre había de morir, tal vez responder a mi pregunta la librara del peso de ese recuerdo remoto. Ella pudo desviar mi atención, contarme una mentira o suavizar la historia. Pero volvió a respirar profundo. Y dejó de sonreír.

Era cierto que el martes 23 de mayo de 1950, después de desayunar de madrugada, mi madre había reunido medicamentos, había preparado un botiquín y se había marchado de casa en dirección del hospital donde se estaban organizando las brigadas de socorro. Sin embargo, cuando ya había puesto los pies en la calle, llevando consigo medicinas, gasas y vendas para a los heridos, volvió a entrar, subió hasta el desván del tercer piso y removió cajas, cajas y más cajas. Al final encontró la que buscaba, la abrió, de ella extrajo un juego de llaves, grandes, pesadas, antiguas.

Tras el terremoto, se había informado de que sus hermanas y sus familias estaban a salvo; no obstante, la casa de la discordia de su padre había quedado muy afectada y sus ocupantes la habían desalojado al temer que alguna réplica del sismo los sepultara. Supo también que mis primos Teobaldo y Julio José habían dejado las puertas aseguradas para evitar que en medio de la calamidad algún delincuente asaltara las mercancías almacenadas en las estancias del segundo patio.

Durante años, mi madre había escondido su nostalgia por visitar la casa de su infancia, la casa que tantas improntas había dejado en su historia. Aquella casa podía desmoronarse en cualquier momento y desde el entierro de su madre, hacía veinticinco años, no había vuelto a pisarla. Ahora que ese mundo de adobe, piedra, tejas y balcones de madera podía derrumbarse para siempre, quiso tocarla, pasear de nuevo por ella, caminar por sus patios, pasar sus dedos por sus paredes, adentrarse en el costurero de su madre aunque de sus muebles y de la disposición que tuvieran en 1925 no quedara nada.

Tenía veinticuatro años cuando su padre la expulsó de esa casa; sin embargo, un año más tarde, poco antes de suicidarse, su madre le había entregado el llavero que le permitiría acceder a ella de nuevo. «Pase lo que pase, yo quiero que conserves las llaves de nuestra casa, hija. Están todas, no falta ninguna», le había asegurado. También le dijo que una nunca sabía cuándo podrían hacer falta. Muchas de las familias judías expulsadas de España en el siglo XV habían conservado las llaves de sus casas aunque se sucedieran siglos y conocieran que su

posibilidad de retorno solo cupiera en las quimeras. Una llave antigua alivia la nostalgia, parece susurrar la oportunidad de reabrir tiempos lejanos. Giralda conservó aquel llavero durante décadas. Desde el día del entierro de su madre, nunca lo había vuelto a usar. Hasta aquel martes posterior al terremoto.

Después de atender a varios heridos recostados en hileras en las puertas del hospital, había dejado su botiquín a los otros voluntarios de su brigada y se había marchado. A mediodía, a pesar de la reciente desgracia, la población no había perdido la costumbre de entregarse al almuerzo. La calle de su infancia estaba desierta; a lo lejos solo divisó a una mujer que caminaba por delante tomando de la mano a dos niños. Era cierto que sus sobrinos habían dejado bastante asegurada la puerta de acceso a la casa, pero no habían añadido ningún candado adicional al que siempre tuvo. Extrajo de su cartera el juego de llaves. No le costó identificar la que abriría la prominente aldaba que aseguraba la puerta por fuera, tampoco demoró en dar con la gruesa llave de hierro correspondiente al cerrojo de la misma puerta.

Entró, y tal como llevaba anhelando desde hacía dos días, pudo caminar con soltura por esa casa, paso a paso, emocionada, con los recuerdos atropellándose en su memoria: sus perros correteando a su alrededor cuando adivinaban que saldría a la calle, los caballos solazándose por los patios, libres de todo lazo, Jeremías enseñándole cómo ofrecerles sal con las propias manos, casi podía ver a su madre despejando la cortina de su costurero para avistarla un momento. Quiso llorar. Iba a subir las gradas para recorrer la parte más privada de la casa, pero sopesó que era mejor empezar por lo más externo. Caminó hasta el segundo patio. Nada se podía ver del interior de sus depósitos: sus sobrinos habían colocado cortinas en las ventanas de modo que desde fuera ningún inquilino pudiera conocer las mercancías que almacenaban. Giralda se dijo que igual abriría alguna de esas puertas para husmear en lo que hubiera detrás de ellas, como cuando era una niña, aunque ya no tuviera la imaginación para transportarse por los puertos del mundo por los que esa mercadería hubiera circulado. De repente, escuchó que la puerta de la calle se abría.

Giralda se turbó, imaginó que uno de sus sobrinos estaba llegando para vigilar que nadie asaltara su propiedad. Podían disgustarse mucho si la encontraban y descubrían que ella había mantenido esas llaves, y lo que es peor, podían creer que ella estaba aprovechando la ocasión para robarles algún bien. Se apresuró a echar de nuevo el cerrojo que acababa de abrir; pero el temblor de sus manos hizo tintinear las llaves. Escuchó que los pasos que entraban se detenían. Se

decidió a salir y decir la verdad, fuera a Teobaldo o Julio José. No tenía malas relaciones con ellos, tampoco eran íntimas, pero consideró que decir la verdad sería la mejor opción.

Al pisar el umbral que la devolvía al primer patio, la figura que encontró fue la de Fermín: la de Ramón: la misma figura aplastante y amenazadora que tanto daño había hecho a los suyos y a la que solo una vez había osado desafiar. Se quedó paralizada. Probablemente esa indefensión determinó que aquel hombre se atreviera a desatar su rencor.

—¡Ahhh! Solo eres tú… —pronunció él y a grandes pasos se aproximó a su lado.

En su terror, mi madre creyó eso: «que solo era ella», un alfeñique. La cogió por los cabellos y extrajo una navaja de su bolsillo. Ella empezó a temblar, le rogó que la soltara. Al parecer, esto atizó más los ánimos de Ramón.

—Ahora vamos a terminar una faenita que nos quedó inconclusa hace muchos años, ¿te acuerdas?

Mi madre apenas conseguía tartamudear. Balbuceando, le rogó que la dejara ir. Él apretó la navaja contra su cuello.

—No, Giraldita. Ahora te vas a enterar y acá mismo, en tu casa de niña rica, de quién soy yo, por completo… Me vas a besar los pies, te vas a calatear y así desnudita me vas a adorar, y tendrás que hacer todo lo que yo quiera para que no te deje hecha jirones en este patio y tus hijos no se enteren de la mala muerte que la puta de su madre ha recibido. Ahora empieza a moverte y ve quitándote la ropa, ¡zorra de mierda!

Hacía solo una hora mi madre había estado delirando entre la vida y la muerte. Cuando despertó y se mostró animosa, el médico me advirtió que podía tratarse de una mejoría momentánea. Yo me arrepentí por haberle preguntado quién era Ramón; jamás hubiera imaginado que su respuesta pudiera ser esa. Pero mi madre ya no se calló. Antes de morir parecía dispuesta a sacudirse de todo el polvo con el que había recubierto el terror y la humillación que le cayó encima aquel mediodía de 1950.

29

Creo que si todas las paredes de la ciudad se hubieran desplomado sobre mí no habría sentido tanta asfixia, tanta impotencia. Las palabras de Ramón rezumaban tal ferocidad que no hubiera necesitado de ningún cuchillo para que me dejara arrastrar hasta el segundo patio. Como una de esas muñecas de trapo y cara de yeso con las que jugara de niña, sentí que mi cuerpo era empujado como una piltrafa y que mi cara estaba lívida, incapaz de emitir un grito, ni siquiera un gemido de socorro.

—Así que además de vanidosa, has resultado ladrona —me espetó —. ¡Vaya con esta gente hipócrita! Puras apariencias, puras apariencias…

Como una idiota, le dije que no era cierto, que yo no había ido allá a robar nada, como si eso le fuera a importar.

—Entonces, ¿qué has venido a buscar a esta casa? ¡Pobre imbécil! A mí no me vas a engañar. ¡Vaya!, la orgullosa idealista en el fondo es también una ladrona, una ratera, y ahora me va a mostrar que también es una buena puta.

Quise gritar, pero me tapó la boca y repitió que si no le obedecía, me mataría, y de mi cuerpo mi marido y mis hijos solo encontrarían pedacitos. Yo sabía de qué cosas era capaz ese hombre. Me derrumbó sobre el suelo, sin dejar de hacer bailar la navaja entre sus dedos.

—Tú no sabes las cosas que ha cortado mi amiguita —me susurró al oído—. Así que nada de quejas ni gritos porque a mi navajita le gusta la sangre.

Me quedé paralizada, limitada a balbucear que, por favor, dejara que me fuera.

—¡Ya deja de temblar y pórtate bien! —me ordenó—, para que puedas volver a tu casa a salvo con tus hijitos; porque si no, pobre puta, igual te voy a hacer lo que me dé la gana y después te van a encontrar como un guiñapo, y a tus hijos alguna vez les tendrán que explicar con detalles qué pasó contigo, cómo te moriste; o peor: te puedo dejar viva y con la cara bien marcada.

Se echó sobre mí, me arremangó la falda, con brutalidad me arrancó las bragas.

—Ahora, putita, quiero que me hables bonito, me vas a decir papito rico, sabroso.

Tenía su rostro frente al mío, su navaja apretada contra mi cuello, y sentí cómo usaba su otra mano para abrirse la bragueta. Recién asumí lo que me iba a ocurrir. Él sabía bien cómo someter a un cautivo, no dejaba de insultarme, de decirme que solo era una pobre puta, que solo era yo, la pobre imbécil. Entonces pensé en tu padre, en ustedes, en que daría la vida porque nada los dañara. Y no sé por qué también pensé en mi padre, en las mujeres de las que se había aprovechado en un cuarto del primer patio, tan cerca de donde yo me encontraba. Y también vinieron a mi memoria la mujer y la niña a las que mi abuelo había ultrajado unos metros más adelante, en el tercer patio. Empecé a llorar. Podía sentir el dolor de mi madre viviendo con esos recuerdos, creyendo que ella tenía que sufrir la expiación de lo que en su casa se cometió.

—¡Puta idealista! Te vas a enterar de quién da lecciones a quién. ¡Bésame, ruégame para que te penetre!

Entonces recordé a Rafael. Cómo era posible que ese hombre que se estaba abriendo entre mis piernas pudiera tener su misma sangre. Me pregunté qué habíamos hecho Rafael y yo para sufrir tantas injusticias. Y qué culpa había tenido mi madre para soportar tantas infames culpas que no eran suyas hasta terminar quitándose la vida. Si ella descorriera la cortina de su costurero y viera que en el segundo patio a mí misma se me estaba ultrajando, se volvería a morir. En el cielo, todavía flotaba el polvo del terremoto.

Cuando ese hombre empezó a entrar en mi cuerpo, me reclamé que yo no era culpable de nada de lo que hubieran cometido mi padre o mi abuelo; yo había sido libre y había sido todo lo contrario de lo que fueron ellos y, además, tampoco tenía nada en común con el monstruo que estaba sobre mí; por tanto, no podía dejar que su semen se mezclara conmigo. Quedarme quieta e imaginar que nada ocurría era una posibilidad absurda, pero estaba oprimida y no sabía qué hacer. A Ramón le costaba salir y volver a entrar en mí, me insultaba, me exigía que lo acariciara manteniendo su navaja ajustada contra mi cuello. Yo seguía temblando, bajo el cielo de un terremoto cuyo polvo seguía expandiéndose sobre el Cusco. Esa mañana yo había atendido a víctimas del sismo con sulfa, a mediodía había dejado mi botiquín con mis compañeros de brigada, pero no mi cartera. Ramón se puso iracundo. Era un hombre rechoncho, le costaba mantener el movimiento y me reclamaba:

—¡Puta, pórtate como la puta que eres!

Extendí la mano que él no tenía sujetada y alcancé a tocar mi cartera, hice saltar el broche. Él seguía insultándome; yo temí que se pusiera más violento.

—Está bien, está bien —susurré.

No demoré más, rasgué la bolsa de papel que contenía la sulfa y, con toda la fuerza que me quedaba, se la restregué en los ojos.

Chilló como un cerdo, se tiró para atrás, con las manos se cubrió la cara, su navaja salió despedida.

—¡Maldita! ¿Qué me has hecho? —bramó.

Di varias vueltas sobre el suelo para alejarme. Se fue el miedo y la mugre que había estado sintiendo.

—¡Maldita perra! —tronaba, sin lograr ver nada.

Tanteaba como un borracho buscando su navaja. Yo no iba a permitir que volviera a someterme. Había una vasija de barro apostada en un rincón; la tomé entre mis brazos y la estrellé contra su cabeza. Quedó derrumbado al centro del patio, un hilo de sangre corría por su frente, aún respiraba. Miré mi ropa, cubierta de tierra, toda descuajeringada; deseaba limpiarme, bañarme. Vomité. Ahí estaba él, con el pantalón a medio bajar, el pene flácido, los ojos cerrados, los párpados inflamados como bolas de goma. Todavía vivo.

Sentí apremio por subir las gradas, a mi casa de niña; deseaba meterme en la bañera, limpiarme de las babas, de la penetración que había sufrido. Ramón se movió. Yo no sabía cuánto daño podía hacer la sulfa, temí que pudiera atacarme de nuevo.

A veces, hijo, en las situaciones pavorosas nos podemos quedar paralizados como marionetas del destino, o también podemos actuar con una potencia que no sabes bien a dónde te dirige. Extraje una venda que guardaba en mi cartera. Lo primero que hice fue atarle las manos y los pies, luego lo amordacé. Después pensé que debía salir corriendo a pedir auxilio, pero una combinación de vergüenza y miedo me detuvo. Si hacía eso, tendría que dar alguna explicación de qué hacía yo allí con ese hombre, tendría que contar lo que ese hombre me había hecho, y ni siquiera tenía garantizado que le pudieran dar su merecido. Él tenía importantes contactos en la policía y hasta podía usar su influencia para ventilarlo todo en mi contra. Se

hallaba atado a mis pies y yo no sabía qué hacer. Otra vez empezó a moverse, vi que la venda que ataba sus manos era frágil y la podría romper sin mucha dificultad. Entonces abrí el depósito que había estado tanteando cuando él llegó. Tal como imaginaba, encontré soguillas con las que reforcé sus ataduras antes de que recobrara el sentido. Luego metí su navaja en mi cartera y me dirigí a la calle. Al pasar por el primer patio, me horroricé al ver mi imagen en el cristal de un ventanal. Me limpié la cara, arreglé como pude mi cabello y me quité las medias *nylon* que estaban totalmente rasgadas. Volví a tomar aire, salí a la calle dejando bien cerrada la puerta, pero no le puse la aldaba.

Bajando por esa calle estaban mis hijos, mi hogar, mi esposo, a quien le podría contar lo que me había ocurrido y me hubiera consolado, me habría ayudado a tomar un baño caliente, habría deseado matar con sus propias manos a ese miserable; pero a fin de cuentas, es un hombre de leyes y no lo habría hecho. Quise evitarle la frustración que iba a sentir. Y no quería quedarme de brazos cruzados. Yo tenía un revólver bien guardado en el desván. Todavía era temprano, podía decir que después de almorzar retomaría mis labores con la brigada y, sin despertar ninguna sospecha, podría salir de nuevo llevando el revólver conmigo. Se lo enseñaría a ese canalla, lo apretaría contra su sien, así como él apretara y disparara otro revólver contra la sien de cuatro inocentes. Sí, esa fue una posibilidad que pasó por mi mente. Pero hacia arriba, en esa misma calle, estaba la casa de aquel monstruo, la casa donde también habitaba una mujer a la que cuántas veces habría tratado como a mí me trató ese mediodía. No sé por qué, hijo, pensé que ella tenía que ser la que diera el veredicto. No consideré que Blanca lo pudiera amar y que al volver con ella a mi casa de la infancia entre los dos me pudieran atropellar. Como una autómata fui a buscarla.

La tienda de abarrotes estaba cerrada; incluso ese negocio había quedado afectado por el terremoto. Desde afuera se podía ver que una rajadura en diagonal atravesaba la pared del segundo piso y que parte del alero del techo se había desplomado. Llamé a la puerta: una, dos, tres veces, cada vez más insistente, como si eso fuera lo único que pudiera hacer en la vida. Al final, ella abrió. Lucía asustada, se sorprendió al verme. Habría imaginado que sería él, que llegaría enfadado. Pero era yo y me metí de una zancada dentro de esa casa.

—¿Lo amas o le temes? —le pregunté.

Ese miserable la había humillado una vez ante a mis propios ojos: la había vendido como un bulto a un cliente para que le entregara su

cuerpo en un depósito. Tres años después, yo había vuelto a esa tienda, hijo, para abrazarla. Y esa tarde de 1950, otra vez volví a buscarla.

—Señora, váyase, por favor —me pidió—, en cualquier momento llegará mi patrón.

—¿Tu patrón?

Ella se sonrojó, estaba temblando.

—En cualquier momento va a venir —balbuceó.

—Te aseguro que va a tener que pasar mucho tiempo antes de que pueda aparecer acá —afirmé—. Todo depende de ti. Por eso tienes que decirme, por favor, con sinceridad, ¿lo amas o le temes?

Ella seguía temblando.

—Ya va a venir, señora. Por favor, váyase. No le gustará que yo la haya dejado entrar; váyase, usted no sabe de lo que es capaz...

—¡Óyeme, Blanca!, ¡óyeme bien!, ese hombre ahora mismo está medio ciego, atado, amordazado y desprovisto de armas. Todo depende de ti: ¿lo amas o le temes?

—¿Qué me está diciendo?

—Lo que oyes. Me ha atacado y ahora lo tengo maniatado. Yo no estoy segura de lo que quiero hacer. Su suerte depende de ti.

—No puede ser verdad lo que me está diciendo...

—Es la verdad, Blanca. No estaría aquí si ese hombre no estuviera atado e indefenso.

—¿Y qué podría hacer yo?

—Decirme con sinceridad si amas o temes a ese hombre que, te repito, está atado, herido, desarmado.

Ella dejó de temblar. Sus ojos divagaron largamente por las paredes y el piso, hasta que volvió a fijar su mirada en la mía y respondió a mi pregunta:

—Yo lo odio, con toda el alma.

Le creí, hijo. Y con ella volví a la casa de mi infancia.

Al entrar de nuevo y dejar bien cerrada la puerta por dentro, recién me puse a pensar en la insensatez con la que estaba actuando. Para entonces era yo quien temblaba, mientras Blanca caminaba decidida en dirección del segundo patio.

¡Ay, hijo! Esa mujer, esa víctima, no alcancé a ver sus ojos cuando se encontraron con los de él, que estaban inflamados y enrojecidos, pero ya estaban semiabiertos. Al verla, movió la cabeza con un gesto de imposición con el que durante años la habría sometido. Pero ella nunca lo habría visto atado de pies y manos, y menos con la boca cerrada. Lo empezó a patear, insultándolo con groserías que yo jamás había escuchado en la boca de una mujer, ni de ningún hombre. Con lágrimas en los ojos, Blanca lo seguía pateando; él jadeaba, a ratos intentaba volver a domarla con la mirada, pero ella no se detenía. En un momento en que pareció cansarse, yo, hijo mío, también empecé a patearlo con ganas. Hasta que empezó a botar sangre a través de la venda con la que le había cubierto la boca. Blanca iba a retomar su turno de patadas y tuve que contenerla. Ella cayó de rodillas sobre el suelo. Rompió en llanto. Yo la acurruqué en mi regazo, empecé a acariciarle la cabecita, a cantarle una ronda.

—Ya pasó, ya pasó, bebé, ya pasó.

Cuando dejó de llorar, pensé que se había dormido. No tengo idea de cuánto rato habría pasado y de nuevo no sabía qué hacer. Yo era responsable por lo que le pudiera suceder si ese miserable recuperaba la libertad, los bríos, o su poder sobre ella. Se me ocurrió que definitivamente tendría que revelar la verdad a tu padre, que tendríamos que hacerla huir y ayudarla a que se llevara todo lo de valor que hallara en su casa.

—Vamos a quemarlo vivo —escuché de repente.

Créeme, hijo, que lo primero que sentí fue pavor ante tal propuesta.

Pero pronto empecé a cambiar de opinión: pasé a considerar que aquel hombre merecía algo infernal y que aquella mujer tenía el derecho de devolverle en sus últimas horas el horror que la obligó a experimentar durante años. La había seducido, se había burlado de su inocencia, la había hecho abandonar su casa, su familia, su tierra, todo para convertirla en una sombra.

—Vamos a quemarlo vivo —reiteró.

¿Por qué no? Ese canalla había abusado de mí, durante años había torturado a gente inocente y, sobre todo, hijo, era el mismo canalla que había asesinado a cuatro muchachos que yo quería en una noche de nieve, con una muerte que además había dejado empañado el honor de esos cuatro chiquillos maravillosos.

—Vamos a quemarlo —insistió y, levantándose de mi lado, señaló un cilindro que había en una esquina—. Seguro que contiene kerosene y hacer fuego con dos piedritas a mí no me es difícil. ¿Has oído, desgraciado? —gritó, al sentir que él volvía a moverse—. ¡Te vamos a quemar vivo!

Yo volví a sentir espanto ante lo que se avecinaba. El sol todavía iluminaba con fuerza y pude distinguir el terror en los ojos de aquel hombre. Pero al mismo tiempo sentí que no podía, ni quería, detener toda la revancha que se había acumulado. Una revancha que yo misma había anhelado, pero que, sin buscarla adrede, se había configurado de repente.

Escupí en su rostro y repetí aquello que Blanca le anunciara:

—¿Has oído, desgraciado? ¡Te vamos a quemar vivo!

Los ojos de aquel hombre se llenaron de lágrimas. No sé por qué se me vino el recuerdo del niño de mirada taciturna a quien alguna vez, cuando tenía diez años, descubrí observándome con admiración inocente. ¿Qué había ocurrido? ¿Qué había ocurrido con ese niño? ¿Cómo pudo convertirse en el ser abyecto que durante años había sido soplón, torturador, tratante de mujeres, traidor, violador, asesino? ¿Qué había ocurrido? Nadie que con diez años se limita a hurtar con torpeza las canicas de una niña indefectiblemente termina hundiéndose en el horror. Y ahí estaba Fermín-Ramón, hecho una piltrafa en el suelo: la bragueta del pantalón desabotonada, mostrando sus vellos púbicos gruesos, canosos; la boca cerrada con una venda destinada a los heridos de un desastre natural; los pies y las manos atados con soguillas para mercadería fina; la chompa y los pantalones marcados por zapatos de mujer; la propia huella de mi zapato en una de sus mejillas. Lágrimas en los ojos de un hombre a quien le habíamos dictaminado una sentencia infernal.

—¿Has oído lo que te voy a hacer, Ramón? —pronunció Blanca, como deleitándose con cada una de esas palabras. Luego se acercó hasta el cilindro, abrió la tapa, olfateó—. Ya ve, señora, es kerosene —señaló sonriendo.

En el suelo, Fermín —Ramón— volvió a sollozar con una desesperación que traspasaba la venda de su boca.

—No, Blanca, vamos a irnos de acá. Ya basta —le dije.

Ella se quedó estupefacta.

—No lo podemos dejar libre, mamá, sabes que no lo podemos dejar libre.

Me llamó mamá. Cualquier cosa que ella pudiera hacer o dejar de hacer sería mi responsabilidad. A Blanca yo la había confortado, conducido y fortalecido para llegar al lugar donde nos hallábamos. Y si nos íbamos de allí dejando libre a ese hombre, era cierto que esa niñita grande que me estaba llamando mamá perecería. Y si lo matábamos, y de esa manera atroz, ¿qué podría ser de nosotras?

Ella empezó a llorar. Me acerqué a su lado. Volví a abrazarla, pero Blanca ya no se aferró a mí. Otra vez yo me convertía en una extraña que no la protegía y a un costado estaba Ramón, mirándola fijamente, herido, y a pesar de todo para ella un conocido que la ultrajaba pero que, en la perversión de sentimientos que se había creado entre ellos dos, la protegía.

Blanca se desprendió de mí.

—No lo podemos dejar libre, señora —me dijo—. Usted lo sabe bien.

Y, en efecto, la sensatez en ese momento podía ser cualquier cosa: podía estar en las palabras de Blanca, en mi idea de dejarlo con la boca descubierta para que en cuanto nos marcháramos clamara auxilio, pero era más probable que su grito se esfumara lejos, con el polvo sedimentado en las nubes que cubrían aquel cielo de mayo.

Otra vez el segundo patio de la casa era un limbo, sus portales no eran de granito tallado, fino, ni su piso era de piedra caliza, llana, como los del primer patio. Pero tampoco era el patio tercero, ruin, de suelo de tierra, de habitaciones de puertas destartaladas y ventanucos reducidos por donde apenas atravesaba la luz y el aire fresco. Ahí estábamos Blanca, yo y el hombre que se había perdido tanto que abandonó su nombre de pila, Fermín, con el que correteaba por las calles de su infancia junto con otros niños soñando sueños cándidos, hasta convertirse en un Ramón que quién sabe por qué o por quién adoptó; un Ramón que acaso le concedió más fuerza, pero que quizás nunca terminó de ser. Ahí estábamos los tres, cada cual muy distinto;

sin embargo, en ese momento estábamos más unidos que una criatura a la madre que la está a punto de parir.

—Confía en mí, Blanca —le dije.

Y entonces empecé a llorar, a chillar, a callar, a reírme, y a contarle a ella dónde lo íbamos a dejar.

«Hay un cuartito en el tercer patio que tú nunca has visto pero que ahora vas a ver, hay un cuartito donde sucedieron cosas terribles, espantosas, mucho peores de las que este canalla te hizo vivir». Eso le dijo a Blanca. Luego se dirigió a él: «¿Has oído, Ramón? En ese cuartito se cometieron cosas horribles, probablemente, similares a las que tú aplicaste contra la gente que cayó presa en las mazmorras, donde te habrás sentido un machazo, un dios de la vida y la muerte. Ahora nosotras dos te vamos a llevar allí y te voy a contar por qué ese cuartito que hace un siglo no se abre está condenado».

Giralda empezó a hablar, hablar y hablar de lo que ocurrió en el viejo establo, mientras con ayuda de Blanca lo arrastraba por el suelo hasta el tercer patio. Las estancias que antaño fueran los cuartos de los sirvientes de la casa se habían derrumbado, pero el establo que durante un siglo había permanecido clausurado estaba intacto. Giralda no dio señas de pudor, siguió hablando, a la par que intentaba identificar las llaves que correspondieran con los dos candados de la puerta clausurada. Y mientras los abría y retiraba de la puerta con dificultad, conteniendo el vómito que ya no tenía, prosiguió hablando de lo que le había ocurrido a un padre, a una madre, a un abuelo y a una niña en el cuarto donde ya Fermín-Ramón podía adivinar, con los ojos espantados, que lo iban a encerrar.

Una banda de torcaces se hizo escuchar a lo lejos. Giralda empezó a temblar. Ya los candados estaban arrojados en el suelo; solo quedaba abrir esa puerta después de un siglo. Levantó la vista, alcanzó a ver las últimas aves surcando el cielo empolvado. Podía llover sucio, podían las torcaces dejar caer alguna pluma blanca de la paz, podía seguir temblando, pero esa puerta se tenía que abrir.

Aunque luego tuviera que volver a ser cerrada.

Tanto miedo acumulado en esas penumbras. Tanta culpa de inocentes acumulada durante un siglo. Acaso la tierra había estremecido al Cusco entero después de trecientos años solamente para que esa puerta y otras puertas como esa se abrieran de una vez por todas; para que mostraran lo que había sucedido detrás de sus cerraduras y gritaran que no cabía continuar escondiendo la profanación.

El invierno estaba próximo y a esas horas de la tarde el sol se estaba desvaneciendo. La puerta fue abierta. Aire congelado,

oscuridad expandiéndose como un vaho, como un suspiro largo. Sobre el piso del patio el asesino atado contenía la respiración. Su mirada estaba fulminada. Temblaba, agitaba las piernas, pero no logró evitar que las dos mujeres que tan bien conocía lo levantaran, lo introdujeran dentro de ese cuarto y lo arrojaran al suelo. Polvo. Frío.

—Mamá, tengo miedo —musitó Blanca.

Giralda la abrazó. Las dos estaban heladas. Si se hubieran visto en un espejo, habrían hallado dos rostros pasmados, pálidos, como si fueran muñecas de yeso. En el umbral de la puerta, se acurrucaron, se protegieron. Paja gris en el suelo del viejo establo. La pared del fondo parecía haber plasmado una sombra, podía ser un efecto de la humedad o la huella tenaz de unas velas que se encendieron hacía mucho, mucho tiempo; pero lo que sus ojos reconocieron fue la sombra del anciano que allí fuera colgado tras haber presenciado el suplicio de su hijo, de su nuera, de su nieta. En el suelo, Ramón estaba tiritando. Ellas lo miraron con estupor. Cómo dejar a un hombre encerrado en ese lugar. Y sin embargo, Blanca se levantó.

—Para siempre esta debe ser su prisión —sentenció.

Giralda asintió, se puso en pie, la siguió. Ya estaban por cerrar de nuevo la puerta.

—No podemos ser peores que él, Blanca —reaccionó—. Dejemos que diga algo en su defensa.

—Está bien, mamá.

Ingresaron de nuevo en aquel cuartucho. Fue la misma Blanca quien se adelantó a retirarle la mordaza.

—Por favor, no me dejen acá…

Balbuceando, Ramón había hablado de nuevo y empezó a sollozar.

Giralda se retiró al patio, vomitó. Había un pequeño pozo junto al arco de ingreso al tercer patio; hacia allí caminó, abrió la tapa de hierro y empezó a tirar de la soga a la que se ataba un jarro. El agua que contenía estaba fresca, bebió un largo sorbo. Volvió a llenar el jarro, lo desató y con él regresó al viejo establo. De este seguía escapando un frío insondable que parecía expandirse por todo el patio, por toda la casa, por toda la ciudad.

Giralda aproximó el agua a los labios del cautivo. Él bebió con frenesí.

—Aquí te vas a quedar, Ramón, este es tu sitio —dictaminó Giralda, como si su voz fuera la del anciano cuya sombra parecía colgada en forma de humedad gris en la pared; como si fuera el marido y padre, la mujer y la niña que allí fueron convertidos en polvo—. ¿Quieres decirnos algo antes de que nos marchemos?

—¡Por favor, no me dejen aquí! —suplicó Ramón—. Yo habré hecho muchas cosas feas, sí, pero nunca habría ultrajado a una niñita, ¡no es de justicia que me dejen aquí!

Las dos mujeres se miraron a los ojos, habían dejado de temblar, aunque aquel lugar permanecía frío y la huella oscura plasmada en la pared se mostrara más nítida.

—No digas que no es justo, Ramón —pronunció Giralda, le volvió a cubrir la boca y se dio media vuelta.

Tomó a Blanca por un brazo y cerraron la puerta tras de sí.

Afuera, el frío acumulado en esa estancia durante ciento y un años seguía expandiéndose.

Aferradas una a la otra, ascendieron por en medio de la calle; estaban agotadas. Con dificultad, remontaron los escombros de un edificio de tres plantas que dos días atrás se había derrumbado, como otros centenares a lo largo y ancho de la ciudad. La hija de una costurera que vivió en esa misma calle se cruzó con ellas, reconoció a Giralda; de lejos la había mirado con sorpresa, de cerca desvió sus ojos al suelo; seguramente no entendía cómo era posible que anduviera del brazo con una mujer como Blanca. Fue la única persona conocida con la que se cruzaron aquella tarde.

Volvieron a entrar en la casa de Ramón.

—Lo que haya acá ahora te pertenece por entero —afirmó Giralda —. Será mejor que prepares pronto una maleta y busques el dinero que Ramón pueda tener.

—No sé dónde lo guarda.

—¿No lo sabes?

—No.

—¿No tienes alguna sospecha?

—Sí.

—Ese dinero es tuyo, búscalo, ¡tómalo!

Ingresaron en la habitación trasera de la tienda, donde Ramón solía aguardar la llamada de los clientes, sea durmiendo, sea aceitando sus armas, acicalando sus bigotes o leyendo su colección de revistas favoritas. Debajo del camastro había varias cajas. Al fondo de una de ellas, bajo decenas de revistas sobre las mejores batallas del mundo, apareció un bargueño de cuero. Su interior guardaba miles y miles de soles que Blanca había pagado con su cuerpo durante nueve años. Ella empalideció. Empezó a llorar y no paró hasta que su sollozo se convirtió en una arcada, y esa arcada en un vómito inmenso que se volcó sobre esa colección de viejas revistas de batallas.

Giralda la abrazó; del bolsillo de su chaqueta extrajo un pañuelo y le limpió la boca.

—Ya pasó, mi niña, ya pasó —la consoló.

—Yo quisiera quemar este dinero maldito —susurró Blanca.

—No puedes hacer eso. Este dinero te va a hacer mucha falta.

—¿Pero qué puedo hacer con esta plata? Yo no tengo a dónde ir —pronunció entre lágrimas.

A Giralda no se le ocurría nada.

—Piensa, piensa rápido —le dijo—. A alguna parte te tienes que ir, Blanquita, pronto.

—¿Tú vendrías conmigo, mamá?

Mi madre me dijo que en ese momento le hubiera gustado desdoblarse para marcharse a un lugar seguro con aquella muchacha, una mujer de veintiocho años que bien podría ser su hija. La abrazó más fuerte; le dijo que no era posible. Y pensó, pensó, pensó.

—Tú fuiste una criatura inocente. Tú eres linda, sigues siendo inocente. Tienes que irte a un lugar donde jamás nadie te reconozca y pueda hacerte sentir que no eres pura, purísima.

Blanca ayudó a mi madre a limpiar su ropa con una toalla húmeda; también le dio un par de medias *nylon* para que, al regresar a

casa, ella pudiera lucir exhausta, atontada, pero libre de pronunciar lo que las había unido.

Esa misma noche, Blanca tomó un autobús que viajaba con dirección a Puno. Allí, a la brevedad posible, debería tramitar un salvoconducto para salir del país. Todo estaría bien, le prometió mi madre. Antes de despedirse, le entregó dos cartas de recomendación que acababa de escribir: una dirigida a su amiga Adelina Andrade, que ya estaba viviendo en Puno; la otra, a su hermano Pedro. Antes siquiera de volver a casa, se acercó a la oficina de correos y envió un telegrama para reforzar su pedido de apoyo a Adelina. También mandó una carta más larga a Pedro; en ella, le reiteraba el pedido para que diera el mayor apoyo posible a su amiga Blanca, que se estaba trasladando a vivir en Buenos Aires.

Después, extenuada, Giralda caminó hasta su casa.

No me atreví preguntarle de nuevo por Ramón. En la cama del hospital, observaba a mi madre debilitándose otra vez. La venda en su cabeza se le había aflojado; le acaricié la frente, le dije que iría a ver cómo estaba papá.

—¿Por qué no quieres preguntarme qué más hicimos o qué dejamos de hacer esa tarde? —me preguntó.

No supe qué contestarle.

—¿Sabes tú quién soy yo? —me cuestionó de nuevo.

—Yo creo que sí, mamá.

Ella suspiró, no se le notaba contenta. Se esforzó por seguir hablando, pero le pedí que no lo hiciera; le dije que habíamos estado abusando de su mejoría. Entonces se desmayó. Llamé varias veces al timbre de urgencia. Mientras aguardaba la aparición del médico, le daba aire con mi periódico. Ella volvió a recuperar la conciencia, me apretó la mano, me volvió a hablar.

—Ojalá tu hermana llegue a tiempo. Si no lo hace, que sepas, hijo, y que lo sepa Sara también, que me voy de este mundo sin avergonzarme de nada de lo importante que he hecho en mi vida. Que eso te quede claro.

—¿Por qué me dices eso, mamá?

—Porque mientras te contaba ese secreto, me has estado mirando

como si no me conocieras. Y eso me pone triste, Mateo.

El doctor apareció. Con cierta molestia me señaló que no estaba permitiendo que mi madre descansara y me solicitó que me retirase para que la examinara con tranquilidad.

—Sí, ve con tu papá —me recomendó ella—. Y, por favor, dile que estoy bien.

Me costó alejarme de su lado. Como una niña, o más bien, como una muñeca de trapo, dejó que el médico la auscultara y no me dirigió la mirada mientras yo salía.

Mi hermana llegó una hora después. A mamá se le iluminó el semblante. El médico le volvió a recomendar reposo, calma, pero empezó a preguntar a Sara por sus hijos, por su esposo, por el trabajo que había dejado para viajar tan rápido hasta el Cusco. Mi hermana la observaba preocupada, entonces Giralda le dijo:

—Sé que en cualquier momento me puedo ir. Si no me da tiempo a contarte las cosas que le conté a tu hermano esta mañana, pídele que te las cuente. Después de eso, quédate tranquila por mí.

Mi hermana empezó a llorar.

—¿Tú crees que soy una buena persona, Sara? —le preguntó.

—¡Claro que sí, mamá!

—¿Tú crees que hay algo profundo de lo que pueda avergonzarme en esta vida?

—No, mamá, tú no tienes nada de qué avergonzarte.

Sara salió para simular que visitaba a papá y seguramente para llorar con ganas cuando tuviera que ver su cadáver en la morgue.

Yo me quedé con mi madre. Ella me tomó la mano.

—Ves, Mateo, cómo tiene claro tu hermana quién he sido yo —señaló y me dirigió una sonrisa amplia, también inquietante.

Giralda, Giralda.

31

Y ahí estamos en el patio del colegio, transcurridos algunos meses desde el terremoto, volviendo a la normalidad; y ahí está Horacio diciendo que Blanca murió, y yo muriendo de pena porque aquella hermosa mujer no exista más; y sin embargo me siento aliviado porque nunca tendré que responder al reto de mi compañero de clases de procurar sus servicios para demostrar que ya soy un hombre.

Y ahí estoy de nuevo solo, caminando sin rumbo por las calles, literalmente pateando latas. Tengo trece años y he conseguido terminar el año escolar con buenas notas. No quiero ir al cumpleaños de mi tía Ali, que cae en feriado; preferiría pasar ese largo fin de semana en la casa de campo. Ya está próxima la Navidad y el fin de un año que aún guarda por doquier rezagos del terremoto.

Estoy pateando latas, piedras, canicas melladas, restos de viviendas que perecieron en el terremoto; el viento dispersa hojas de papel a mi rededor, cae una gota de agua sobre mi frente, elevo los ojos: nubarrones ocupan el cielo que hace unos minutos luciera despejado. En fin, es diciembre de 1950 y no debería estar pateando latas, tampoco debería estar en esa calle, pero ahí estoy. De repente, me descubro frente a la puerta de la casa de un abuelo al que nunca conocí, ante la casa donde Giralda creció, la casa que ella afirmara no haber pisado jamás desde el entierro de su madre.

Se abre la puerta. Un grupo de obreros saca fardos de telas envueltas en yute. En el umbral, reconozco a mi primo Teobaldo dirigiendo la faena. Levanta la mano en un gesto de saludo; es un gesto seco, frío. Yo respondo. Él vuelve la espalda y camina hacia dentro, libre para caminar en esa casa de tres patios que es suya, que no ha sido nunca mía. Es mejor volver a casa, en cualquier momento empezará la lluvia y yo no me quiero mojar.

Y ahí está. A pocos metros de mí aparece esa figura fantasmal. Las ropas raídas le cuelgan; la barba abigarrada, grasosa, cubre la mitad de su rostro; con una mano se apoya en un bastón, parece ciego, pero con dificultad y temor, también está mirando el interior de esa casa. Cuando yo me detengo para reconocer quién es, él también se vuelve a mí, se queda observándome.

Con trece años, ¿a quién me parezco? Él retrocede unos pasos, se aferra a la pared, se le espanta la mirada. Yo empiezo a caminar calle abajo, rápido, quiero llegar pronto a mi casa, pero al alcanzar la

esquina, vuelvo la vista atrás. Renqueando, el loco está huyendo en dirección contraria. Entonces recuerdo, y recuerdo, y recuerdo. Dicen que hay gente que enloquece por amor; adolescente embebido por la literatura romántica del siglo XIX, yo creí que la muerte repentina de la hermosa mujer a la que explotó y amó cargó con la cordura de ese miserable.

Empieza a llover, me quedo mirando cómo se desdibuja su figura. Al caer el chaparrón, veo que en lugar de aligerar sus pasos, él se detiene, se deja mojar, como si el agua de esas nubes que ya no están cargadas de polvo pudiera lavar su mugre, su memoria.

Nada más recuerdo. Cuando desperté, estaba recostado en mi cama. Giralda estaba a mi lado. Había regresado empapado, con fiebre y, sin almorzar, me había dormido.

—¿Qué pasó? —me preguntó, con la voz animada.

—He visto tu casa, tu casa de infancia.

—Mmm…

—Y he visto a Teobaldo desocupándola de sus mercaderías.

—Ah, ¿sí? ¿Y por tanto mirarla te agarró la lluvia?

—Sí.

—Bueno, estás con catarro y te va a venir bien tomar una sopita.

—¿Nunca has extrañado esa casa, mamá?

Se quedó callada, forzó una sonrisa.

—¿Te hubiera gustado quedarte a vivir en esa casa, mamá? —insistí.

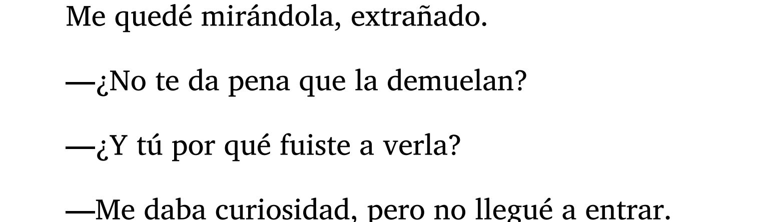
—No, para nada —repuso categóricamente.

—Y entonces, ¿por qué te da pena recordarla?

—Antes me daba pena, ahora ya no.

—¿Por qué no vas a verla? Porque quizás la van a demoler…

—Eso sería lo mejor que puedan hacer con ella.



Me quedé mirándola, extrañado.

—¿No te da pena que la demuelan?

—¿Y tú por qué fuiste a verla?

—Me daba curiosidad, pero no llegué a entrar.

—¿Y qué viste?

—Desde la calle, casi nada; solo el umbral del primer al segundo patio y a Teobaldo subiendo unas gradas de piedra.

—Qué lástima que no vieras nada más. Ojalá tu primo te hubiera invitado a pasar para que no te quedaras con la curiosidad. Era una casa formidable.

—Debió serlo; yo no era el único que la estaba mirando desde la calle.

—Ah, ¿sí? —murmuró.

—Sí, en la puerta también había un loco, mirándola, todo encogido, como si temiera que un fantasma fuera a aparecer.

Mi madre se levantó de mi lado.

—Los fantasmas no existen, hijo —señaló con una sonrisa cruda, la misma sonrisa cruda, inquietante, con que me desafiaría durante su agonía, veintitrés años más tarde.

—¿Estás segura?

—Claro que sí. Ahora vas a tomar la sopita.

Obedecí. Y volví a dormir y a soñar con el cielo despejado, con la ciudad reconstruida, con las calles liberadas de polvo, con los viajes al campo, con mis padres caminando por la ribera del Vilcanota, con mi madre contemplando el horizonte, acaso escudriñando las nubes o el aleteo de un colibrí al que ha liberado, o dejando respirar los recuerdos de la gente que amó. Ella estaba viva. Los vivos, todos estábamos vivos. Estamos vivos.

Epílogo

Mi madre no tuvo tiempo para contarle a Sara qué le sucedió el martes posterior al terremoto. Los médicos no hallaron manera de contener el derrame interno que la acometía. Giralda dosificó sus últimas palabras para transmitirnos calma. Tras el entierro de nuestros padres, Sara me pidió que le contara aquello que mi madre le adelantara en el hospital.

Decidida como siempre, mi hermana me dijo que si yo albergaba alguna duda sobre el fin que pudo tener Ramón (carcomido en ese cuarto de espantos o loco), podíamos preguntar por él entre sus vecinos. A esa calle nos dirigimos. Tantos años después, nadie lo recordaba con exactitud, fuera porque no querían que se les relacionara lo más mínimo con un tipo de antecedentes ingratos, fuera porque su casa estaba abandonada desde hacía bastante tiempo, o fuera porque algunos vecinos eran gente joven que habían oído hablar de un loco que antaño la habitara, pero nada sabían de la existencia de una peculiar tienda de abarrotes en un pasado más lejano.

Muchos años más tarde, cuando mi hija mayor estaba haciendo una investigación para un curso de historia contemporánea en la universidad y la vi acudir varias tardes a la hemeroteca municipal, se me ocurrió que ese podía ser un lugar donde hallar datos sobre muertos, heridos e incluso crímenes cometidos en las fechas del terremoto. Y ahí estaba, en uno de los diarios locales de la época, el 25 de mayo de 1950: una nota relativamente extensa, en la tercera página, daba cuenta de cómo, gracias a una carta anónima, el día anterior, por la madrugada, los hermanos Gamarra Loayza (mis primos) pudieron conocer que un grupo de asaltantes había forzado las puertas de su casa comercial, que se mantenía cerrada de manera temporal a causa del terremoto. La noticia continuaba acotando que la policía solo había podido hallar a uno de los delincuentes, un malhechor atado y trastornado en un cuarto donde su banda habría esperado hallar el tesoro mayor. La nota deducía que, posiblemente, al no encontrar nada de valor luego de haber violentado varias puertas, los maleantes se pelearon y allí dejaron escarmentado a quien los condujo a tan mala trampa. En el último párrafo, desde aquel periódico se clamaba para que se aplicaran las máximas sanciones a los rufianes que, en medio de la catástrofe, pretendían seguir abusando de la propiedad ajena.

Karina Pacheco Medrano

La sangre, el polvo, la nieve

Cusco, 1945. Después de muchos años, la ciudad amanece blanca, helada y trae consigo un rumor ominoso. En las alturas de Sacsayhuamán, un pastor ha encontrado los cadáveres de cuatro muchachos; su sangre ha teñido la nieve. Cusco, 1950. El terremoto ha devastado la ciudad. Por detrás de la polvareda, emergen las huellas de aquel y otros crímenes, en una sucesión que se remonta a tres generaciones, hasta la simiente de una poderosa familia.

Nacida en 1900, con el influjo del nuevo siglo, Giralda, personaje central de esta novela, prefigura la ruptura de esquemas y el cambio de paradigmas. Por su rebelión contra los valores paternos y la estructura de clase, debe enmendar las huellas de aquel pasado siniestro que durante casi un siglo permaneció oculto, aunque emanara continuas señales graves.

Publicada originalmente en el año 2010, esta tercera novela de Karina Pacheco, cargada de elementos simbólicos polivalentes, nos remite a un tiempo crucial de cambios sociales y políticos, y de efervescente vida cultural en el Cusco de la primera mitad el siglo XX. *La sangre, el polvo, la nieve* es un drama a la vez intimista y totalizador que revela, con trazos descarnados, los mecanismos de opresión y exclusión sobre los que se asentaron nuestros tradicionales sistemas sociales.

ISBN: 978-612-4379-47-5
9 786124 379475

Seix Barral Biblioteca Breve